

Selecta

SOCIOS IRLANDESES 3

*Algo más
que una burlona
sonrisa irlandesa*

BEGOÑA GAMBÍN

Algo más que una burlona sonrisa irlandesa

Trilogía Socios Irlandeses 3

Begoña Gambín

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Capítulo 1

Primeros de julio 2019

Las pocas neuronas que le quedaban a Declan Campbell sin chamuscar, vagaban perdidas por su cerebro, ocupadas en buscar un hueco donde colocarse y ser útiles a su poseedor. No podía comportarse así en un cementerio y menos cuando al que daban el último adiós era su querido tío Keiran.

Pero es que a pocos centímetros de él estaba ella. ELLA.

Hacía años que no la veía, quince para ser exactos, desde que ella se marchó a estudiar una carrera, no recordaba cuál, en una universidad, no sabía dónde. Él era demasiado joven para fijarse en esas cosas.

En cuanto el oficiante del entierro acabó con su cometido, se produjeron unos minutos de silencio y a continuación la gente comenzó a dispersarse. Sabía que debía saludarla, por eso volvió a mirarla de soslayo, aunque con eso solo consiguió detectar el color del fuego. Giró su cuerpo lentamente, como si fuese en cámara lenta y se encontró con su perfil. Tan solo su bella silueta aquilina se ofrecía a sus ojos mientras se despedía de algún amigo. Percibió cómo poco a poco ella también dirigió su cuerpo hacia él, por lo que comenzó a esbozar una sonrisa cordial que se quedó congelada en cuanto chocaron sus miradas, la apartó, parpadeó, tragó saliva, volvió a parpadear e intentó de nuevo sonreír a la vez que volvía a concentrar sus ojos en ella. Por último, tosió ligeramente.

Patético. Realmente patético.

—Hola —balbuceó pese a todos sus esfuerzos por mostrarse natural. ¡Debía reponerse de inmediato!

—Hola —respondió Tara con el rostro inexpresivo a la vez que le tendía la mano. Él la miró como si fuese un bicho extraño a punto de picarlo antes de caer en la cuenta de lo que pretendía la joven. ¿La mano? ¿En serio que le ofrecía la mano en lugar de la mejilla para darse un casto beso? No recordaba a Tara tan puritana.

—Ah —exclamó y se la estrechó por fin—, sí.

—Cuánto tiempo sin verte, Declan —dijo Tara con voz gangosa.

—Es cierto —admitió él mientras observaba su rostro con mayor profundidad—. Oye, ¿te ocurre algo o tu nariz ha crecido desde que no nos vemos?

Tara hizo una mueca con su boca, con la misma boca que deseó besar durante años.

—Tengo un catarro tremendo que me ha congestionado la nariz.

Daba igual, de todas formas estaba preciosa con ese sonrojo natural en la punta. Desde que distinguió su hermosa mata de pelo roja nada más entrar en la iglesia junto a sus propios padres, su mente se había colapsado ante tanto recuerdo que acudía a ella de forma masiva.

Su madre había nacido allí, en Dingle, en la península del mismo nombre, donde él pasaba todas las vacaciones disponibles. En realidad, Declan vivía con sus padres a tan solo unos cincuenta kilómetros de distancia, en Tralee, pero para él esa pequeña localidad era otro mundo. Sus padres lo dejaban en la casa de su tío Keiran O’Sullivan, hermano mayor de su madre, casado con la tía Arlene Dunne —fallecida hacía unos años— y sin hijos; allí disfrutaba ayudándoles en su hotel, pero también tenía un grupo de amigos con los que se divertía.

El sentimiento de libertad, a la vez que el de responsabilidad, había ido calando en su forma de ser con el ejemplo del tío Keiran. Pero también otro sentimiento dejó su primera espinita en su corazón en aquel lugar.

Declan se enamoró perdidamente de la sobrina de la tía Arlene, Tara Murphy. La muchacha tenía cinco años más que él y lo tenía deslumbrado desde bien pequeño, algo que fue creciendo conforme los años pasaban. Lo mantenía en silencio, la adoraba a lo lejos, siempre pendiente de ella, y ella...

Tara lo trataba como a un crío.

De niño, ella era una adolescente mandona que siempre le recriminaba las bromas que gastaba a sus amigos o la guasa con la que se tomaba todas sus palabras de reproche. Cuando creció y se convirtió en el muchacho guapo y simpático que conquistaba a todas las jovencitas del lugar, ella se burlaba de su actitud chulesca.

Porque sí, él siempre había sido una persona de sonrisa fácil y trato conquistador, pero recordaba con angustia la época en la que le dio por intentar deslumbrarla a ella y terminaba balbuceando como un panoli.

Cuando Tara se marchó sin que demostrase hacia él el menor interés, le rompió el corazón. Era la primera vez que alguien lo hacía y fue bastante traumático para él. Desgraciadamente, ya no volvió a verla. Cinco años después, Duncan fue el que acudió al *Trintity College* de Dublín para estudiar Derecho y cambió su vida tranquila de los veranos en Dingle por viajes, másteres, prácticas de formación, intercambios estudiantiles, y un sinfín de otras actividades que consiguieron borrar de su mente los días felices en la península.

Hasta ese momento.

—¿Qué es de tu vida? ¿Vives aquí o has venido a despedirte del tío? —le preguntó a Tara con curiosidad.

—Vivo aquí, sí. Trabajo en el *Dingle Oceanworld Aquarium*. Soy bióloga marina.

—¡Vaya! Debe ser muy interesante. No sabía nada.

—Me lo imagino, hace más de quince años que no nos vemos. En cambio, yo lo sé todo de ti —

admitió Tara con una sonrisa socarrona—. Sé que has formado una empresa de creación de videojuegos en Dublín con otros dos socios y que tú te encargas de la parte legal. Eres abogado. El tío Keiran me mantenía informada; estaba muy orgulloso de ti.

—Bueno... yo es que hace más de diez años que no vengo por aquí.

—También lo sé.

—Ya veo...

—Ahora he de irme. Espero no tardar otros quince años en volver a verte, Declan.

—Yo también.

La observó marcharse. ¡Dios! Ese culo respingón que lo volvía loco antaño había tomado cuerpo y ampliado las caderas. ¡Estaba soberbia! Su melena rizada roja y salvaje le caía por detrás hasta la mitad de la espalda. Su cuerpo reaccionó y el deseo lo inundó como si fuese un chaval y no tuviese la capacidad de controlarse.

A su mente acudieron los malos tragos que él tuvo que pasar de adolescente para ocultar su precoz excitación cada vez que evocaba sus pechos de tamaño pequeño que en cierta ocasión pudo ver al desatársele la parte de arriba del bikini mientras se bañaban en la playa cercana al hotel.

Esperaba haber superado esa época. No, no lo esperaba: estaba convencido de ello. Su respuesta física tan solo había sido provocada por la inesperada situación. El recuerdo caliente del pasado.

—Cariño, el albacea testamentario de mi hermano nos ha informado que debemos estar los tres esta tarde en su despacho.

Declan se giró para mirar a su madre, que se había colocado a su lado.

—¿Yo también? Pensaba volver esta misma tarde a Dublín.

—Imposible. Nos ha dejado muy claro que debemos asistir o no se podrá leer el testamento.

Pasó el brazo sobre los hombros de su madre y la arrebujó hacia él. Se la notaba muy acongojada. Había sido un duro golpe para ella. Su hermano Keiran O'Sullivan era el único familiar que le quedaba y el infarto fulminante que había arrasado con su vida había sido totalmente inesperado.

En cuanto su madre lo llamó, Declan acudió de inmediato. No podía ni quería faltar al último adiós de su tío. No es que fuese la situación con la que se sintiese más a gusto, más bien todo lo contrario. Pero junto a él había formado sus recuerdos más queridos de la infancia y juventud. Aunque en esos momentos fuese una tortura para él.

—Pues entonces, he de avisar a mis socios, ¿me disculpas un momento?

—Por supuesto, cariño.

Declan se apartó un poco mientras sus padres se despedían de los presentes al sepelio. Sacó su móvil del bolsillo de su impoluta chaqueta y se puso en comunicación con Connor Murray.

—Connor, he de pasar la noche aquí, así que no me esperéis mañana para la reunión de primera hora.

—No te preocupes, ahora mismo tenemos todo bien encarrilado y tus legajos, normativas y contratos son lo menos importante; si quieres, puedes permanecer allí unos días. Además —añadió su amigo dándole un tono sarcástico a sus palabras—, te recuerdo que tienes una estupenda secretaria.

—Eso sí Seán deja trabajar a Astrid y no la reclama para que le ayude con el argumento del videojuego en el que esté actualmente. Pero no, no hará falta tomarme unos días. Mañana regreso.

Capítulo 2

Otra vez estaba allí. No había hecho falta que transcurrieran quince años para poder admirar esa abundante melena cobriza. Se encontraba sentada frente al albacea y de espaldas a él y su familia que acababan de entrar al despacho. Junto a ella había una mujer. Pudo reconocerla en cuanto se giró para ver quién acababa de entrar: era Moira Dunne, hermana de la tía Arlene y madre de Tara. Durante el sepelio de esa misma mañana había podido hablar con ella durante un rato, recordando viejos tiempos. Vivía en una casa cercana al hotel de su hermana, y solía echar una mano en él cuando estaban colapsados de trabajo. Declan recordaba que la madre de Tara, siempre que se encontraba por allí, le preparaba una merienda especial con unos bollitos dulces que a él le encantaban.

Después de los correspondientes saludos, los cinco se acomodaron en el lado de la mesa que les correspondía, al otro lado del albacea de Keiran O’Sullivan.

El serio y circunspecto hombre comenzó la lectura con voz monótona. Palabras legales se sucedieron una detrás de otra hasta que comenzó el reparto de la herencia. El albacea nombró a Cillian Campbell, el padre de Declan, al que le cedía su colección de discos de música irlandesa. Luego nombró a Nora O’Sullivan, su madre, y a Moira Dunne, para adjudicarles la misma cantidad de euros, nada despreciable.

—Y, por último —continuó el hombre, de cuyo nombre y apellido se había olvidado en cuanto lo oyó—, a Tara Murphy y Declan Campbell, les lega el hotel O’Sullivan Lodge y la vivienda particular adyacente con todo el terreno circundante a partes iguales, además del resto de efectivo que se conserva en sus cuentas personales.

—¡Oh! —exclamó Nora.

—¡Madre mía! —clamó Moira.

Los ojos de Declan se abrieron de forma desorbitada. Jamás se le había pasado por la cabeza que su tío pudiese confiarle su mayor tesoro y prácticamente la mitad de sus bienes. ¡A medias con Tara!

—¡Vaya! Está claro que Keiran no me tenía tanto aprecio como a vosotros —se burló Cillian.

Unas risas nerviosas relajaron un poco el ambiente solemne. Declan miró a Tara. Ella no había pronunciado una sola palabra. Sus ojos brillaban con una pátina de las lágrimas que pugnaban por rebasar el párpado y surcar sus mejillas, pero antes de que eso ocurriera, la joven elevó sus

manos y las restregó en ellos. Sintió el impulso de abrazarla para consolarla, pero se le adelantó su madre.

—Ahora bien —continuó de pronto el albacea—, hay unas cláusulas.

Todos se quedaron en suspenso.

—Tanto la señorita Murphy como el señor Campbell deberán vivir en la casa familiar y encargarse del hotel durante seis meses, o la propiedad pasará a manos del Estado.

—¿Cómo?! ¡Eso no es justo! —exclamó Declan con un evidente tono de enfado—. Por mi parte es imposible. Estoy dispuesto a venderle mi parte a Tara.

—Lo siento, señor Campbell, pero en las cláusulas siguientes especifica que ambos deben cumplir sus deseos, o ninguno de los dos recibirá su herencia.

—Pero... —comenzó de nuevo Declan, con tono exasperado.

—Declan, aquí no debemos discutir sobre esto —apuntó Nora—. Dejemos que termine de leer todas las disposiciones antes de divagar.

—Tienes razón, mamá, como siempre —admitió él.

—O sea, que tú has trabajado aquí los últimos años —confirmó más que preguntó Declan mientras veía cómo Tara abría la puerta de la vivienda de la casa de su tío.

El joven abogado acababa de llegar de Dublín después de pasar unos días organizando su trabajo y recoger las pertenencias que necesitaba para pasar una larga temporada allí, aunque él pretendía que fuese lo menos posible.

—¡Chico listo! No he tenido que repetírtelo dos veces —se burló Tara—. Efectivamente, yo he compaginado mi trabajo en el oceanográfico con el hotel, pero vivo con mi madre. Mañana me mudaré aquí.

—¿Es que piensas hacer lo que pone en el testamento?

—¿Qué remedio! En serio, que eso me lo pregunte un abogado, me mosquea.

—Precisamente por ser abogado sé que hecha la ley, hecha la trampa. Siempre hay algún subterfugio por donde escapar o paliar los daños.

—Bien, pues mientras tú buscas tú escapada, yo voy a comenzar por cumplir lo establecido en el testamento.

—¿Así, sin más? ¿No piensas luchar?

—¿Luchar? ¿Contra quién o contra qué? A mí no me importa vivir aquí y hacerme cargo de hotel. Es más, me gusta. Si trabajaba aquí con el tío no era por necesidad, sino porque me agrada el trato con los clientes y complacerles en todo lo posible para que se vayan con un buen sabor de boca y con la sensación de haber acertado con el destino de sus vacaciones. Yo siempre que viajo deseo que ocurra, por eso me gusta tanto proporcionarlo.

—Pues yo no puedo quedarme aquí medio año.

—Entonces se perderá el legado de nuestros tíos. ¿Estás seguro que prefieres no intentarlo? Me extraña mucho que una empresa de videojuegos no esté al tanto de las nuevas tecnologías y no sea capaz de dirigirse desde lejos —ironizó Tara—. ¿Quizás todavía no sepáis que existe internet?

—Veo que has agudizado tu vena guasona.

—Tuve un gran maestro.

Mientras hablaban iban recorriendo la casa hasta llegar a la planta superior, donde estaban las habitaciones.

—Si quieres, te puedes quedar en tu antiguo cuarto. El tío lo mantenía tal y como estaba por si volvías algún año.

Un sentimiento de arrepentimiento oprimió su corazón. Durante los últimos diez años había sido un tremendo egoísta. Había pagado todo lo que le había dado su tío con unas llamadas esporádicas y las reuniones familiares en Navidad.

Abrió la puerta con lentitud. Le costaba enfrentarse a la cruda realidad, pero allí estaba; tal y como la recordaba. Con su papel pintado con cuadros azules y blancos en las paredes, el escritorio de madera con sus botes llenos de lápices y bolígrafos, la cama enfundada en la colcha con dibujos geométricos en los que predominaba el mismo color de las paredes. Hasta su ropa estaba colgada en el armario.

—Sí, yo dormiré aquí. ¿Y tú?

—Yo voy a elegir la habitación de invitados que tiene cama de matrimonio. Con el tiempo me he hecho muy cómoda.

—¿Y ahora qué?

—Ahora nada. Yo me voy a mi casa, dormiré allí y, aprovechando que mañana es sábado y no trabajo en el oceanográfico, pero sí aquí, vendré con algunas de mis cosas y te presentaré al personal, ¿te parece?

—Está bien. Yo aprovecharé para examinar bien el testamento.

—Tú verás. Si quieres perder el tiempo, por mí... ¡Mañana nos vemos!

Conforme exclamó sus últimas palabras, se giró sobre sí misma y desapareció.

Una vez eliminada la distracción que para él suponía Tara, decidió recorrer de nuevo la casa. Estaba todo lleno de recuerdos de su tío y de su mujer, la tía de Tara. Las floridas cortinas con las que les gustaba decorar todas las ventanas, el pulido brillante de los muebles que tía Arlene se empeñaba en frotar y frotar. El sillón preferido de su tío, frente a la chimenea, con un reposapiés donde leía un libro antes de irse a dormir. La inmensa mesa de la cocina donde él y sus amigos, día sí y día también, merendaban rodeándola.

Montones de momentos felices revivieron en su mente como si acabaran de suceder. Las risas lo llenaban todo. Y por encima sobresalía su sentimiento hacia Tara. Un amor puro, inocente al principio y lleno de deseo y excitación después, pero constante durante todos esos años.

—Hola, mamá —saludó Declan en cuanto tocó el icono verde del móvil.

—*Hola, cariño.*

—¿Necesitas algo?

—*Hablar contigo. Al final nos separamos el otro día sin poder comentar lo del testamento de tu tío.*

—Es cierto, estaba tan desconcertado que me he dejado arrastrar por la impetuosidad de Tara.

—*Hijo, yo quería pedirte un favor.*

—Dime, mamá.

—*Sé que en el momento de saber lo que ha decretado mi hermano por medio de su testamento tú no estuviste conforme y quieres luchar para evitarlo.*

—Así es.

—*Pues... Quiero pedirte que no lo hagas, Declan. Era la decisión de mi hermano y a mí me gustaría que la cumplieses. Hazlo por mí, por favor. No creo que sea un sacrificio tan grande dedicar seis meses de tu vida al hotel después de todo lo que te dio tu tío en vida y lo que te ha dado ahora en muerte.*

Unos segundos de mutismo dieron paso a la aceptación de Declan. Era cierto, le debía mucho a su tío Keiran, pero más le debía a su madre, y si ella, que era reacia a pedir favores, le había llamado para solicitarle que no eludiera los últimos deseos de su hermano, no tenía ninguna duda de que era importante para ella.

—De acuerdo, mamá. Te lo prometo.

Capítulo 3

Tara recorrió la planta baja a la búsqueda de Declan; al no encontrarlo, decidió subir para mirar en su habitación. Primero dejó sus pertenencias en el cuarto que había elegido para ella y luego se acercó hasta el de Declan, que se encontraba al principio del pasillo. Llamó a la puerta y, tras oír un cuchicheo que parecía una invitación a entrar, la abrió. Declan estaba sentado delante de la mesa de escritorio, con su portátil abierto y tecleando sin interrupción. A Tara le pareció que sobre su cuerpo solo llevaba la bata de satén con dibujos de cachemira.

—¿Quieres un café? —le preguntó.

Declan se giró para mirarla y parpadeó con sus vivos ojos grises. ¡Wow! Parecía cosa de magia que alguien recién levantado pudiese estar tan sexi y guapo, acentuado por esa barba de tres días que, por lo visto, era su look habitual.

—Hola —saludó—. ¿No es un poco pronto para que estés ya aquí?

—No, Declan. Son las nueve de la mañana. El sol hace horas que ha salido, los niños ya están en la escuela y en el hotel hace una hora que se ha abierto el comedor para servir los desayunos.

—Ah, pues no me había dado cuenta. Pues sí, me apetece mucho un café, gracias. —Y volvió a concentrarse en el ordenador.

Antes de marcharse, Tara lo vio alargar sus brazos y dejar fluir un bostezo. Algo que le extrañó al joven; el estirado abogado no tenía pinta de hacer tales groserías. Sin poder evitarlo, una leve risita salió de su garganta.

—¡Perdón! —se disculpó él en cuanto notó su presencia—. Creía que ya te habías marchado. Disculpa mi mala educación.

—¡Ya decía yo! Tranquilo, *trinner*[1], nadie más se va a enterar de tu imprudencia. Te espero en la cocina. —Y cerró la puerta.

Bajó al primer piso y preparó una cafetera. En el preciso instante en el que comenzaba a brotar el líquido oscuro y a esparcirse por toda la vivienda su característico olor, oyó los pasos de Declan bajando las escaleras.

Apareció en la cocina, impecable. Todavía tenía húmedo el largo cabello rubio y su bata chic había sido sustituida por unos pantalones largos de color beige y un jersey de cuello redondo negro. ¡Estaba para hacerle un favor!

También ella estaba invadida por los recuerdos desde que lo había visto. Si se dejaba llevar,

todavía sentía la mirada de él recorrerle el cuerpo. Tara no era tonta y supo desde el primer momento la fascinación que Declan sintió por ella, incluso el deseo de adolescente que se manifestaba en cuanto el muchacho se fijaba en alguno de sus atributos femeninos. Por aquel entonces, le causaba gracia despertar esas sensaciones en un chaval cinco años menor que ella, aunque si quería ser sincera debía confesarse que también se sentía halagada de que un pibón como Declan se enamorara de ella.

Porque el abogado estaba para comérselo en aquella época, pero en la actualidad estaba para comérselo, roerlo, lamerlo y mojar pan. Su cuerpo se había desarrollado hasta obtener una complexión deportiva que a todas luces debía de fomentar, ya que los músculos de sus brazos y tórax se apreciaban incluso con el traje de chaqueta que había llevado el día anterior.

El cabello también le había crecido. Mientras que en el pasado lo llevaba corto, pero corto, corto; en esos momentos su ondulante melena le llegaba hasta los hombros.

Los ladridos de su perrita Isis la devolvieron a la realidad.

—¡Quita, chucho! ¡Déjame en paz! —oyó gritar a Declan.

—¡Oye, no le hables así a mi perra! —exclamó ella.

—¡Me está mordiendo los talones!

—¡Será porque desconfía de ti!

—¡Oh! ¡Venga, vamos! ¿Tú eres de esas?

—¡De esas?! ¡¿Qué significa eso?!

—¡Ay! ¡Saca a tu perro de aquí si quieres que te conteste!

Pese al cabreo que tenía, decidió calmar al bichón maltés. Era un animalillo tranquilo y obediente, pero cuando algún desconocido invadía su terreno, los ladridos se oían hasta al otro lado de la península.

Además, era gracioso ver al abogado respetable dando saltos intentando esquivar los dientecillos de la perrita.

—Isis, bonita —habló Tara con voz dulce a la vez que se acercaba a ella y la acariciaba—. Tranquila, no pasa nada. No es nadie...

—Eso es... ya veo lo que opinas de mí —refunfuñó Declan.

—¡Oh, vamos! Son palabras sin sentido para ella, solo la modulación de la voz es la que le indica lo que debe hacer —protestó ella mientras cogía a Isis del collar y la apartaba de él—. Yo te aconsejo que te hagas cuanto antes con ella porque va a vivir aquí con nosotros, al igual que Kiara.

—¿Kiara? ¿Quién es Kiara? ¿Una leona? —se burló al reconocer el nombre de la hija de Simba y Nala de *El Rey León*.

—No vas desencaminado; de la misma familia de felinos sí que es. Se trata de una gatita de tan solo cuatro meses. La tengo encerrada en mi cuarto, pero voy a sacarla de allí enseguida porque debemos irnos de inmediato al hotel. Estas son las horas más complicadas allí.

—¿Sin desayunar? —replicó Declan con el ceño fruncido. El desayuno era su comida

preferida.

—Ahí tienes el café recién hecho y, como mucho, unas tostadas; por ahora tendrá que ser suficiente. El hotel no se ha podido cerrar estos días porque tenía reservas hechas, así que hay que estar al pie del cañón, como haría nuestro tío.

—Está bien. Tú ganas hoy, mañana ya lo veremos...

Isis retomó los ladridos hacia Declan. Parecía que no le había gustado el tono que había usado hacia su ama.

—¡Qué mal genio tiene esta perrita!

—Perdona, pero Isis capta el mal rollo en las personas. Si te ladra es porque no le caes bien. Tendrás que ganártela.

—Pues ahora mismo no me apetece limar asperezas con ella; hasta que no me meta algún alimento consistente entre pecho y espalda, no soy persona, así que, si te parece bien, ¿nos vamos al hotel?

—Sí, claro, ya deberíamos estar allí.

Salieron de la vivienda y atravesaron la valla que dividía las dos parcelas por la puerta que había para tal fin. Cuando Declan entró en el hotel, su sorpresa fue mayúscula. La imagen que tenía del hotel O'Sullivan Logde no correspondía en nada con la de la actualidad. En algún momento, no muy lejano, su tío debió de hacer una gran reforma con un estilo moderno que no esperaba. El suelo distribuía las distintas estancias con diferentes texturas: moqueta violeta para la entrada, baldosas de color chocolate para la zona del comedor y cálidas láminas de madera para la salita de estar. Al fondo de la entrada estaba el mostrador de recepción que combinaba la piedra viva con acero mate. Allí había una joven vestida con un traje de chaqueta atendiendo a unos huéspedes.

—Se trata de Mona, nuestra recepcionista. Es una joven muy agradable que sabe resolver con eficiencia cualquier problema o deseo de nuestros clientes. Luego te la presento, ahora vayamos a la cocina.

Atravesaron el comedor que quedaba a la derecha de la recepción. Las mesas de distintos tamaños y formas de madera de fresno, con cómodos sillones tapizados de diversos colores (amarillos, rojos, azules, violetas...), estaban colocadas con el suficiente espacio entre ellas para dar sensación de amplitud, calidez y comodidad. Las paredes estaban pintadas con un estucado que imitaba el cemento, pero con un gris brillante, similar a la plata.

A Declan le gustó el ambiente relajado y tranquilo que se había conseguido, a la vez que admiró el movimiento de la arquitectura y la decoración que fluía integrada en el espacio de forma magistral.

—El restaurante del hotel admite reservas para clientes externos. Nuestra carta está muy bien considerada en la zona y tenemos muchos comensales que vienen expresamente para probarla —le explicó Tara.

Las puertas abatibles que daban acceso a la cocina tenían unos ojos de buey a la altura de la

cabeza de una persona de estatura media. Tras ellas, los esperaba una reluciente y moderna cocina de acero inoxidable brillante.

—¡Mitchell! ¿Por dónde andas? —indagó Tara en cuanto entraron en ella.

Una cabeza redonda como una bola de billar se asomó tras una de las campanas que colgaban del techo.

—Me gustaría decirte que en las islas Seychelles, pero estoy aquí, cocinando. ¡Oh, sorpresa!

—¡Buenos días!

—Lo serán para ti. Yo estoy a punto de ponerme histérico porque no hay forma de ligar esta dichosa salsa.

Tara se acercó hasta él, se inclinó hacia delante con interés para observar lo que estaba cocinando con una expresión en su rostro de incredulidad. Luego le dedicó al hombre una sonrisa cómplice.

—Tú, como siempre, viviendo al límite. Pero yo confío en ti y sé que lo conseguirás, pero ahora, por favor, detén un momento tu creatividad. Quiero presentarte al nuevo propietario del hotel, junto conmigo, como ya os informé ayer. Declan Campbell —concluyó señalándolo.

El cocinero se limpió las manos con un trapo y se acercó hasta su nuevo jefe.

—Mitchell Clarke. Encantado —lo saludó ofreciéndole la mano.

Declan se la estrechó.

—Lo mismo digo.

—Siento mucho la muerte de su tío. Era muy querido por todos los empleados.

—Gracias.

—¿Piensa hacer muchos cambios? —preguntó Mitchell a bocajarro.

—Pues... La verdad es que no he pensado en ello. Supongo que primero tendré que ver el funcionamiento del hotel —respondió asombrado ante el descaro del cocinero.

—Ya se lo digo yo: perfecto.

—Mitchell, no empieces a atosigarlo ya. Ahora necesito que esté tranquilo porque tenemos que ponernos a trabajar ya.

—¿Yo? —preguntó Declan, asombrado.

—¿Pensabas que te ibas a dedicar a dirigir desde un cómodo sillón? Estamos en plena temporada alta y aquí trabajamos todos.

—Yo no me niego a trabajar, pero no creas que lo que yo hacía aquí de niño me convierte en un experto trabajador en hostelería. La verdad es que no conozco este negocio y no sé cómo podría ayudaros.

—Eso es fácil —apuntó Tara—. Comenzarás por lo más elemental. Seguro que esos músculos te permitirán hacer un buen papel como botones, igual que lo hacías de joven cuando tu tío te necesitaba.

—¿Botones?

—¿Prefieres dedicarte a la limpieza?

Ante esa dicotomía no tuvo dudas sobre lo que elegir. Y sin más, se vio envuelto en la vorágine del hotel. Primero Tara le enseñó el orden de las habitaciones y cómo tenía que comportarse ante los clientes. Cuando comenzó su tarea encomendada, el trasiego de maletas le sorprendió. Pronto llegó a la conclusión de que la gente viajaba con demasiado equipaje. Mucho más del que iba a necesitar, eso seguro.

En cuanto tenía un minuto sin trabajo, Tara lo reclamaba enseguida para presentarle al resto del personal: Nessa, la encargada de la limpieza; Regan, la camarera del restaurante que también tenía la función de llevarles los pedidos solicitados por los clientes a sus respectivas habitaciones; y Nolan, que ejercía de botones y, a la vez, de ayudante de cocina.

Tara y Declan debían cubrir las necesidades según se produjesen.

Le sorprendió no reconocer ninguno de los rostros de los trabajadores, a lo que la joven le aclaró que los que él había conocido se habían ido jubilando a lo largo de los últimos años, por lo que todo el personal era relativamente nuevo. Pese a ello, parecían una gran familia, se hablaban con cariño y respeto, y todos colaboraban en lo que fuese necesario.

Cuando llegó la hora de retirarse, estaba muy, pero que muy cansado. Verdaderamente destrozado. Sus pies se arrastraban camino de la casa para acostarse. A su lado andaba Tara como si el día acabase de comenzar, comentándole el último incidente que había ocurrido con un cliente protestón, mientras él permanecía en silencio. No tenía fuerzas ni para mover la lengua, ni de cenar. Había comido a trompicones durante escasos periodos de asueto y en esos momentos, lo único que le apetecía era meterse en la cama y cerrar los ojos.

Por otra parte, se acababa de enterar que todo el personal, menos el cocinero, se alternaban para el turno de noche. ¡No quería ni pensar el día que le tocase a él!

Capítulo 4

A la mañana siguiente, Tara se despertó con el olor incrustado en sus fosas nasales de beicon, salchichas y huevos friéndose y arrugó la nariz con disgusto. Todavía la bruma de la mañana ocultaba el incipiente sol y el confort que sentía tapada con la sábana la hacía sentir cómoda y protegida además de tener la sensación de seguir en un sueño entre algodones. Permaneció acurrucada, quieta, saboreando el momento previo a comenzar la vorágine de su día a día. Había decidido coger sus vacaciones en el oceanográfico para tener el control de la situación del hotel en todo momento, así que disponía de un tiempo para organizarse.

Ya echaba de menos a su tío. Mucho. Había sido como un padre para ella y saber que ya no podría consultarle alguna duda o, simplemente, conversar con él cuando tenían unos minutos de descanso, le tenía oprimido el corazón por la congoja.

Su mente aprovechó para hurgar en los recuerdos que le habían sobrevenido ante la visión de Declan. Fue una sorpresa verlo en el entierro del tío Keiran, no lo esperaba y enseguida revivió los días felices de su infancia y juventud. Cuando pasaba las vacaciones en Dingle se sabía observada por él. Sabía que tenía fascinación por ella, cosa que siempre achacó a la diferencia de edad. Por norma general, todo el mundo, durante la adolescencia, se siente enamorado de alguien más mayor, ya sea un profesor, un amigo de un hermano o, como en este caso, una vecina que además era sobrina de su tío.

Era cierto que ella lo consideraba un niño guapo, ya lo era por aquel entonces, aunque ahora, lógicamente, se había convertido en un tío bueno, con todas las letras. Debía confesarse que cada vez que lo miraba, un gustillo de satisfacción le subía por el cuerpo. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando recordó lo cansado que estaba el señor abogado la noche anterior. ¡Pobre! No le había dado tiempo ni a asimilar lo que le había caído encima.

A través de los párpados se dio cuenta que la luz de la mañana comenzaba a penetrar en el cuarto y proyectarse en sus paredes. Parpadeó y entrecerró los ojos con el objetivo de acostumbrarse a la claridad que descubriría poco a poco los rincones y recovecos de la habitación.

De repente, oyó ladrar a Isis en la lejanía, pero pese a que sabía lo que estaba ocurriendo, la perspectiva de recibir el frío ambiente del amanecer si salía de la cama la mantuvo inmóvil. Tras unos minutos y unos cuantos ladridos más, su conciencia no le permitió seguir vagueando. Apartó la sabana con reservas, lentamente, quedando a merced del frescor, protegida tan solo por el

camisión de *El Rey León*. Sacó un pie, luego el otro, y la temperatura la notó agradable. Se incorporó y posó los pies en la gruesa alfombra roja, meneó los dedos hundiéndolos entre sus pelos largos. Apoyó las manos en el colchón y se impulsó para levantarse.

Se desplazó hasta la ventana, descorrió la cortina y apoyó su mano en el marco de madera oscura. Fuera, la fría luz del amanecer le advirtió que no iba a ser un día veraniego, por lo que cuando se dirigió hacia el armario para coger la ropa para vestirse, se decidió por un jersey beis fino y unos pantalones estrechos azul marino con unas sandalias. Lo dejó todo sobre la cama y con la muda interior se metió en el baño que había en la habitación.

Tras la ducha, se vistió y bajó a la cocina con los ladridos de Isis como música de fondo.

—Isis, ya está bien —la riñó al tiempo que entraba en la estancia.

Tara no pudo evitar reírse a carcajadas al ver a Declan sentado en una silla con sus largas piernas encogidas y con los pies sobre el asiento. La perrita estaba sentada en el suelo, delante de él, con su mirada fija puesta en el joven y su morro arrugado enseñando sus dientes.

—Sí, mujer, riéte, riéte.

—Es que capta tu miedo.

—¡Yo no le tengo miedo! Lo que no me gusta es que me muerda los tobillos. Pero que sepas que soy muy amante de los animales y es la primera vez que me pasa algo así con un perro. Debe ser defecto de tu chuchó.

Se oyó un maullido y apareció Kiara por la puerta de la cocina, bamboleando su cuerpo con indolencia y elegancia; se acercó a las piernas de Tara y se restregó en ellas, intentando llamar su atención.

—Buenos días, Kiara, guapa. ¿Qué tal has pasado la noche?

—Tara, si no te es mucha molestia, ¿puedes quitarme a Isis de mi lado para poder sentarnos a desayunar? —le pidió Declan con la voz cargada de inmensa paciencia, pero con el interior burbujeando de lava.

La joven miró la mesa, sobre ella había dos servicios para desayunar y en el centro, una fuente con salchichas, beicon, huevos y patatas fritas.

—¿Eso es para los dos? —indagó Tara.

—Sí, por supuesto. Me gusta cocinar y no quería que nos pasase como ayer. Yo necesito un buen desayuno para funcionar bien.

—Pues sí, vas a estar bien alimentado hoy porque te lo vas a comer casi todo tú. Soy vegana, así que solo voy a comer patatas.

—¿Eres vegana? —inquirió sorprendido.

—Eso he dicho, sí.

—Entonces, ¿qué quieres de desayuno? Te lo hago en un minuto si me quitas de una vez a Isis de mi lado.

La perrita seguía gruñendo a sus pies. Tara sintió lástima por él y agarró a la bichón entre sus manos y puso su cara frente a la suya.

—Chiquitina, Declan es un amigo, no le ladres, ¿vale? —le dijo frunciendo el ceño de forma evidentemente fingida. Luego la acercó hasta él, que ya había bajado sus pies de la silla—. Acaríciala en el lomo. Tenéis que haceros amigos o vamos a terminar sordos con sus ladridos.

El momento para él era surrealista. La gatita se acababa de subir a su regazo y se enroscaba sobre él mientras obedecida a Tara y acariciaba a la perrita.

—Tu gata me va a llenar de pelo.

—Sabes que los pelos se pueden quitar, ¿verdad? No se quedan pegados de por vida —se burló Tara al ver el agobio de Declan—. Mira, te aconsejo que te hagas a la idea de compartir la casa con animales, porque suelo tener siempre alguno más en acogida hasta que le encuentran una casa adecuada.

—Vegana, amante de los animales, burlona, ¿me espera alguna sorpresa más?

—Puede que sí.

Tara decidió que debían hablar. El día anterior había pasado frenético y no habían logrado tener una conversación con tranquilidad. Miró la hora en el reloj de la cocina y consideró que todavía podían dedicar un tiempo a aclarar su situación. Agarró a los dos animales, los sacó de la estancia y cerró la puerta.

—Mientras me preparo unas tostadas, ve desayunando.

Declan afirmó con la cabeza e hizo lo que ella le había pedido sin rechistar. Tara supuso que estaba muerto de hambre porque no volvió a replicar nada hasta que su estómago se tranquilizó al recibir un par de salchichas, tres trozos de beicon, dos huevos fritos y un puñado de patatas.

—Veo que no te voy a hacer falta para acabar con todo lo que hay en la bandeja —se burló la bióloga.

—Estaba famélico. Anoche no cené y los crujidos de mi estómago me han despertado.

—¡Mierda! ¡Ya se me han quemado las tostadas! ¡Si es que soy un desastre! —renegó Tara mientras sacaba el pan de la tostadora y cogía un cuchillo para rascar lo quemado.

Declan la miró con una sonrisa mientras se ponía otra salchicha en el plato. Ella le devolvió la sonrisa. En realidad, era una torpe con cualquier alimento que tuviese que transformar por medio del calor. Para ser más claros: cocinaba fatal, fuese lo que fuese, incluyendo unas simples tostadas.

—La cocina no es lo mío, como acabas de comprobar —confirmó a la vez que abría la nevera y sacaba un aguacate para luego sentarse frente a Declan—. La verdad es que me alimento gracias a Mitchell. Él, siempre que puede, intenta meter algo de verdura en el menú del día, porque si fuese por mis dotes culinarias, siempre comería lo mismo, preferiblemente crudo, por supuesto. Si tengo que tocar los fuegos —sonrió cómplice—, ya ves lo que ocurre.

—Y, pese a ello, sigues viva —se burló Declan. Su estómago ya había recibido algo que lo aplacase y se encontraba mucho mejor—. Luego dicen que no existen los milagros.

Tara soltó una fuerte carcajada que fue correspondida por él.

—Creo que debemos hablar —dijo Tara mientras comenzaba a pelarse la fruta, desapareciendo

la sonrisa de sus labios.

—Yo también lo creo —afirmó Declan.

—Esto ha sido un golpe para los dos, no solo por el fallecimiento de nuestro tío, sino también porque nos trastoca toda nuestra vida. Yo, por supuesto, estoy dispuesta a seguir el legado de mis tíos, aunque tampoco quiero dejar mi trabajo con los animales del oceanográfico.

—Mi situación es muy distinta, Tara. Yo tengo mi trabajo en Dublín, así que mi pretensión es vender mi parte. Me gustaría que fuese a ti, pero eso depende de lo que tú decidas.

—No sé, Declan. Eso sí que lo encuentro difícil. —Suspiró con fuerza y desvió la mirada, como si pensase en seguir confesando sus pretensiones o no—. Mi vida, en pocos meses, se va a complicar más. Verás, ya tengo treinta y cuatro años y había tomado la decisión de hacerme una reproducción asistida mediante una inseminación artificial dentro de seis meses para tener un hijo.

El asombro en el rostro de Declan fue patente.

—Pero... ¿qué me estás contando? ¿Es en serio?

—Por supuesto.

—¿Y no prefieres tener un hijo por la forma habitual?

—¿Te refieres a tener una pareja? Bueno, no me habría negado si hubiese aparecido el hombre adecuado, pero como no ha sido así, pues tengo que buscar otra vía para cumplir mi sueño —admitió Tara con pesar.

—¿Nunca has tenido una pareja?

—Sí, claro. Incluso me casé, pero no resultó y nos divorciamos hace tres años.

—¿Estuviste casada? No lo sabía.

—Bueno, es que fue tan fulminante que a veces creo que no pasó.

—¿Cómo?

—Nada, cosas mías. Pero vamos, que no se ha cruzado en mi vida el hombre que... bueno, ¡el hombre que nada de nada!

—¿Te has mirado en un espejo? Eres preciosa y joven. Estoy convencido de que todavía puedes encontrar a alguien con quien compartir la maternidad.

—Me recuerdas a mi madre —se burló Tara—. Ella me organiza citas a ciegas constantemente. Me tiene muy harta. Hace poco más de una semana me hizo una encerrona. Me convenció de que quería probar un nuevo restaurante que habían abierto en Castlegregory y quien me esperaba allí era su dentista.

Las carcajadas de Declan llenaron la cocina y consiguieron arrancar las de la joven también.

—No te preocupes, yo no voy a llegar al límite de tu madre, que, aunque me parezca muy gracioso de su parte, creo que el amor no se encuentra así. Pero también creo que la decisión que has tomado deberías meditarla bien. Admito que considero que eres una mujer muy valiente obrando de esa manera, pero de verdad que creo que estás precipitándote y estoy convencido de que encontrarás, más pronto que tarde, alguien con quien compartir tu vida.

—Pero es que yo no lo creo necesario. Me considero una mujer autosuficiente y capaz de criar

a un hijo o dos o tres. ¡Los que me plazcan, vaya! Pero he de confesarte que me extraña tu opinión. Que yo sepa, tu vida no se caracteriza por tener una pareja, sino más bien por todo lo contrario, picotear aquí y allá sin compromiso ninguno. O por lo menos eso es lo que me contaba nuestro tío.

—Es cierto, no te lo voy a negar, pero yo no he tomado una decisión tan importante en mi vida. Cuando me llegue el momento, te lo contaré.

—Bueno, el caso es que yo tengo un objetivo muy claro y no voy a poder ocuparme al cien por cien del hotel. He de ser coherente y saber hasta dónde puedo abarcar.

—Yo he hablado con mis socios y me han facilitado todo para que pueda trabajar desde aquí durante los próximos seis meses con la ayuda de Astrid, mi secretaria. Solo necesito algo de tiempo para ello, pero Tara, he de confesarte que mi mundo no es este, ni quiero que lo sea, por lo que debes hacerte a la idea de que cuando se cumpla el plazo, venderé mi parte.

—Pues yo espero que te conquiste de nuevo O’Sullivan Lodge. Todavía recuerdo a ese jovencito que disfrutaba tanto ayudando en él. Aparte de que nos vendría muy bien tener un abogado aquí, nadie se ocuparía del hotel con el mismo interés que alguien que tiene sus orígenes y sus raíces en este lugar. Y ahora, para ayudarte a recordar lo bien que se vive aquí, te invito a que vengas el próximo sábado a una fiesta con mis amigos. Seguro que recordarás a muchos de ellos.

—Yo no digo que no a una fiesta ni aunque tenga que ir arrastrándome, que me temo que será lo que haré si el ritmo del trabajo de ayer no fue una excepción.

—Me temo que no tendrás esa suerte. Ayer fue un día tranquilo. Y ahora, al hotel —concluyó mientras se levantaba—. Quiero que pases todo el tiempo posible en recepción en compañía de Mona para que ella te explique su funcionamiento.

—¡Me gusta! —exclamó a la vez que la imitaba y se incorporaba—. Seguro que allí no terminaré con los pies destrozados por recorrer el hotel veinte mil veces.

—Me temo que nunca has probado a estar de pie, sin moverte, durante horas y horas. Te aseguro que agradecerás ocuparte de las maletas cuando Nolan tenga que ayudar a Mitchell en la cocina.

—Ya lo veremos, ya —respondió Declan al tiempo que la miraba con su sonrisa burlona y abría la puerta de la cocina.

Y se produjo el desastre. Isis, que aguardaba tras la puerta, comenzó a ladrar desaforada y Kiara se entrelazó entre sus piernas. Del sobresalto, Declan perdió el equilibrio, intentó evitar pisar a cualquiera de los dos animalillos, así que su caída, que por otra parte era inevitable, lo escoró hacia atrás. Consiguió sortear a los animales, pero no así a Tara ya que, en el último segundo de aleteo de sus brazos en busca de un soporte, se agarró a su brazo y la arrastró con él.

Declan se estrelló contra el suelo boca arriba, sobre él cayó Tara, boca abajo. Sus labios fueron a parar sobre los de él, sus miradas se engancharon. Y siguieron pegados. Ninguno de los dos tomaba la decisión de apartarse. Extraño, ¿no?

De pronto, Isis se subió a la espalda de su dueña y gruñó con fuerza con los ojos fijos en Declan mientras Kiara ronroneaba paseando alrededor de su cabeza. Tara reaccionó enseguida y

se despegó de él.

—¡Isis, quita! —exclamó al tiempo que removía su cuerpo para que la perrita se bajara de su espalda.

No había apartado sus ojos de los de Declan por lo que captó como él los abría y fruncía sus labios. ¿Qué le estaba pasando?

—Tara, Tara, ¿quieres hacer el favor de dejar de moverte así? —protestó Declan al notar cómo su cuerpo se activaba.

—¡Oh! ¡Vale, vale! —Había comprendido el mensaje. Se estaba refregando contra su cuerpo— ¡Disculpa! —exclamó a la vez que se incorporaba después de conseguir que el bichón se bajara de su espalda.

—Si quieres algo de mí no hace falta que pongas de excusa a tus animalillos, querida, te cedo mi cuerpo muy gustoso —dijo Declan, burlón mientras la imitaba y se levantaba.

—¡Eso quisieras tú!

Pues sí, pensó Declan. El deseo por ella había vuelto a resurgir en su cuerpo como si fuese de nuevo un adolescente, pero con mayor intensidad, si eso fuera posible. El ardor en su interior era devastador, a punto estuvo de ceñirle la cintura para inmovilizarla y volver a sentir su cuerpo pegado a él. Miró su boca con lascivia, la vio lamerse los labios. Un beso, solo un beso. Un beso soñado durante años que le saciara su fuego candente.

Capítulo 5

Tara se encontraba esa mañana en tal estado de nervios que el personal en bloque del hotel la evitaba. El día era lluvioso, brumoso y ventoso, una mala combinación que solía volver a la gente de mal humor, sobre todo siendo un día de verano, pero todos sabían que ese no era el motivo del talante de la bióloga. A ella jamás le había molestado un día con ese clima, más bien todo lo contrario. Parecía que era su hábitat natural: el agua. Todo lo que tuviese que ver con el líquido elemento, dulce o salado, le atraía como un imán. Por eso se miraban los unos a los otros intentando averiguar si alguno conocía el motivo del mal genio que descargaba sin compasión entre ellos, e incluso, entre algún cliente. ¡Algo inaudito!

Esa mañana se estaba ocupando de la limpieza del hotel, salvo de las habitaciones a cargo de Nessa. Quería terminar lo antes posible porque no le gustaba estar por en medio de los pasillos cuando los clientes transitaban por allí, así que no había tenido ocasión de ir al baño y eso que ya pasaba del mediodía. Desesperada, decidió que ya no podía esperar más, dejó la aspiradora delante de la recepción, con la consiguiente protesta de un matrimonio que la miró como si acabase de decapitar a alguien, y salió escopetada hacia el aseo que había entre esa estancia y el comedor y que daba servicio a todo el hotel.

Sabía que no lo había hecho bien, que había tomado una decisión equivocada, pero la otra opción era montar un espectáculo en medio del recibidor. Y no estaba por la labor.

Cuando llegó frente a la puerta del aseo lo encontró ocupado, por lo que se quedó allí, con la mirada fija en el cartelito que indicaba que era el baño femenino y que colgaba de la madera lacada en un gris plateado. Su cuerpo, sin pensarlo ella, comenzó a menearse en un vaivén significativo y sus piernas se cruzaron. ¡Estaba a punto de reventar!

De repente, oyó una sintonía que provenía del interior y, de inmediato, se dejó oír una voz. Escuchó con atención.

—¡Hola! ¡Qué bien que me hayas llamado! Pensaba hacerlo yo en unos minutos.

Silencio.

—No, estamos cenando ahora mismo, en cuanto terminemos, nos reunimos con vosotros.

Silencio.

—No, con el día que hace, al final no me he puesto el vestido que me compré.

Silencio.

—¿A Colin? No, no sé qué le ha pasado.

Silencio.

Tara ya no pudo aguantar más, decidió que, o bien actuaba, o... actuaba. Inhaló con fuerza para intentar calmarse y golpeó la puerta con los nudillos.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó la voz interior.

—Yo —respondió Tara con tono firme.

—¿Y quién es «yo»?

—La dueña del hotel.

—¿Ocurre algo? ¡¿Hay fuego?!

—¡No! Me gustaría usar el baño.

—¡Ah! Bueno, ahora estoy yo.

—Lo sé, pero me urge...

Silencio.

—Anne, luego te llamo. Parece que aquí no se respetan los turnos.

Cuando la puerta se abrió y la joven que estaba dentro se dejó ver, sus ojos mostraban tal ira que hasta Tara se acobardó y dibujó una mueca en su rostro que intentó que fuese agradable, pero no lo consiguió. No tenía ni la mente ni el cuerpo para tonterías, así que le murmuró un «gracias» y se adentró en ese reducto de paraíso que para ella era en esos momentos el aseo.

Cerró la puerta tras de sí, echó el cerrojo y...

Sí, sintió una inmensa felicidad. Por fin algo que le producía algo positivo en toda la mañana. No comprendía lo que le pasaba, pero no era normal en ella estar de ese humor. Todo le sentaba mal, todo lo veía mal hecho, todo... Meneó la cabeza. No estaba siendo sincera consigo misma. Y eso tampoco era normal en ella. Siempre había tenido muy claro que para conseguir sus sueños tenía que ser fiel a sus principios, por eso se conocía tan bien.

«¡Venga, Tara, aclárate! Has estado evitando todo el día dirigirte a Declan. Tu cambio de talante se había producido después de que él te ofreciese su cuerpo. ¿Y? ¿Por qué crees que ha ocurrido eso? ¡Sé sincera! ¡Lo deseas! Ahora eres tú la adolescente que babea por el abogado buenorro. Bueno, y de ser así, ¿qué pasa? ¿No eres una mujer con deseos sexuales? Jamás te has cortado a la hora de obtener placer de los hombres que te han gustado», pensó Tara mientras se aseaba frente al espejo.

Toc, toc.

—¿Quién es? —preguntó Tara girando su cuerpo hacia la puerta.

—Tara, ¿eres tú? —¿Su voz!

—Espera, lo compruebo enseguida. —Dejó pasar unos segundos con la mirada fija en sus ojos a través del espejo—. ¡Sí, soy yo!

—¿Estás bien?

—¡Perfectamente!

—No lo parece. Hemos recibido una queja en recepción sobre la dueña del hotel.

—¡Menuda niñata! —masculló.

—¿Cómo dices?

—¡Nada! ¡Que me dejes en paz! Enseguida salgo.

Declan no sabía lo que le ocurría a Tara. El personal del hotel murmuraba a sus espaldas, pero él tenía los oídos muy finos y se había percatado de todo. Quizás estaba cansada, algo estresada. Todo había sucedido demasiado rápido y toda la carga había recaído sobre sus espaldas. Ojalá pudiese ayudarla más.

Cuando por fin salió del baño, su cara estaba demacrada. O eso le pareció a él. También podía ser que eso de ser vegana no le estuviese reportando unos buenos nutrientes. Estaba convencido que las únicas comidas que hacía de calidad eran allí, en el restaurante del hotel. Seguro que Mitchell pensaba en ella todos los días para elaborarle algo que pudiese comer y a la vez le reportase energía, pero... ¿y las noches? No creía que cenase con propiedad. El día anterior, ellos se habían ido antes de servir las cenas y tenía la certeza de que ella no había comido nada en el hotel antes de volver a la casa. Después no sabía, él se había ido directo a la cama.

Por otro lado, estaba convencido de que toda la situación había caído sobre sus frágiles hombros y le había colapsado. La muerte del tío Keiran y, como consecuencia de ello, hacerse cargo sola del hotel, así, de improvviso, parecía que le estaba superando.

¿Y si le daba una sorpresa esa noche? Sí, se lo merecía. No le había gustado nada ver sus luminosos ojos verdes, casi opacos. Siempre había sido, junto con su alucinante mata de pelo rojizo, lo que más le había llamado la atención de ella. Bueno, no... estaba en seria pugna con su culote respingón y sus amplias caderas. Nada le gustaría más que poder agarrar ese culo desnudo con sus manos y apretar su cuerpo al suyo para... ¡Mierda! ¿Pero qué pensamientos eran estos? Su objetivo era levantarle el ánimo, no meterla en su cama.

Capítulo 6

A Tara le extrañó que Declan se hubiese ido del hotel sin decirle nada, quizás estaba muy cansado de nuevo y prefirió no interferir en su trabajo. Lo más seguro era que estuviese ya en el séptimo sueño.

Sus pasos apesadumbrados atravesaron el jardín del hotel hasta la puerta del muro. El estómago lo sentía vacío, aunque al mismo tiempo, daba la sensación de que lo tuviese contraído. El estado de nervios en el que se había encontrado todo el día la había dejado agotada. Antes de salir del hotel, en el vestíbulo, había contemplado su rostro en el espejo que colgaba en una de las paredes y se había asustado, por eso había cogido un puñado de anacardos de la cocina y se los iba metiendo uno a uno en la boca conforme avanzaba.

Quería pensar que se debía al trabajo, pero ella sabía que su día había sido nefasto por otro motivo. Después de quince años de no pensar para nada en aquel adolescente que dejó atrás, se encontraba con un hombre sumamente atractivo, pero también con una personalidad atrayente. Que desapareciera de su mente estaba siendo muy complicado y ahora iba a compartir techo con él.

Antes de lo esperado, alargó su mano e introdujo la llave en la cerradura. No estaba preparada todavía. Sí, ya sabía que había pasado todo un largo día desde que había sentido ese deseo arrollador por morder los labios de Declan, por arrancarle la camisa impecable y besar cada centímetro de su piel, pero la cuestión era que llevaba tres años, desde que se separó de su marido, que su cuerpo se había vuelto muy exigente y no se excitaba con cualquiera. Y, la verdad, no le parecía nada viable convertirse ella en una acosadora.

Por eso esperaba que él ya estuviese durmiendo.

Giró la llave, al tiempo que pensaba un plan para escabullirse si no era así, o en buscar una excusa plausible para subir a su habitación sin demora. Su mirada permanecía fija en su mano que hacía la maniobra con muchísimo cuidado con la intención de hacer el menor ruido posible. Se mantuvo estática unos segundos, tomando fuerzas para empujar y enfrentarse a lo que fuera que hubiese o no tras la puerta. En un intento por demorarlo, giró la cabeza para observar la inmensa oscuridad que la rodeaba, respiró con fuerza y... empujó.

Un delicioso aroma la embriagó, cerró los ojos y abrió sus fosas nasales para percibir con mayor profundidad todos sus componentes. Col, tomate, cebolla, curry, pimienta... Casi se marea del gusto y su estómago comenzó a gruñir con fuerza. Percibió como si una fuerza arrolladora la

atrajera hacia el interior de la vivienda, intentó resistirse, pero al levantar sus ojos, la luz la llamaba; un ruido de cacerolas le sonó como una bella melodía, y ya no pudo dejar de acudir. Movi6 un pie, luego el otro y como si fuese un ser inanimado, se dejó arrastrar hacia la cocina.

Cuando llegó al umbral de la puerta, allí estaba Declan. El Declan de sonrisa burlona con la que se le formaban unas pequeñas arruguitas en sus ojos grises y vivos, el del envidioso cabello rubio y ondulado, el de... ¡oh, Dios!, de un redondo y prieto culo que en esos momentos destacaba entre el delantal blanco que le rodeaba el cuerpo por delante. Se encontraba delante de la cocina, de espaldas a ella. Levantaba las tapas de cacerolas, cazos y sartenes mientras tarareaba *Zombie* de The Cranberries que sonaba en su móvil y movía su cuerpo al ritmo. Estaba realmente sexi. Mucho.

Cuando llegó el momento del estribillo, alzó la voz, levantó los brazos y llevó el compás con ellos y con unos meneos de culo que...

In your head, in your head
Zombie, zombie, zombie-ie-ie
What's in your head, in your head
Zombie, zombie, zombie-ie-ie-ie, oh

—Hola. —La voz le salió algo desafinada a Tara cuando terminó la canción. Su cuerpo había reaccionado al espectáculo y vibraba de deseo. Debía controlarse.

—¡Hola! —exclamó él al tiempo que se giraba y le ofrecía una sonrisa brillante—. Entra, por favor, y siéntate en la mesa. ¿O prefieres darte una ducha y ponerte cómoda mientras termino?

—Yo... pensaba irme a la cama directamente.

—¿Sin cenar? De eso nada.

—Bueno, ya sabes que tú y yo no coincidimos en nuestros gustos culinarios.

—Ya, por eso estoy preparando un menú especial vegano. Para que te chupes los dedos, como poco.

Tara lo miró asombrada. El simple pensamiento de que él se hubiese tomado la molestia la reconfortó y comenzó a sentirse mejor. Más entera. Un gusanillo de placer le recorrió el est6mago.

—¿En serio has hecho eso por mí?

—Hoy me siento generoso —le respondió convirtiendo su amplia sonrisa en burlona—, así que aprovéchate. —Soltó una fuerte carcajada—. No, en serio, a partir de ahora me encargo yo de alimentarte. La cocina se me da fenomenal y me encanta porque me relaja. Reconozco que soy algo sibarita, me gusta la buena comida, por lo que cierto día llegué a la conclusión de que, si quería comer bien todos los días, la solución pasaba por cocinar yo para comer siempre lo que me apeteciese y como me gustase. Sorprendentemente, descubrí que me gustaba y que no se me daba nada mal, además de que me servía de terapia para desconectar de mi trabajo y divertirme.

Tara se había apoyado en el dintel de la puerta mientras lo escuchaba y lo miraba trajinar, yendo de un lugar a otro de la cocina. Le pareció una imagen tan hogareña que notó cómo

desaparecían de su mente todos los pensamientos negativos del día para sentirse a gusto por primera vez. Lo veía cortar con destreza las verduras sobre la tabla de madera, saltearlas en la sartén, sazonarlas... Parecía que estaba haciendo un juego de magia y que de ahí surgían aromas embriagadores. También se fijó que, sin mayor dificultad, utilizaba los contenedores de reciclaje de forma correcta. Cada cosa en su lugar. Eso le gustó. Parecía algo prosaico, pero para ella era algo importante.

—Pues... —Tara sonrió con malicia—. Sí, voy a aprovecharme de ti. Me ducho y bajo enseguida mientras terminas. Ahora sí que tengo hambre. —De repente, se puso rígida y buscó algo por toda la cocina con su vista—. ¿Dónde están Isis y Kiara? ¿Los has encerrado en mi cuarto?

Declan soltó una gran carcajada.

—Sí que piensas mal de mí. Estás muy equivocada. Tus animalillos y yo nos hemos conocido muy bien y nos hemos hecho grandes amigos por lo que, después de la succulenta cena que también he preparado para ellos y de lamer hasta casi desgastar sus respectivos comederos, están bajo la mesa haciendo la digestión del atracón.

La joven abrió la boca sorprendida y se agachó para mirar debajo de la mesa. Sí, allí estaban las dos, tumbadas pegadas la una a la otra. Se las veía tan placidas que ni siquiera se habían dado cuenta de que ella había llegado. Decidió dejarlas allí, tranquilas.

—Tara, lárgate a ducharte o te echo yo.

Obedeció de inmediato, salió escopetada, se duchó con rapidez y, después de pensarlo durante unos segundos, se colocó el camisón de *El Rey León* y salió de su habitación deprisa. Pero de pronto, cuando iba a bajar la escalera, se quedó quieta de golpe.

Se había puesto el camisón adrede para poner un muro entre los dos. Verlo tan desinhibido bailando y preparando la comida había sido un momento muy *hot* para ella. A pesar de la ducha, su cuerpo todavía ardía y no era por el calor. El sofoco era interno, ardiente, candente, abrasador...

Su mente estaba colapsada. Debía pensar algo de lo que hablar con Declan que fuese lo más aséptico posible para que su cuerpo dejase de desearlo.

Bloqueo total.

¿Cómo era posible que no se le ocurriese ningún tema? ¿Estaba sufriendo un episodio de amnesia?

¿Y si volvía a su habitación y se hacía la dormida? No sería extraño teniendo en cuenta su agotamiento físico cuando llegó a la casa. Quizás colase.

¡Mierda! ¿Tan cobarde era? ¡No! Pero... no había pensado que tendría que pasar un buen rato junto a él sin nada que decir. Su mente había petado.

—Tara, ¿te ocurre algo?

Allí estaba él, al final de las escaleras, mirándola extrañado.

—No, pe-perdona... no tenía claro si-si... había cerrado el agua de la ducha.

—¿Y? ¿Ya lo tienes claro?

—Sí, sí, voy.

Hizo lo que dijo y bajó las escaleras mientras él se retiraba hacia la cocina. Cuando entro ella en la estancia, casi se le sale el corazón. Desde que era vegana, jamás nadie le había obsequiado con algo así. La mesa estaba repleta de platos con distintas elaboraciones con una apariencia para saltar de gozo. En el lado más alejado de donde estaban tumbados los animales, Declan había dispuesto dos servicios completos para ellos.

—Esto tiene pinta de ser hecho por un gran chef, Declan.

—Gracias, pero no opines hasta que lo pruebes, con la vista no te alimentas. Espero que tu veredicto sea el mismo cuando los degustes.

Él le apartó una silla para que se acomodara. Siempre había sido galante y educado. Eso tenía que admitirlo ella. Su parte feminista casi protesta, pero lo pensó mejor y se dejó llevar.

Lo primero que hizo Declan cuando se acomodaron, fue llenar las copas de vino. Y lo primero que hizo Tara fue darle un buen trago.

—Veo que has localizado el vino vegano —dijo en cuanto volvió a dejar la copa sobre la mesa.

—La verdad es que lo he localizado por casualidad, buscando uno bueno, he dado con este, así que he comprendido que había que apañarse con este —bromeó él.

—Tú puedes beber el que quieras.

—Muchas gracias por darme tu permiso —siguió con el mismo tono de broma.

—De nada. —Miró la mesa con ojos golosos—. No sé por dónde empezar.

Después de un par de copas más, Tara sintió que su mente se abría poco a poco y fue capaz de seguir la conversación que capitaneaba Declan con algo más que con asentimientos de cabeza y algún que otro monosílabo asintiendo. Incluso, cuando él comenzó a contarle los últimos acontecimientos en Dagda, su empresa de videojuegos, y a relatarle las dos apasionantes historias de amor de sus socios, consiguió hacerle algunas preguntas para indagar más sobre lo que le relataba.

Tara pensó que Declan hablaba con mucho cariño de sus amigos y también de sus dos novias. Se le notaba en la mirada que los apreciaba, o más bien, los quería de verdad.

Su cerebro parecía volver a funcionar. ¡Bien! Jamás se había percatado de la cantidad de neuronas que había que utilizar para llevar una conversación de una forma mínimamente correcta. Había que estar atenta a lo que la otra persona decía, entenderla para poder formular una opinión —o inventarla si no se tenía una— que le sonase interesante al otro. Luego había que expresarla con las palabras de forma coherente para provocarle, no solo que estuviese pendiente de lo que se le quería transmitir, sino también que se riese contigo, que le gustases, que quisiera estar contigo, que te desease... ¡No! ¿Hacia dónde se iba su mente calenturienta?

Definitivamente tenía el cerebro saturado.

Declan se sentía a gusto charlando con Tara de forma distendida. Estaban hablando de muchas cosas y conociéndose de nuevo. Eran los mismo, pero distintos. Le gustaba poder reírse con ella, no le apetecía nada terminar la velada, o sí... en su cama. Con ella.

Parecía mentira, pero ese camión casi infantil lo había puesto como una moto nada más verla arriba de la escalera. ¡Estaba sexi con él! De repente sus pensamientos frenaron de golpe. ¿Qué había preguntado ella mientras terminaba la copa de vino?

—¿Cómo?

—Te preguntaba si has estado enamorado alguna vez.

Le extrañó esa pregunta viniendo de ella, lo más seguro era que estuviese achispada, pero no se lo pensó dos veces. Las cartas boca arriba. Quizá mañana se arrepintiese, pero en esos momentos el vino no se lo permitía. El mundo es de los aguerridos y de los valientes. ¡A por ello!

—Sí, de ti.

—¿De mí? ¡Pero si eso fue hace quince años! Eras un adolescente.

—Precisamente por eso —respondió con su característica sonrisa burlona—, los amores adolescentes son los más potentes, sobre todo si son hacia alguien mayor que uno. Y sí, en todos estos años no he sentido algo más fuerte, quizás te puse en un altar.

—¿De verdad? ¿Me acabas de decir que estás sin pareja por mi culpa? —inquirió Tara con el ceño fruncido.

—Si no quieres oír lo que no te gusta, no preguntes.

—¡Venga ya! ¡Eso es absurdo!

Declan estiró más los labios hasta sonreír abiertamente.

—¿Qué significa esa sonrisa? —inquirió Tara, mosqueada.

—Pues... recuerdos. Me ha venido a la mente lo mucho que te enfadabas conmigo, quizá lo echaba de menos.

—¡Eh! ¡Yo no estoy enfadada!

—¿Un poquito mandona?

—¡No! Tampoco lo soy.

—¿Qué lástima! Era una de las cosas que más me gustaban de ti. Disfrutaba viendo cómo intentabas tener autoridad sobre mí y luego frustrarte por no conseguirlo. Voy a serte claro: eso me excitaba.

Declan se dio cuenta de cómo Tara tragaba con fuerza, cogía su copa, la llenaba y se la bebía de un trago.

—Creo que debería irme —reconoció la joven.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Este momento se está convirtiendo en peligroso, Declan. Yo no sé tú, ¡oh, bueno sí, lo sé! Los dos hemos bebido mucho vino y... ¡chico! ¿Qué quieres que te diga? ¿No podrías estar desdentado, o calvo, o... hecho un esperpento? ¡No! Estás... ¡impresionantemente guapo! ¡Oh, Dios! ¡Tengo que irme! ¡Lo he dicho, lo he dicho! ¿Lo ves? Es el vino —exclamaba mientras se

alejaba y subía tambaleando las escaleras ante la mirada atónita de Declan.

Soltó una carcajada hilarante.

—Pues sí que pega fuerte el vino vegano. Tendré que comprar más botellas.

Capítulo 7

Declan casi no había podido dormir debido a las palabras de Tara. Pese a que al principio se había reído de la situación, quizá también por la ingesta de alcohol, después lo mantuvo dando vueltas en la cama toda la noche.

¿Qué significaba lo que había dicho? ¿Ella también se sentía atraída por él? Desde luego, sus palabras así lo indicaban, aunque no había descubierto en ella algún indicio, cosa en la que solía ser bastante eficiente, gracias a su gran experiencia en el sexo femenino.

A él no le importaría cumplir sus sueños de adolescente. Y para qué mentirse, también los de adulto. Ella seguía siendo la mujer más guapa que había visto en su vida y recordar los sentimientos que había tenido por ella le transportó a aquel tiempo. Desde que la había vuelto a ver, su cuerpo reaccionaba con tan solo pensar en ella, como aquel entonces. Casi se encontraba excitado de continuo, con unos deseos extremos de probar su boca de labios sonrosados del mismo color que imaginaba sus pezones. Pequeños y encarnados. A través de los años había tenido la suerte de verla en multitud de ocasiones con un escueto bikini y sabía que sus pechos eran pequeños, como pequeñas piezas de la fruta de la pasión.

Pero la cuestión no había quedado en algo físico tan solo, también había sentido algo singular en su corazón que le recordó al enamoramiento que tuvo por ella, pero sobre eso prefería no pensar.

Todas estas cavilaciones consiguieron que nada más amanecer, se encontrase ya recogiendo la cocina de la cena de la noche anterior para prepararse un contundente desayuno.

Tara apenas había conseguido pegar ojo en toda la noche. Nada más encerrarse en su cuarto, se había metido bajo la ducha para despejar su mente del vino y su cuerpo del deseo. Seguro que él había pensado que ella estaba a punto de ponerse de rodillas para pedirle que se acostara con él. ¡Había sido patético!

Se metió en la cama con la esperanza de dormir como método reparador que consiguiese olvidar su comportamiento, pero en cuanto cerraba los ojos, su mundo se convertía en una pesadilla. Declan estaba en él. Cenaban en la mesa de la cocina, pero sus cuerpos hablaban de excitación y de deseo. Sentados uno al lado del otro, se daban de comer mutuamente entre risas y

miradas cómplices. De improviso, él arrastraba con un brazo todo lo que había sobre la mesa, la elevaba a ella entre sus brazos y la acostaba en la tabla de madera para deshacerse de su ropa y comenzar un juego amoroso que la enardecía. En ese punto, se despertaba sudando y sobreexcitada. Así, una y otra vez, durante toda la noche.

Oyó la lluvia golpear el cristal de la ventana, miró el despertador y vio que era muy temprano todavía. ¿No pensaba volver a salir el sol ese mes? Con lo poco que duraba allí el verano y se estropeaba el tiempo. Se dio la vuelta para intentar dormir un poco más. Se arrebujó en la colcha y, para sorpresa de ella, encontró la postura idónea. El máximo confort que había podido sentir en toda su vida. Su cuerpo se había amoldado al cojón a la perfección y la colcha se había acoplado sobre ella como una segunda piel. Deseó no tener que moverse de allí en mucho mucho tiempo. Dudaba que tuviese la misma suerte en cualquier otro momento. Hasta la cabeza reposaba sobre la almohada como si fuesen esponjosas nubes blancas que le contagiaron pensamientos puros y reconfortantes. Parecía estar en el paraíso.

¿De verdad era tan difícil encontrar esa postura? Debía memorizarla para reproducirla en las siguientes noches. O podría quedarse allí para siempre. Seguro que así no tendría que volver a ver a Declan y no se sentiría avergonzada ante él.

Pensó que sería fantástico que se volviese a dormir y se despertase en el día anterior para corregir todos los errores que había cometido, tanto en el trabajo como en la cena con Declan, pero cuando miró de nuevo el despertador, la realidad volvió a abofetearle en el rostro. ¡Ya debía haberse levantado!

La perrita meneó la cola con fuerza y salió disparada mientras que la gatita comenzó a lanzar débiles maullidos y a dar vueltas por debajo de la mesa, impaciente. Las reacciones de Isis y Kiara le indicaron a Declan que Tara estaba aproximándose a la cocina. Era el momento oportuno. Acababa de preparar un desayuno especial para ella que esperaba que le gustara. Tenía la acuciante necesidad de sorprenderla y hacerla feliz. Darle momentos en los que relajarse de toda su carga y, por el momento, solo se le ocurría alimentarla de manera adecuada. A parte de... Apoyó sus manos en la encimera de la cocina y cerró los ojos con la idea de borrar de su mente lo que en realidad le gustaría hacerle a Tara.

—Buenos días. Veo que has vuelto a cocinar.

Se giró con una sonrisa en sus labios para recibirla. Ella miraba con estupor todos los manjares que había preparado y que la esperaban sobre la mesa. Había dos partes bien diferenciadas: en una había una fuente con huevos fritos, salchichas y beicon. En la otra había un bol con una gran variedad de frutas cortadas y peladas, un zumo de naranja, tostadas —sin quemar— con láminas de aguacate aderezadas con algún tipo de especia y unas gotas de zumo de limón.

—Mientras yo esté aquí, no pasarás hambre, te lo prometo.

—¡Vaya! Te lo agradezco, pero no quiero que te molestes.

—No es molestia. Todo lo contrario. Ya te he dicho que cocinar me tranquiliza y disfruto mucho proporcionándote a ti esta pequeña alegría. Además, me gusta experimentar y la posibilidad de hacerlo con la comida vegana me está encantando, aunque no sea el caso del desayuno. Las cenas se van a convertir en un festín para ti, te lo prometo. Incluso estoy dispuesto a enseñarte a preparar los nuevos platos que más te gusten. —Declan sintió una oleada de placer cuando vio cómo se transformaba el rostro de Tara y dejaba traslucir, con total claridad, la felicidad que estaba sintiendo al oírlo—. Los que te gustaron de anoche los intentaré superar. —Notó un pequeño rictus en sus ojos al nombrar la noche anterior, pero enseguida los vio reponerse y arrugarse ante una sonrisa burlona.

—¡No! Ni se te ocurra. Si ya eran perfectos, lo mejor es no hacer experimentos y dejarlos tal cual son. Más vale bueno conocido que malo por conocer. —Lo miró abiertamente a los ojos y añadió—: Te lo agradezco mucho, Declan.

—Eso me lo dices después de probar lo que te he hecho para desayunar.

—No tengo ninguna duda de que todo estará estupendo.

Parecía que el encuentro había sido más fácil de lo que había pensado Declan. Conocía a las mujeres y estaba convencido de que Tara se arrepintió de inmediato de las palabras que había dicho y que ocasionaron que se fuese rauda de la cena. Pero él no las iba a olvidar fácilmente. O nunca. Saber que ella lo definía como *impresionantemente guapo* era como si afirmase que él le gustaba. Y eso le hacía sentir bien, aunque él quería mucho más. Una obsesión de adolescente no se conformaba con un *like* en Instagram.

Cuando ambos llegaron al hotel, se encontraron a Mitchell en la cocina con un ataque de histeria y dando gritos a Nessa y Nolan que se afanaban por sacar recipientes de comida del congelador. Gesticulaba como un energúmeno y bufaba sin parar mientras comprobaba el estado de los alimentos que había en ellos.

—¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡¿Queréis daros prisa?! ¡Todavía no sé cómo he podido preparar los desayunos en el estado en el que estoy! ¡Qué desastre!

—¿Qué ocurre, Mitchell? —preguntó Tara con voz calmada.

—¡¿Que qué ocurre?! ¡¿Es que no lo ves?! —exclamó encarándose hacia ellos— ¿Qué crees que es eso? —preguntó a su vez, mientras señalaba con su dedo índice.

—¿El congelador? —balbuceó la joven sin entender nada.

—¡Joder! ¡Lo que hay debajo! —gritó Mitchell, descompuesto.

—¡El suelo, Mitchell! ¿Qué pasa con él?

—Él se refiere a eso, Tara —observó Nessa señalando un charco de agua que salía por debajo de uno de los costados.

—¡Oh, no! ¿Eso significa lo que creo que significa?

—Yo no sé lo que tú crees que significa, pero yo sé lo que significa: ¡se ha roto el congelador! —confirmó Mitchell, histérico.

En ese momento, Declan posó su mano en el hombro de Tara para infundirle tranquilidad y

apoyo. Y ella lo sintió. Cerró los ojos con fuerza durante un instante, agitó su cabeza y suspiró con fuerza.

—Bien, los lamentos no conducen a nada, Mitchell. Haz el favor de calmarte. —Tara tomó el mando—. Hay que buscar y tomar decisiones. Mitchell, lo primero: supervisa la comida que hay dentro de este congelador y la que esté todavía congelada y se pueda salvar, intentas recolocarla en los otros congeladores. La que esté en proceso de descongelación, le buscas un hueco en las cámaras frigoríficas. Luego veremos la que se pueda utilizar hoy o mañana y el resto habrá que tirarla. Nolan y Regan que te ayuden. Nessa, tú vuelve a tu faena. Yo voy a buscar a un técnico para que acuda de inmediato.

Ahí ya había concluido con lo que debía hacer, así que dio media vuelta, miró agradecida a Declan y se marchó para llamar por teléfono desde el pequeño despacho en el que su tío tenía todos los documentos del hotel y llevaba la contabilidad.

Declan lo había observado todo a su lado sin intervenir salvo para que notase su respaldo. Tara conocía el negocio y sabía lo que se debía hacer, así que era mejor que él no interviniera. Le gustaba verla dirigir, dar órdenes. Tenía contundencia, parecía que sabía lo que decía y, además, infundía tranquilidad al resto. Era dulce y enérgica a la vez. Igual que trataba a sus animales.

Una sonrisa se dibujó en sus labios. ¡Menuda comparación!

Pero es que eso mismo había pensado esa mañana, después del desayuno. Kiara era una cachorrita y todavía hacía trastadas, como debía ser, pero era cometido de su ama corregir sus errores. A la gatita le había dado por intentar meterse detrás del sofá del salón y arañar la tapicería, así que *mamá Tara* la amonestó con unos contundentes «¡no! ¡Eso no se hace, Kiara! ¡No!», para poco después jugar con ella con una pelotita de papel.

—Si no tienes dinero para comprarle una pelota de verdad, yo se la regalo —se burló al ver cómo Tara la tiraba por el pasillo y Kiara corría a por ella y luego jugaba con sus patas delanteras.

—¡No seas bobo! Tiene pelotas de goma, pero las de papel le gustan más porque... —Echó una ojeada a la gata y la señaló—. Mira, ahí lo tienes.

Kiara la había agarrado con sus dientecitos por uno de los trozos de papel que sobresalía de la bola y danzaba saltarina por el pasillo para llevársela a su ama.

Le gustaba esa Tara con distintas caras, como un prisma, que prodigaba según las circunstancias. Cada día lo sorprendía con una nueva faceta que desconocía de ella. Era lógico. Después de quince años había madurado, había reforzado su forma de ser, y se había convertido en una mujer que lo mantenía subyugado.

—¡Maldita sea! —Oyó la voz de Mitchell que le despejó sus pensamientos de un plumazo.

Se acercó hasta él, junto con Regan y Nolan. Se encontraba frente a un modernísimo robot de cocina.

—¿Qué pasa ahora?

—¡He venido un momento para hacer una salsa fría que debo meter en el frigo unas horas antes

de servir y me he encontrado con que no funciona el trasto este!

—¡Ay, Señor! —exclamó Nolan.

—Vale. A ver... —dijo Declan con voz calmada, intentando imitar el comportamiento de Tara hacía tan solo unos minutos—. No entremos en pánico, todo tiene solución. ¿Es imprescindible que hagas esa salsa para el menú de hoy? ¿Puedes sustituirla por otra en la que no se necesite usar este aparato? Yo estoy convencido de que tienes recursos de sobra para solucionar el problema.

—Eso es, haz otra salsa —reafirmó Regan

Mitchell se mantuvo reconcentrado con el ceño fruncido durante unos segundos.

—Pensaré en algo —aceptó Mitchell.

—Eso, piensa —dijo Regan.

—Igual cambio el menú entero para adecuarme a la nueva oferta de alimentos que tenemos por culpa del maldito congelador.

—Eso, cambia el menú —apostilló Regan.

Declan miró a la joven y no pudo aguantarse más.

—Regan, ¿tenemos eco en la cocina?

—¿Eco?

Declan miró a Mitchell con las cejas elevadas.

—Sí, hay eco —se burló Declan, luego dio una palmada mientras decía—: Venga, todo el mundo a trabajar. Voy a hablar con Tara para solucionar el tema del aparatejo.

El teléfono echaba humo de tantas llamadas que había realizado Tara para encontrar un técnico que arreglase el congelador lo antes posible cuando entró su reciente socio. Acordaron que él se acercaría hasta Tralee para comprar un nuevo robot. A media tarde, todo estaba solucionado y la cocina funcionaba a tope.

Esa noche le tocaba guardia a Tara y, cuando el resto del equipo se marchó, se acomodó en la recepción a esperar la hora de cerrar las puertas y tumbarse en la cama supletoria que había en la salita particular donde ellos descansaban y donde estaba el timbre que les avisaba si algún cliente necesitaba algo.

Para su sorpresa, en el momento en el que se levantaba para cerrar el hotel, apareció Declan con una bolsa y la cena para los dos.

—Un segundo, ahora vuelvo —dijo mientras dejaba las bolsas en el mostrador y se dirigía hacia la cocina con unas largas zancadas.

Mientras lo esperaba, Tara miró el interior de las bolsas. Había varios contenedores de comida en los que no se podía ver el interior porque estaban cubiertos con una pátina blanca y húmeda formada por el vapor de la comida.

—Ya estoy aquí —. Oyó su voz y elevó la mirada para ver ese rostro tan atrayente que la sonreía desde el umbral del comedor—. ¿Qué tal si comemos en una de estas?

—Claro —afirmó Tara al tiempo que cogía las bolsas y se dirigía hacia allí.

Sobre una de las mesas había una botella de vino y dos copas.

—¡Declan! ¡Estoy trabajando! —protestó la joven entre risas.

—Ni se te ocurra rechistar. Hoy ha sido un día de infarto y te has comportado como si ese fuese tu día a día y no los animales acuáticos. ¡Te lo mereces!

—Nos lo merecemos los dos, es cierto. He sentido tu apoyo en todo momento, así que... — Colocó sobre la mesa las bolsas y se sentó en una de las sillas que la rodeaban—. ¡Sírvenme!

Declan hizo lo que le pedía y sirvió dos copas de vino, le pasó una y se sentó frente a ella.

—¡Chin chin!

Entrechocaron las copas con algarabía.

—¡Por nosotros! —exclamó Declan.

—¡Por nosotros! ¡El mejor equipo!

—En realidad, mi tío supo lo que hacía. Si llega a dejarme el hotel a mí solo...

—Te habrías apañado.

—No estoy de acuerdo. Sin ti, el primer día lo habría llevado a la ruina.

—Bueno, no olvides que es mi trabajo también.

—¡Pues brindemos por hacerlo tan bien!

—¡Brindemos!

Capítulo 8

Los días pasaron y por fin era sábado. Declan lo estaba deseando. Tenía la necesidad de compartir con Tara otro escenario que no implicase el hotel. Una fiesta con ella era un buen momento para relajarse y compartir otras experiencias que añoró en sus años de adolescente.

Por aquel entonces, cada día que la veía salir de su casa arreglada para irse con sus amigos, él procuraba que ella lo viera con la esperanza de que lo invitase a compartir su tiempo de ocio, pero eso jamás sucedió. Más bien todo lo contrario. Si lo veía en las cercanías de algún *pub*, enseguida se acercaba para recordarle que él no tenía edad para entrar en ese local.

Era insufrible sentirse ninguneado por ella porque no era mayor de edad.

Aquel día había amanecido con un sol radiante que lo despertó entrando a raudales por la ventana de su cuarto. Se levantó ufano y desayunó acompañado por los animales. Tras la noche de guardia, se acudía al trabajo por la tarde, así que Tara debía estar durmiendo en su habitación. Le dejó preparados algo de fruta y zumo en la nevera, sacó a Isis a pasear y les puso comida y agua nueva a Kiara y a ella. Jugó un poco con ellas y se marchó al hotel.

La mañana se le hizo larguísima sin poder buscar con la mirada el lugar en el que se encontrara Tara como hacía todos los días. En cuanto oía su voz por algún rincón del hotel, no podía resistir la tentación de pasar por donde ella estuviese para mirarla. Solo para eso. Tenerla localizada le daba sosiego y era como si todo fuese bien.

Su corazón volvía a brincar entusiasmado, como cuando era adolescente, cada vez que la observaba. ¿Para qué mentirse? Parecía que había estado aletargado durante quince años y ahora revivía.

En cuanto la vio aparecer nada más terminar el servicio del comedor, el corazón le dio un vuelco y se amplió su sonrisa. Ahora sí que había entrado el sol, pero por la puerta.

—¿Cómo va todo? —le preguntó en cuanto lo vio.

—Un desastre, Tara, un desastre —le dijo Declan fingiendo un rostro cargado de pesar.

De la cara de la joven se borró su sonrisa y abrió los ojos como si fuesen dos inmensas esmeraldas.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me habéis llamado?

La agarró de la mano y se la llevó a la salita del hotel, al otro lado de la recepción. En esos momentos no había ningún cliente allí.

—Me estás poniendo nerviosa, Declan. Dime ya lo que pasa.

—Verás, a Mona se le ha roto una uña —enumeró marcando con los dedos de la mano—, a Nolan le ha salido una espinilla en toda la frente, Mitchell no ha gritado todavía, a Nessa se le ha olvidado poner ambientador en una de las habitaciones ¡y ya está ocupada!, y Regan... Regan sigue siendo un eco.

Tara le dio un empujón en el hombro mientras rompía a reír con unas fuertes carcajadas.

—¡Qué guasón eres!

—¡Ah! ¿Que no te parecen cuestiones importantes? —siguió bromeando, esta vez entre risas—. ¡Qué fuerte!

—Anda, vete a casa —le dijo Tara con una amplia sonrisa en su rostro—. Ya me ocupo yo de todo. Me dijiste que querías esta tarde libre para hablar con tus socios.

—Sí, aunque sea sábado habíamos quedado para ultimar unos detalles legales.

—Pues ve. Cuando termine aquí, me arreglo y nos vamos de fiesta. ¿Te sigue apeteciendo?

—¡Por supuesto!

Estaba agotado. La conversación por Skype con Connor y Seán había sido más laboriosa de lo que pensaba. En realidad, no le preocupaba su negocio porque tenía plena confianza en sus socios y amigos, pero sí que le extrañaba que no lo estaba echando mucho de menos. Era como si su cerebro supiese que su estancia en Dingle era impenable, no podría moverse de allí en seis meses, y había apartado de su mente esa otra vida suya, la real.

Cuando Tara llegó, lo encontró dormido, tumbado en el sofá con Isis a un lado y Kiara entre sus piernas. La perrita movió el rabo amodorrada también y la gatita comenzó a estirar sus piernas como si estuviese desperezándose. Aprovechó la circunstancia y lo miró con mucho detenimiento. Su bello rostro reflejaba placidez pese a que, aun dormido, sus labios esbozaban una sonrisa burlona. Él era así. Y a ella le gustaba su forma de ser.

Su carácter ingenioso y guasón, que ya formaba parte de él en el pasado, lo había perfeccionado con el tiempo, pero ahora había descubierto otras facetas suyas que le atraían de él: tenía una gran nobleza, era generoso y educado; era optimista, alegre, jovial y sociable; y, además, era muy, pero que muy detallista.

La camiseta que ceñía su torso moldeaba con todo detalle sus potentes abdominales y un pecho de infarto en el cual se marcaban dos pequeños bultitos, quizás por el ambiente fresco de la salita. No contenía ni un gramo de grasa, todo era pura musculatura. Era un cuerpo esculpido y trabajado, eso sin duda. Repasó todo su cuerpo, centímetro a centímetro hasta los pies, aunque poco se podía ver de ellos porque llevaba calcetines. Eso sí, calcetines pijos. Volvió su mirada en sentido contrario. Algo le llamó la atención a mitad de recorrido... Creyó ver que crecía un bulto sospechoso en la entrepierna del joven. Dirigió sus ojos hacia su rostro con rapidez y ahí encontró la mirada gris plomiza fija en ella.

—Hola...

—Hola —le respondió Declan a la vez que se incorporaba y deslizaba sus piernas fuera del sofá con cuidado de no molestar a Kiara.

—Esto... me arreglo en cinco minutos y nos vamos.

—De acuerdo. Yo también voy a asearme un poco.

La fiesta era en una vivienda de un amigo de Tara. Cuando ellos llegaron, estaba en pleno apogeo, saludaron al propietario y se integraron de inmediato en una vorágine de saludos, presentaciones y reencuentros. A Declan le alegró reconocer algunos rostros conocidos que le aportaron risas al recordar anécdotas de sus pasados en común, hecho que, sin darse cuenta, lo separó de Tara.

Después de un tiempo y sin saber cómo, los dos se habían vuelto a reunir en uno de los sofás del amplio salón. Con una copa en la mano, la conversación entre ellos derivó en confesarse sus sueños y deseos. Con los cuerpos pegados, las cabezas acercadas lo más posible para susurrarse sus anhelos, Tara volvió a hablarle sobre su necesidad de ser madre. Él pudo verle el brillo subyugador en su mirada mientras le hablaba de ello y tuvo la certeza de que era muy real el interés que tenía la joven por tener un hijo. Estaba convencido de que sería una excelente madre. No había más que ver cómo cuidaba de sus animales. Siempre había oído decir a su madre que la persona que quería a sus mascotas era un reflejo de cómo amaría a sus hijos.

—Me alegro de que hayas coincidido con amigos tuyos —le decía Tara en ese momento.

—Yo también. Hacía muchos años que no veía a nadie. Sobre todo a él —dijo al tiempo que señalaba con los ojos a un joven que estaba en otro sofá besándose con una joven—. Era mi mejor amigo hace quince años.

Tara miró en esa dirección y cuando vio al hombre al que se refería Declan hizo una mueca con su rostro.

—¿Qué pasa? ¿No te cae bien?

—¡Oh, sí! Me cae genial. Y su novia también.

—No la reconozco, quizás si apartase su pelo del rostro...

—Lo veo difícil. Ella está en Londres.

—¡Joder!

—Ya... bueno... quizá todo acabe así, sí —se burló.

Nadie prestó atención a las carcajadas de ambos, pese a su fuerza. La música y las conversaciones los mantenían aislados.

—Ahora cuéntame cosas de ti en Dublín —le pidió Tara cuando pudo hablar.

—No hay mucho que decir. Mi trabajo me gusta porque lo comparto con mis amigos, que son tan distintos a mí que hacemos el trío perfecto. Cada uno lleva una sección de la empresa, aunque lo consultamos todo.

—Según me dijo tu tío os va muy bien. —Sin darse cuenta, su mirada se dirigió hacia los labios de él.

—Sí, es cierto. Hace poco, incluso, hemos abierto mercado en España.

—Ajá.

—Seán tiene un extraordinario talento en la programación. Su último videojuego está siendo un gran éxito que va a proporcionarnos fama internacional.

—Ajá.

—Y Connor es un eficiente y minucioso economista que dirige la empresa como si fuese una bagatela para él.

—Ajá.

—Las parejas de mis socios también trabajan allí.

—Ajá.

—Marta, la prometida de Connor, es su ayudante. Y la de Seán, Astrid, es mi secretaria.

—Ajá.

—Espero que nunca se den cuenta de que me acuesto con ellas.

—Ajá. —Tara lo miró estupefacta— ¡¿Cómo?!

La carcajada que le produjo la confusión en el rostro de Tara casi lo ahoga.

—Estabas en otro mundo y no he podido resistirme —aclaró Declan entre risas.

—Perdona, quizá lo pareciese, pero en realidad sí que te escuchaba.

—Me alegro, porque no me apetece volver a hablar sobre mis amigos.

—¿Y algo más personal? No me has comentado si tienes una chica que te espera...

—No sabía tu faceta de cotilla —se burló—, pero te contesto. No, no. Todavía no me ha llegado el momento y espero que tarde mucho. O, como dicen mis socios, todavía Cupido no ha lanzado su flecha a mi corazón —se burló—. En el último año ambos se han enamorado de dos mujeres extraordinarias y ahora están convencidos de que yo debo hacer lo mismo. Se han vuelto un poco plastas con eso.

—Ya... te comprendo. Ya te conté lo de mi madre.

—Sí, estamos en las mismas circunstancias.

—No, no lo creo. Yo, si no tengo pareja, es porque no he encontrado la adecuada, no la evito, solo es que no aparece. En cambio tu...

—Parece ser que no soy hombre de una sola mujer; soy un egoísta que prefiero no pertenecer a nadie que me controle.

—Menuda opinión que tienes de las mujeres, chaval.

—No, eso es lo que cree la gente que es el motivo de mi poca empatía con el matrimonio.

—¿Y no es verdad?

Nunca había sentido la imperiosa necesidad de hacerse comprender por una mujer sobre el motivo por el que no alargaba mucho en el tiempo las citas con una sola. Le daba igual lo que pensasen. Además, la voz había corrido por su círculo y la mayoría ya sabía a lo que iba cuando se acercaban a él. No había engaño posible.

Pero con Tara sintió que era distinto. Quería que supiera que las apariencias engañaban y que

no era verdad todo lo que se decía.

—¿Tú crees que teniendo el ejemplo de mis padres podría odiar el matrimonio? No. La realidad es que envidio lo que tienen y no pienso conformarme si no encuentro algo parecido.

—A mí también me encanta la pareja que forman tus padres.

—Entonces podrás comprenderme. Verás, yo creo en la conexión, por eso, cuando paso un pequeño tiempo con una mujer y no surge la chispa, prefiero no crearle expectativas, sé que no habrá un futuro entre nosotros. Eso no significa que busque mi pareja perfecta, ¿eh? —puntualizó con sorna—, preferiría que tardase en llegar, pero tampoco la evito. Esa es la realidad.

—Oh, eso no lo esperaba...

—Pero esto es un secreto entre tú y yo, espero que no me descubras. Perdería mi fama de conquistador implacable.

Pese a su tono de burla todo lo que le había dicho era cierto. Según le confesaba lo que hasta ese momento había sido un pensamiento no difundido, la entonación se fue haciendo más confidencial hasta convertirse en un murmullo.

Y sin saberse cómo, los labios de ambos se juntaron. Un beso dulce y suave, pero profundo, pura sensibilidad. Un beso que hablaba de deseos ocultos y sensualidad, de sueños cumplidos. Declan sintió un estremecimiento en cuanto Tara rodeó su cuello con las manos y lo atrajo más hacia ella. ¡Dios, qué delicia!

—¿Nos vamos? —inquirió él con voz ronca, separando lo justo sus labios.

Ella no contestó, se levantó de inmediato y le lanzó una mirada repleta de lujuria. Le alargó una mano para que él la enlazase con la suya y ambos partieron hacia la casa con los cuerpos ardientemente electrizados.

Capítulo 9

Salir de la casa donde se celebraba la fiesta y convertir en fuego el deseo de los dos fue todo uno. Las manos, inquietas, intentaban tocar algo de piel, cosa harto difícil por la ropa que cubría ambos cuerpos, besándose de forma desesperada.

Mientras Tara conducía, Declan le acariciaba el muslo sobre sus pantalones vaqueros y depositaba un reguero de besos por su cuello, enviándole ráfagas de placer con el suave pelo de su barba de tres días. La joven respiraba con fuerza intentando aplacar su ardor interior, sentía como si estuviese a punto de tener un colapso en su corazón que palpitaba como si se tratase de la caballería ligera de las hordas de los guerreros hunos, galopando en pleno ataque.

Llegar a la casa se convirtió en la meta más deseada para poder dar rienda suelta a la pasión. El trayecto, pese a ser corto y el tráfico escaso, se les hizo larguísimo, pero, por fin, el coche quedó aparcado lo más cerca posible de la vivienda.

Abrir la puerta se convirtió en un calvario; a Tara se le cayeron tres o cuatro veces las llaves porque Declan se había pegado a su espalda y le rodeaba la cintura con un brazo a la vez que introducía su cara entre las guedejas de su cabello y aspiraba con fuerza. Cada vez que se inclinaba a recoger las llaves, notaba su bulto introducirse entre sus nalgas.

—Qué bien hueles, parece el elixir de la vida —susurró Declan.

El bajo vientre de la joven se derritió y humedeció su ropa íntima. El deseo transitaba por todo su cuerpo como jamás lo había hecho, la fuerza de un tsunami la recorrió con oleadas devastadoras. O conseguía acertar en la cerradura o se correría allí mismo.

¡Ya! ¡Por fin! Giró la llave con fuerza y empujó la puerta. Declan la siguió pegado a ella y cerró de una patada. Nada más traspasar el umbral comenzó a desnudarla. Deseaba... ¡no! Necesitaba verla desnuda. Ese cuerpo que había añorado durante tantos años, por fin estaba a su alcance. La emoción por estar a punto de cumplir un sueño lo tenía fuera de sí, ansioso, desbocado.

Ella le desprendió las manos de su cintura y echó a correr.

—No pienso hacerlo en la entrada. ¡Quiero una cama! —exclamó al tiempo que llegaba al inicio de las escaleras y lo miraba con una amplia sonrisa.

Declan se había quedado pasmado cuando lo apartó, sin saber qué hacer, pero cuando la oyó corrió detrás de ella.

—¡En mi cuarto! ¡Está más cerca! —gritó él jadeante.

La alcanzó cuando acababa de abrir la puerta, así que la elevó con sus brazos, sosteniéndola entre ellos y la llevó hasta la cama para lanzarla sobre ella. Tara rebotó entre carcajadas.

—¡Bestia! —exclamó la joven entre risas.

—Ya me dirás si te lo parezco cuando termine contigo —la instó imitándola en sus risas al tiempo que comenzaba a desnudarse.

Tara contuvo el aliento mientras lo miraba despojarse de la ropa. Los ojos casi se le salieron de sus órbitas cuando pudo contemplar el cuerpo esculpido de Declan. Sus manos le picaron ante el deseo de tocar cada ondulación musculosa, palparlo poro a poro, fundirse en su piel. Reaccionó y se sacó su propia camiseta por la cabeza para tirarla lejos de la cama, luego se desabrochó los pantalones y elevó el culo para desprenderse de ellos, pero Declan ya había concluido con su ropa y los agarró por el dobladillo para tirar de ellos y sacárselos de un solo movimiento.

La visión de su cuerpo cubierto tan solo por un diminuto top interior y las braguitas lo mantuvo boquiabierto durante unos largos segundos. Sus ojos la recorrieron golosos centímetro a centímetro con una ardiente mirada. Dos pequeños pechos coronados por dos erectos bultitos se adivinaban bajo la prenda superior.

—No llevas sujetador.

—Nunca lo llevo. Tengo el pecho muy pequeño y no lo necesito.

—¡Me encantan! Siempre me han fascinado tus senos.

El sonrojo cubrió el rostro de la joven. Jamás nadie le había dicho algo así de sus pechos. Siempre había tenido complejo por ser demasiados pequeños.

Declan se arrodilló en la cama y, mientras ella se quitaba el top, él hizo lo mismo con su prenda inferior. Se agachó y comenzó a besar sus piernas a la vez que le acariciaba los muslos. Poco a poco, con infinita lentitud, fue subiendo por ellas dejando un reguero de fuego en la piel de Tara. Ella, estremecida, impaciente y deseosa, las abrió indicando el camino que quería que siguiese. Declan no se hizo de rogar y recorrió el interior de los muslos hasta que se encontró con su centro del deseo, lo lamió con un lengüetazo lento y húmedo que la dejó estremecida y retorciéndose de placer. Chupó su pequeño órgano eréctil, lo arañó con los dientes y sorbió mientras notaba cómo aumentaban sus temblores hasta que la explosión del clímax humedeció toda su cavidad.

Él reptó como una serpiente por el cuerpo de la joven hasta poner su cabeza a la altura de la de ella para saquear su boca, introdujo la lengua para jugar con la de Tara, que elevó sus brazos y rodeó su torso para apretarlo con fuerza. Todavía su cuerpo tenía las secuelas del impresionante orgasmo que había sentido y necesitaba recuperarse, pero él no tenía el mismo pensamiento... Quería que enloqueciera de placer.

Una de las manos de Declan se deslizó por el cuerpo de Tara hasta llegar a su pecho. ¡Por fin! Durante años soñó con esos pequeños senos que ansiaba ver y tocar. Abarcó uno de ellos con la palma de la mano y lo friccionó con ella. Era pequeño, casi insignificante, pero para él era la cosita más perfecta y bonita que había visto nunca y su tacto era suave, dulce, pura maravilla. Se desprendió de los labios de ella y escurrió su cuerpo hasta tomar con su boca el pezón de su otro

pecho para jugar con él.

Tara elevó sus piernas y con ellas lo abrazó. Era inconmensurable lo que estaba sintiendo. Una montaña rusa de sensaciones que se elevaba hasta el infinito. Tenía la imperiosa necesidad de sentirlo dentro de ella. Notó la punta de su erección rozando su vulva y rotó sus caderas, provocándolo. El joven no se resistió ante su incitación, cogió un condón de la mesilla de noche, se lo colocó y volvió a situarse en la misma posición. Sorprendiendo a Tara, empujó su cuerpo con ímpetu introduciéndose dentro de ella hasta el fondo.

—¡Ay! —exclamó la joven al tiempo que daba un respingo.

—¿Te he hecho daño? —le preguntó, buscando su mirada.

—No, no. Ha sido la sorpresa —respondió con el amago de una sonrisa temblorosa.

Balancó sus caderas hacia delante y hacia atrás, él siguió su ritmo. Ambos estaban presos en las sensaciones que los desbordaban. Consumido por el deseo, Declan arreció con fuertes embestidas, rápidas y profundas. Tara gemía extasiada ante la contundencia y el ímpetu de sus sensaciones; Declan jadeaba sumergido en sus propios estremecimientos. El baile que compartían duró hasta que una eclosión de delirio y placer los inundó a los dos a la vez con una fuerza arrolladora que los dejó completamente laxos cuando acabó.

Declan consiguió dejarse caer a un lado para no aplastar a Tara, extendió sus brazos a ambos lados y cerró los ojos.

—Ha sido fantástico —musitó él.

—Explosivo —admitió ella.

—Arrebatador.

—Impresionante.

Los dos rompieron a reír a la vez. Tara se giró hacia él, colocó la cabeza en su hombro y se pegó a su costado a la vez que pasaba una pierna sobre él.

—Vale, estamos de acuerdo en que no ha estado mal —se burló Tara mientras lo miraba sonriente.

—Pues... no sé, yo creo que podríamos repetirlo a ver si lo podemos mejorar —replicó Declan con su típica sonrisa burlona.

—No te hagas el machito porque no veo yo que seas capaz de remontar.

—Dame cinco minutos y sabrás de lo que estoy capacitado para hacerte.

El estremecimiento que sintió Tara al oír sus palabras se lo transmitió a Declan. Este la rodeó con sus brazos y le dio un beso en la coronilla. Tenía toda la noche para hacerla gritar de gozo como él deseaba que ocurriese.

Capítulo 10

A la mañana siguiente, domingo, libraban en el trabajo los dos, por eso Tara intentó dormir a pesar de que la luz del día ya incidía en todo el cuarto produciéndole un dolor intenso en la cabeza.

Sin querer, su mente voló hasta la noche anterior. Jamás había disfrutado de tanto placer. Todavía notaba su piel sensible por los lugares más íntimos de su cuerpo. Verdaderamente, Declan era un experto amante, pero cuando, agotado, se quedó dormido, ella decidió irse a su dormitorio porque prefería que no hubiese equívocos sobre lo ocurrido: una noche arrolladora, sí, pero de sexo. Nada más.

Notó que le dolían todos los músculos de su cuerpo, pero también que estaba irritable al sentir que se disgustaba al espabilarse con sus pensamientos. Bufó al tiempo que llegaba a la conclusión de que iba a ser un día muy largo sin la distracción del trabajo en el hotel. Al final optó por levantarse, o más bien arrastrase fuera de la cama. El frescor del amanecer la envolvió enseguida y le vino a la cabeza lo a gusto que estaría arrebujada entre los brazos de Declan, pero lo sustituyó por su bata de felpa. Ella no le pedía nada a cambio y del abogado no lo tenía claro.

Arrastró los pies hasta la cocina para desayunar algo ligero mientras les ponía comida también a Isis y Kiara y las mimaba a las dos. Hacía días que no daba un paseo en condiciones con ellas, así que decidió hacerlo en ese momento. Se dio una ducha caliente y se vistió con la ropa cómoda que solía usar siempre que no trabajaba. Por la ventana había podido comprobar que se avecinaba un día templado.

La playa estaba a pocos metros del hotel, se encaminó hacia allí con Iris suelta, a su lado, y Kiara enganchada a su arnés. Cruzó la carretera y se adentró en el manto de césped que precedía a las frías aguas del océano Atlántico. Paseó por ella hundiendo los pies en la arena, sin acercarse a la orilla, pero sí siguiendo el litoral hasta que llegó al puerto de Dingle para retomar el camino por el interior hasta la casa de su madre.

Isis y Kiara brincaban felices por retomar los largos paseos con su querida amita. Se notaba que lo habían echado de menos. A ambas se las había encontrado en la calle, abandonadas y en estado lamentable. Isis ya era adulta y su pelo desgredado y zarrapastroso le faltaba en varias zonas del cuerpo, como si hubiese sido arrancado. La llevó al veterinario y la cuidó, prodigándole cariño hasta que consiguió conquistarla y reforzarla en salud, además de fortalecer su pelo hasta

convertirlo en una hermosa mata blanca y lustrosa.

El caso de Kiara aún era peor porque la pobre gatita, cuando se la encontró, era una cachorrita con pocos días que ya estaba llena de laceraciones. Los ojos los tenía pegados con costras. Le costó mucho sacarla adelante, pero a fuerza de desvelos y tesón, lo consiguió. En esos momentos era una gatita juguetona de pelo blanco con manchas negras y trigueñas.

Por eso se sentía tan feliz cuando las veía corretear contentas por casa o por el campo. Se sentía orgullosa por haber salvado esas dos vidas y conseguir que disfrutasen de una existencia dichosa.

Cuando entró en la casa de su madre, ambos animalillos salieron corriendo en busca de Moira; sabían que recibirían una buena cantidad de caricias por parte de la mujer.

—¿Cómo están mis chicas?! ¡Pero qué preciosas estáis! —Oyó la voz de su madre desde la cocina.

Se adentró en la vivienda siguiendo el escándalo que estaban formando las tres féminas de su familia, pero en cuanto llegó al umbral de la puerta de la cocina vio a su madre sentada en una silla en el extremo más lejano de la amplia mesa de pino. Doblada sobre sí misma rascaba la panza de Isis con una mano y con la otra detrás de las orejitas de Kiara.

Sobre la mesa había mantequilla, mermelada, un plato con tostadas y la tetera junto a un vaso a medio llenar.

—¿Desayunas conmigo, Tara? —le preguntó Moira mirándola de reojo con una gran sonrisa.

—Gracias, pero ya lo he hecho.

—¿Un zumo de frutas?

—Vale, sí, me apetece —aceptó la joven mientras se dirigía hacia el frigorífico—. Yo lo hago.

—Deja, deja, ya lo hago yo —replicó Moira al tiempo que se levantaba y la impedía llegar al electrodoméstico—. Por favor, siéntate. Te prepararé también algo para acompañar el zumo.

—No hace falta, mamá.

La mujer, sin hacer caso de su hija, sacó de la nevera algunas verduras: setas, champiñones, tomates y espárragos. Tara miró al techo poniendo los ojos en blanco. No valía la pena discutir con su madre, ella siempre se salía con la suya. Le gustaba ejercer de madre, pero bueno, también a ella le gustaba sentirse mimada de vez en cuando, así que se sentó y la dejó hacer.

—Dime, Tara, ¿cómo va Declan con el hotel? ¿Se aclimata?

—Pues la verdad es que mucho más de lo que yo pensaba. Su tío estaría muy orgulloso porque colabora como uno más. Es cierto que al principio iba algo más lento y preguntaba constantemente, pero ya se desenvuelve muy bien.

—Me alegro porque lo contrario sería una carga para vosotros.

—No te apures, está poniendo todo lo que puede de su parte.

—Pero no ha cambiado su idea de vender cuando pase la fecha marcada, ¿verdad?

—No lo creo, no tiene motivos para quedarse aquí.

—Si quieres, le puedo organizar una cita a ciegas a ver si encuentra una chica de su estilo de la

que se enamore y se quede aquí.

—Ya... como a mí, ¿no? Si aciertas con su estilo de la misma forma que aciertas con el mío, ya puedes olvidarte.

—Bueno, tú eres demasiado quisquillosa y especialita, querida —se burló su madre. Luego se la quedó mirando con atención—. Ahora que pienso... ¿por qué no os emparejo a vosotros dos? ¡Sería fantástico! ¡Es una idea genial! Sí, eso es. Dame unos días y os organizo una cita que no vais a olvidar en la vida y os hará caer a uno en los brazos del otro. ¡Seguro!

—¡Mamá! ¡Deja ya de desvariar! Declan y yo no tenemos nada en común y lo sabes. ¡Olvídalo!

—¡Mierda, Tara! ¡Mira que te gusta fastidiarme los planes!

La joven no pudo evitar que su mente se llenara de las imágenes de la noche de sexo con él. Desde luego, a un nivel sexual se acoplaban a las mil maravillas. Desde el primer día había notado que el roce de su piel levantaba pasiones en ella, su mirada burlona y juguetona era un acicate que le provocaba un revuelo en el estómago, como si aventurase momentos gozosos, y así había sido. Pero en eso acababa todo. Solo sexo, porque el estilo de vida de Declan no tenía nada que ver con el suyo. Aunque durante el tiempo que llevaban viviendo juntos él se había amoldado a su forma de actuar, ella sabía que todo era eventual. Él tenía claro que en unos meses volvería a Dublín, a su trabajo de abogado de éxito, a sus lujos, su ropa de marca y a sus mujeres.

Era una pena, porque le encantaba su sentido del humor, su sonrisa burlona, el plomizo de sus ojos grises y, desde la noche anterior, cada músculo de su cuerpo, además, con él siempre se sentía acompañada. Ya, ya, se supone que siempre que estás con alguien, estás acompañada, pero ella, en multitud de ocasiones, había sentido la soledad en compañía de alguna que otra pareja. Bueno, para qué engañarse, con todas sus exparejas.

Recordaba el éxito que tenía entre las jovencitas de la península, por lo que no le extrañaba que siguiese siendo así. Declan y sus amigos, todos los días a media tarde, se dejaban caer por la casa de sus tíos y la tía Arlene les invitaba a merendar. Ella era testigo de los aleteos de pestañas y las sonrisas que le dedicaba cualquiera de las jovencitas que formaban parte del grupo de amigos.

—Si son planes que no tendrían un final feliz, sí, por supuesto. Declan y yo no estamos hechos el uno para el otro. Tenemos prioridades distintas.

—La culpa es tuya, por ponerte una fecha para concebir. ¿Y si tu hombre ideal está a la vuelta de la esquina? ¿Y si te haces eso de la inseminación y al poco tiempo conoces a ese hombre?

—Pues tendrá que aceptarme con mi hijo. No hay más que hablar sobre este tema, mamá.

—Pero...

—Mamá... —la cortó.

Moira apagó el fuego y colocó las verduras sobre un plato con el fin de llevarlo a la mesa.

—Cariño —dijo mientras se sentaba junto a Tara—, yo solo estoy preocupada por ti.

—Pues no deberías, mamá. Mi vida es tal cual yo la deseo, por lo que soy muy feliz con ella.

Y cambió de conversación. Estaba harta de tener que justificarse con lo mismo todos los días que veía a su madre. Una y otra vez. Estaba segura de que en cuanto tuviese entre sus brazos a su

nieto o nieta iba a olvidarse de todas sus pegas, pero en esos momentos le gustaría tenerla a su lado, que la comprendiese y la apoyase incondicionalmente.

Capítulo 11

Declan sintió un escalofrío de soledad, alargó un brazo con los ojos cerrados con la idea de tocar la piel de Tara, de atraerla junto a él, pero se encontró con el vacío. Giró la cabeza y pudo comprobar que el único rastro de la joven que quedaba en la cama era la huella de su cabeza en la almohada. La decepción se plasmó en su rostro. Rozó con su mano el hueco dejado en ella. Le hubiese gustado que todavía permaneciese a su lado en la cama y volver a revivir la noche anterior antes de levantarse.

Una duda se formó en su cabeza. ¿Y si ella se había arrepentido? Esperaba no haberlo fastidiado todo por una noche de sexo. Pese a todas las circunstancias que rodeaban su vida en esos momentos, se sentía a gusto con Tara. Según pasaban los días iba descubriendo que la joven que él conoció se había convertido en una mujer arrebatadora, sexi y comprometida. Un cóctel Molotov.

Era cierto que había sido una noche memorable. A pesar de que sería imposible contabilizar las noches que había compartido con una mujer, no recordaba haber tenido un encuentro tan efervescente, caliente y pasional como el que había pasado con Tara. Cuando casi se había dormido su último pensamiento fue el de planear un domingo tórrido junto a ella, pero estaba claro que Tara no había tenido el mismo pensamiento.

Apartó lentamente la colcha de su cuerpo quedando a merced de las inclemencias del tiempo. Su piel desnuda se erizó al percibir el aire fresco. Sin pensárselo dos veces se incorporó y se dirigió de inmediato a la ducha. Se vistió con ropa cómoda porque, ya que Tara no estaba, había decidido adelantar trabajo de Dagda después de desayunar.

Cuando apareció por la cocina extrañó no encontrarse con la algarabía de Isis y Kiara. Esos dos bichitos lo habían conquistado y los echó de menos al no poder compartir el día con ellos.

Iba a sacar de la nevera algunas viandas cuando se dio cuenta de que sobre la mesa había un papel. Al agarrarlo comprobó que se trataba de una nota de Tara en la que le informaba de que había ido a pasear, así como a ver a su madre y que volvería a media tarde. Tuvo una buena vibración al ver que ella se había comunicado con él, aunque fuese a través de una nota. Quizá necesitaba pensar sobre lo ocurrido anoche...

La verdad era que no le extrañaba, la situación era un poco curiosa. No tanto porque ella fuese cinco años mayor que él, sino porque para él ella había sido su primer y único amor y así se lo

había confesado. A lo mejor, pensó, Tara se sentía mal por conocer su secreto y su cabeza cavilaba que quizás se había aprovechado de la atracción que sentía por ella desde niño.

Pero esos dos datos no tenían ninguna importancia para él. Lo realmente esencial eran las vivencias que aportan positividad en la vida. Y el sexo con Tara había sido indiscutiblemente una experiencia positivísima. Y esperaba y deseaba volverla a experimentar.

Mientras examinaba la situación mentalmente se preparó un succulento y abundante desayuno, se lo comió y, después de fregar los platos, se encerró en su cuarto para trabajar.

¿Había pensado trabajar? Difícil. En cuanto se sentó frente al ordenador y se relajó, los recuerdos de cuando había acariciado todo el cuerpo de Tara se materializaron en su mente de forma tan real que le produjo cosquillas en las yemas de los dedos. Tenía una piel clara y aterciopelada, muy agradable al tacto. Recordó cómo flambeaba su cabellera rizada y sedosa al introducir sus dedos en ella, su olor a... a ella; cómo jadeaba a cada empuje suyo; cómo hacía pequeños ruiditos cuando absorbía toda su esencia; cómo lo rodeaba con sus piernas... Revivir la noche de lujuria y pasión lo excitó de tal manera que no tuvo más remedio que meterse en la ducha de nuevo.

Esta vez de agua fría.

Capítulo 12

En cuanto Tara abrió la puerta de la vivienda el agradable olor a comida inundó sus fosas nasales, así como un estrepitoso ruido de cacerolas hizo que Kiara diese un brinco y saliese disparada en dirección contraria a la cocina; Isis, en cambio, trotó hacia ella. Se quitó la chaqueta del chándal, la colgó en la percha de la entrada y, con paso lento, al compás de la música que sonaba de fondo, la joven siguió a la bichón.

Desde el umbral de la puerta pudo ver a Declan afanado en la cocina. De espaldas a la puerta, lo vio manejar el utillaje con destreza, como si fuese un experto chef. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios al darse cuenta de que todos los ingredientes que estaba utilizando eran aptos para ella.

Isis se había quedado detrás de él sentada y moviendo el rabo en espera de que le dijese algo, al ver que no lo hacía, pegó un pequeño ladrido y se abalanzó sobre una de sus piernas.

—¡Isis! —exclamó Declan, sorprendido—. Hola, bonita, ¿has disfrutado del paseo? —Giró medio cuerpo para mirar hacia la puerta—. ¿Qué tal, Tara?

—Muy bien. ¿Y tú?

—Pues ya ves. Como me indicaste en la nota que volverías antes de cenar he pensado en prepararte algo sabroso y energético.

—Eso suena bien, ¿te ayudo?

—Sería genial, así de paso, te enseño a realizar estos platos —aceptó con una sonrisa. Luego le alargó un cuchillo y añadió—: Ven, necesito que me cortes estas verduras.

—¿Te vas a hacer vegano? —inquirió Tara con guasa mientras cogía una tabla de madera y miraba, con un gesto exagerado, los ingredientes que se desperdigaban por la encimera—. No veo nada de carne por aquí.

—¡Oh, no! —exclamó Declan entre risas—. Mañana volveré a la normalidad, si no sucumbo antes esta misma noche —concluyó enviándole una mirada de soslayo que era todo lujuria.

A Tara se le aceleró el corazón. ¡Menuda mirada!

Apurada y nerviosa bajó la mirada como si estuviera concentrada en cortar los champiñones y comenzó a parlotear sobre lo beneficiosos que eran los alimentos ecológicos, lo dañinos que eran para el cuerpo humano los lácteos, el motivo por el cual rechazaba los productos que proviniesen de animales...

De repente, notó el cuerpo de Declan que se acoplaba a su espalda, la rodeó con un brazo y agachó su boca hasta el cuello para darle un pequeño mordisco. Tara se tensó.

—Soy carnívoro y tu cuello es una gran tentación para mí.

Después de darle unos mordisquitos más, lamió la piel de su cuello con la lengua hasta el lóbulo de la oreja. Lo atrapó con los dientes y apretó un poco. Cruzó su mano por delante de su rostro, la posó sobre la mejilla y le giró la cabeza hasta que los labios de la joven encontrasen su propia boca para invadirlos con ferocidad. Tara separó sus labios para darle completo acceso a su boca.

Ella sintió en el acto cómo el calor y la excitación dominaba su cuerpo.

—Mmmm... qué ganas tenía de saborearlos de nuevo —susurró Declan sin separar sus labios.

La agarró por la cintura y le dio la vuelta para poder penetrar su lengua con profundidad. Tara gimió en su boca con fuerza ante las oleadas de estremecimientos que le recorrían todo el cuerpo. Las manos de Declan subieron por debajo de la camiseta hasta llegar a sus pequeños pechos desnudos que ya tenían sus pezones firmes.

—Me moría por tocarte otra vez —musitó con voz ronca—. Siempre me han atraído tus pequeños pechos y tu culo respingón.

Ella elevó los brazos y rodeó su cuello con ellos para atraerlo más hacia sí mientras adelantaba sus caderas y se pegaba al bulto que sobresalía de los pantalones de Declan.

—¡Dios! ¡Cómo te deseo! —exclamó el abogado al tiempo que agarraba la camiseta de la joven y se la sacaba por la cabeza mientras recorría su tórax con las manos produciéndole un fuerte escalofrío. Las manos de ella se dispararon hacia el cinturón de Declan y comenzó a desabrocharlo con urgencia.

—¡No puedo! ¡Hazlo tú, por favor! —suplicó Tara.

—¡Espera!

Declan hizo lo que le pidió Tara, se quitó los pantalones y su ropa interior de una sacudida. Mientras tanto, ella hizo lo mismo con sus pantalones y sus braguitas, y arremetió contra el pulóver del abogado. El ambiente templado de la cocina no afectó a las calenturientas pieles desnudas. Declan la llevó hasta la mesa y la elevó hasta sentarla en ella. Tara sintió de inmediato el frío de la madera, pero no le importó, salvo porque...

—¿No es un poco guarro esto? —preguntó casi sin aliento.

—¡Qué va! Al contrario, la mesa está impecablemente limpia e higiénica —opinó sin pensar mucho lo que decía.

Tara lo agarró por el cuello, lo atrajo de nuevo hacia ella y tomó sus labios con frenesí. Él posó las manos en sus muslos y, amarrando sus deseos descontrolados, los acarició con la yema de los dedos evitando tocarla en su entrepierna. Disfrutó de la sedosa piel subiendo y bajando sus manos como antesala al encuentro con la humedad que esperaba encontrar. De pronto, se quedó inmóvil.

—¿Segura? —preguntó con tono ronco. Pese a la afirmación categórica con la cabeza de Tara, él insistió—. ¿Estás segura? ¿Sí?

—¡Joder, Declan! ¡He dicho que sí! ¡Calla ya!

Para demostrar que sus palabras eran ciertas Tara abrió más sus piernas anhelantes para dejarle acceso al cuerpo de Declan y pegó su pecho al de él. Necesitaba sentirlo, tocarlo, descargar su ardor. Él agarró sus caderas y tiró de ellas para acercarlas a él, la abrazó con fuerza con un solo brazo devolviendo el beso con desesperación, apretando con pasión sus labios contra los de ella mientras que, con la otra mano, volvió a acariciar su pierna, poco a poco la subió por el muslo hasta rozar su centro mojado.

Sin poder esperar más, se arrodilló en el suelo, sacó de sus pantalones un condón y se lo colocó con urgencia. Había llegado el momento de saborearla. Se colocó delante de ella y metió la cabeza entre sus piernas para comenzar con un lento recorrido de su lengua por los pliegues hinchados y húmedos. Tara lanzó un grito y se echó hacia atrás apoyando sus brazos en la pulida mesa.

Declan dio unos ligeros golpes con la punta de su lengua en su centro neurálgico para conseguir endurecerlo más. Luego lo entrecerró entre sus labios y succionó con fruición. La excitación de Tara la hacía agitarse inquieta.

—¡Pa-para! Estoy a punto, por-por favor, necesito más-más de ti —tartamudeó la joven.

Un último toque con su lengua y se elevó para colocar su miembro en la entrada estimulada. La miró a los ojos, ella le correspondió, así, enganchados por la mirada, estremecidos por el deseo, él se introdujo dentro de ella con lentitud, dejando que sus paredes se extendieran a su paso. Una vez dentro, sus manos acariciaron su vientre plano hasta llegar a sus pechos. A continuación, comenzó a moverse con un ritmo cadencioso, lento, exasperante. Entregada, Tara arqueó sus caderas a la vez que gemía sin un ápice de contención.

Declan jadeaba sobrecargado de pasión. Sentía su corazón a punto de estallar y no pudo evitar aumentar el ritmo. Pellizcó los pezones de la joven y en ese mismo momento ella estalló en un increíble orgasmo que la hizo gritar descontrolada. Declan bombeó un par de veces más antes de llegar él al clímax.

Sus miradas habían permanecido enganchadas y en el rostro de ambos se reflejaba con claridad el gozo experimentado. Declan acarició el cuerpo de Tara antes de separarse de ella.

—Desde luego eres un cocinero de primera, Declan —reconoció la joven mientras se llevaba una *crudité* de zanahoria mojada en una salsa elaborada por el abogado.

La mesa de la cocina parecía que se había convertido en un aparador de un restaurante vegano en el que exhibía sus mejores manjares.

—Y tú una excelente ayudante. La verdad es que me divierte cocinar, aunque normalmente lo hago solo para mí, por eso me está gustando tanto hacerlo para ti. Estoy disfrutando elaborando recetas nuevas para mí con la finalidad de abrirte la mente a otras opciones que no sea lo típico en

los veganos. Así que me alegro mucho de que pienses eso.

—Y yo te lo agradezco mucho. Es una maravilla llegar a casa, cansada del trabajo, y encontrarte con la mesa puesta con una excelente cena.

—¿Y qué me dices después de una apasionante sesión de sexo? —dijo Declan con un tono evidentemente burlón y esa arrebatadora sonrisa suya.

Tara lo miró y frunció el ceño.

—De eso tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿Del sexo tan soberbio que hemos tenido hace un rato sobre esta misma mesa?

—¡Oh, Declan!

—¿Qué? ¿No es verdad? —inquirió descarado.

—Vale, sí, pero no me refería a eso. Bueno, sí, pero... ¡Ay, no me lées!

Declan se echó a reír con unas fuertes carcajadas.

—Está bien, tú quieres hablar sobre nuestra relación, ¿verdad?

—Eso es. Quiero que quede claro que entre nosotros solo hay una relación sexual. ¿Opinas lo mismo?

—Por supuesto. Que en un pasado estuviese loco por ti no significa que ahora pretenda convertirme en tu amor eterno. Eso sí, yo pensaba que, aparte de atraerte como amante, la amistad también formaba parte de nuestra relación.

—¡Oh, venga! ¡Eso lo doy por hecho!

—Genial. Entonces, ¿te apetece para después de cenar sesión de película con mantita en el sofá y un bol de palomitas?

—Me parece una idea estupenda, aunque igual nos sobra la manta. Creo que ha vuelto el calor.

—¡No! Esa película no me gusta. Demasiada sangre.

—Qué picajosa que eres.

—No estoy de acuerdo, lo único que pido es que la película no tenga sangre a mansalva.

—Eso no es cierto, tampoco quieres de género romántico.

—Las que son pastelonas no, por supuesto. Pero mira, hay una serie que está emitiendo Netflix que me encanta, me tiene loca. Se llama Minstrel Valley. Es de género romántico histórico basada en una serie de novelas escritas por varias autoras españolas y que están siendo un bombazo en el mundo entero. Cada capítulo cuenta la historia de amor de algunos de sus protagonistas, pero también hay una trama de fondo que unifica todas las novelas en la que se intenta averiguar qué hay de real en una leyenda que todo el mundo conoce en el pueblo, una leyenda en la que se cuenta la historia de amor de un juglar y la Dama Blanca, esposa del señor de un castillo en la Edad Media y cuyos espectros aparecen en algunos de los lugares del lugar.

—¡Pero si tampoco te gustan las de miedo!

—¡Porque lo paso fatal viendo sufrir a los demás! Pero en esta serie no sufres, todo lo contrario.

Tara se habían puesto el camisón y él llevaba un pijama que había metido en la maleta por si lo necesitaba. Estaban tumbados en el sofá del salón, Tara con sus piernas sobre las de Declan y sobre ellas la manta extendida —cabezonería del joven—. Sobre la bióloga estaba el cubo con las palomitas de maíz que guardaba un precario equilibrio por culpa de las risas de los dos. Declan cogió un puñado y se lo metió en la boca a Tara.

—Haz el favor de callar un poco, solo sabes protestar.

Tara emitió un gruñido, se puso de rodillas y se lanzó a hacerle cosquillas a Declan.

—¡Te vas a enterar! —exclamó entre risas mientras expulsaba las palomitas de la boca sobre él.

El abogado, pillado por sorpresa, se retorció para evitar las manos de Tara, pero en vista de que le era imposible, decidió pasar al ataque y la rodeó con sus brazos para que no tuviese movilidad. En ese momento, sus fosas nasales se impregnaron por un aroma excitante: el olor de la piel de Tara. Olisqueó su cuello, aspiró con fuera. ¡Olía tan bien!

Su boca se acercó tanto a su cuello que no pudo evitar darle unos suaves besos en él, se detuvo durante unos segundos en el lóbulo de la oreja, pero sus labios, apremiantes, buscaron la boca de Tara. El calor volvía a dominar su cuerpo.

—Te deseo de nuevo.

Tara le respondió abriendo sus labios y profundizando el beso que él había iniciado. Se desprendió del abrazo de Declan e introdujo las manos por dentro de la camiseta de su pijama para acariciar cada músculo de su amplio pecho.

—Y yo a ti también —reconoció Tara manteniendo el contacto con su boca.

Luego le lamió los labios e introdujo su lengua juguetona en busca de la de él. En pocos segundos los cuerpos desnudos se reconocieron. Sus pieles calientes compartieron el espacio vital y el tacto recorrió sinuosos caminos que los hicieron gozar y desvanecían el tiempo con el fin de estallar en el éxtasis.

—¡Joder, Tara, cómo me pones!

De esa forma tan natural, establecieron las bases de una relación de la que ambos se beneficiaban. En el hotel cada día Declan iba tomando mayor experiencia y se iba acoplando a cada faena, mientras en la vivienda él se ocupaba de la cocina y todo lo que eso implicaba, incluyendo la compra de productos, y Tara de la limpieza del resto de estancias, menos el cuarto de Declan, que se quedó en el olvido puesto que, a partir de ese día, utilizaban los dos la habitación de Tara.

Pero era en sus ratos libres y por la noche cuando realmente disfrutaban compartiendo charlas, risas y sexo. Y no precisamente en ese orden siempre.

Capítulo 13

En cuanto entraron al hotel, Tara supo que ocurría algo. A Mona se la veía nerviosa, de continuo se remecía un mechón suelto de su moño tras la oreja y su mirada se desviaba, cada dos por tres, hacia ellos.

—Algo no va bien —le murmuró a Declan.

—Averigüémoslo —opinó él, asumiendo enseguida que su socia debía tener razón si ella lo decía.

En ese momento, los nuevos clientes que estaba atendiendo Mona se dirigieron hacia las escaleras para ir a su habitación asignada. Habían dejado allí las maletas, por lo que Declan supuso que tendría que subírselas. Se acercaron hasta el mostrador para averiguar lo que ocurría.

—¿Qué pasa, Mona? —fue el saludo de Tara a la empleada.

—Mitchell no ha llegado todavía.

La joven miró a Declan.

—¿Ha llamado? ¿Sabéis algo de él? —inquirió el joven.

—No, no sabemos nada. Regan se está haciendo cargo de los desayunos y Nolan los sirve.

—Bien. Gracias, Mona. —Volvió a mirar a Declan—. Antes que nada, vayamos a la cocina a ver cómo funciona, ¿te parece?

Al abogado le gustó que le pidiera su opinión. Se sintió parte de un equipo, un equipo de dos. Tara y él.

—Por supuesto, vamos. —Y posó la mano en el principio de su espalda para indicarle que pasara ella delante.

Una fuerte descarga eléctrica recorrió su mano y la espalda de Tara al unísono. Sus miradas se unieron sorprendidas. La joven reaccionó y avanzó hacia la puerta del comedor con el cuerpo rígido. Había sido una sensación muy extraña. Jamás le había ocurrido con anterioridad. Antes de entrar se giró para mirar a Declan y vio en su rostro reconcentrado una mueca de asombro similar a la que ella debía tener.

El joven Nolan servía en esos momentos una mesa situada al fondo de la sala, pero ellos continuaron su camino hasta la cocina. El caos los recibió en ella. Regan iba de un lado para otro preparando varios desayunos a la vez. Se la veía sobrepasada, a punto de llorar.

—Regan, ya estamos aquí —le informó Tara.

—¡Oh! ¡Menos mal! Estaba a punto de que me diese algo.

—Nosotros nos haremos cargo de la cocina —expuso Declan a la vez que agarraba un delantal y se lo colocaba alrededor de su cintura—, tú vuelve al comedor y avisa a Nolan para que se ocupe de las maletas de unos clientes.

—¿Nosotros?

—Tranquila, Tara. Seguro que quedan pocos desayunos por servir y entre tú y yo los sacaremos en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, aquí tenéis todo lo pendiente —confirmó Regan señalando el lugar donde se colocaban las comandas.

En cuanto Regan abandonó la cocina, Declan tomó el mando y en pocos minutos habían preparado los servicios que quedaban. Dejaron la limpieza de la cocina en manos de Nolan y, al ver que Mitchell seguía sin dar señales de vida, se encerraron en el pequeño despacho para llamarlo por teléfono.

—¿Si? —respondió el cocinero con una voz cascada.

—¿Mitchell? Soy Tara.

—¿Tara? ¿Ocurre algo, jefa?

—Eso te pregunto yo a ti. No has venido a trabajar.

—Pero... ¿qué hora es?

—Muy tarde, Mitchell. Ya hemos servido los desayunos.

—*¡Joder! ¡Tara, lo siento! Tengo un gripazo de muerte. He pasado una noche terrible y la fiebre ha conseguido que me durmiera de madrugada. Perdona, pero no me he despertado.*

—Pero ¿cómo te encuentras? ¿Podrás venir?

—*¡Imposible! Me duelen hasta las pestañas y estoy caliente como un volcán.*

—Bueno, pues cuídate y mejórate lo antes posible. Ya sabes que esto no funciona sin ti.

—*Lo intentaré, jefa. Pero no metas más presión o me saldrá una úlcera.*

—No, tranquilo. Lo importante es que estés bien. A la noche te llamo para saber cómo sigues.

Se despidieron y, en cuanto Tara colgó, dejó el móvil en la mesa y se tapó la cara con las manos.

—¡Qué desastre! —exclamó la bióloga agobiada.

—¿No conoces otro cocinero que pueda sustituirlo?

La joven negó con la cabeza efusivamente, pero pronto cambió la dirección de sus movimientos y afirmó al tiempo que apartaba las manos de su rostro.

—¡Tú! —clamó Tara eufórica—. ¡Tú vas a ser ese cocinero!

—¿Yo? —se sorprendió él.

—Va, Declan, no te hagas de rogar ni te infravalores. Sé que serás muy capaz de llevar esa tarea sin problemas.

—Pero yo no controlo la carta del restaurante.

—Pues ahora mismo nos ponemos con ella, vemos de lo que te ves capaz y de lo que no, y la

amoldamos a tu destreza culinaria. Sin problemas.

Declan meditó unos segundos.

—Solo pongo una condición: tú estarás conmigo de pinche.

—Está bien. Llamaré a mi madre para que venga y se encargue de gestionar el hotel.

—No, los trozos más pequeños; los estás dejando demasiado grandes —recriminó Declan a Tara.

—¿Y qué más da?

—Da, Tara, da. Tú hazme caso. No quiero que cuando vuelva Mitchell me eche en cara que le han puesto solo una estrella en los comentarios de las redes sociales.

—Está bien, lo haré como quieras porque no quiero que te estreses.

Declan se acercó a ella, pegó su cuerpo duro y cálido a la espalda de la joven y le retiró el cabello lo suficiente para darle un beso en el cuello que hizo estremecer a la joven.

—Gracias, *amore* —susurró con voz ronca.

—Por favor, aquí no. Nada de nada.

—De acuerdo. Nada de nada —aceptó Declan—. Necesito que me montes unas claras a punto de nieve cuando termines con eso.

—No lo he hecho nunca.

—Tranquila, lo hará una máquina por ti.

Tara lo vio alejarse hacia la zona donde estaban todos los aparatos para cocinar. No pudo evitar desviar su mirada hacia él durante unos segundos. ¡El delantal le sentaba tan bien! Le ajustaba las caderas y destacaba su culo de una forma muy sexi. En esos momentos deseó estar en la casa para poder darle una palmada con total tranquilidad. Ese pensamiento le trajo recuerdos de las últimas semanas. Durante los distintos y abundantes encuentros con Declan había descubierto el sexo oral. No era que no lo hubiese practicado antes, pero en manos, o más bien en boca de Declan, había sido una experiencia única y esperaba que repetible.

—¿Sabes que lo que más me gusta de ti es tu culo?

El respingo que pegó casi le hace cortarse un dedo, aunque eso no mitigó la aceleración que sintió de su corazón cuando escuchó esas palabras susurradas junto a su oído.

—¡Declan! —gritó a la vez que se giraba a fin de mirarlo con el ceño fruncido para encontrarse con una sonrisa pícaro frente a ella—. ¡Casi me pego un tajo por tu culpa!

—¡Oh, lo siento! —Le agarró ambas manos y las observó con esmero— ¿Dónde?

—¿No sabes el significado de la palabra *casi*? —se burló Tara.

Declan la miró con los ojos entrecerrados, como cavilando algo. Luego volvió a mirar las manos de la joven.

—Pues... yo creo que tienes sangre... espera que te lo curo... —Levantó una de sus manos e

introdujo un dedo de ella dentro de su boca para ceñirlo y chuparlo con un gesto cargado de lujuria.

—Serás... ¡Déjate ya de bobadas y cocina!

—Está bien —aceptó entre risas—. Allí tienes el aparato para hacer las claras a punto de nieve. Solo tienes que meter las claras, separadas de las yemas, de cinco huevos, apretar el botón y esperar a que monten.

—De acuerdo. No parece difícil.

Mientras ella seguía las instrucciones del abogado, él se concentró en preparar y cocinar todo lo que habían acordado que elaboraría del menú que Mitchell tenía planeado.

—Declan, esto no sale.

—¿Cómo que no sale? Pero si no tenías más que vigilarlo.

—Pues no se monta la clara, debe funcionar mal este aparato.

—A ver... —Se acercó hasta ella dejando de lado la carne que estaba macerando. Observó el interior del contenedor donde estaban las claras—. Esto... ¿has separado bien las claras de las yemas?

—Bueno... sí... eso creo...

—Vale, pues yo veo algo amarillo... Lo siento, tendrás que empezar de nuevo. Limpia muy bien el recipiente y separa muy bien la clara. No debe quedar nada de yema.

—¡Ya podías haberlo dicho antes!

—Deja de refunfuñar y ponte a ello, protestona.

Tara frunció el ceño, pero no dijo nada más. En verdad a veces parecía una gruñona. Hizo lo que le pidió y volvió a reiniciar la tarea mientras él parecía que se multiplicaba por cuatro, porque cada vez veía más ingredientes preparados para las comandas.

—¡Mierda! ¡Otra vez no ha salido! —exclamó Tara, frustrada.

—¿En serio?

—¡Sí!

—A ver... —Volvió a acercarse—. Esto... Tara... ¿de dónde has cogido los huevos?

—¿De dónde va a ser?! ¡Del frigorífico!

—Y... ¿no has visto estos que te he dejado preparados aquí? —preguntó Declan señalando una huevera con una docena de huevos a un lado de la mesa donde estaba ella—. La clara se corta si se utilizan huevos fríos. Tienen que ser del tiempo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡No los he visto!

—Pues... vuelta a empezar.

—¡La madre que me parió!

—¡Presente! —exclamó Moira desde la puerta de la cocina—. Anda, niña, ve tú a ocuparte del hotel y yo me quedo aquí con Declan.

Tara obedeció a su madre. Sería lo mejor. En realidad, estar al lado de Declan la distraía. Las imágenes de lo que estaba disfrutando con el abogado desde que habían comenzado esa...

¿relación sexual? —no sabía qué nombre ponerle, esa era la verdad— estaban de forma permanente en su cabeza: su cabello rubio sobresaliendo entre sus piernas; su rostro con los ojos cerrados y la boca entreabierta por donde emitía gemidos excitantes; sus fuertes manos recorriendo cada centímetro de su piel; su mirada de deseo...

¿Quién podía trabajar así? Sus pensamientos se dirigían una y otra vez hacia el próximo encuentro. Iba a ser un día muy largo, y más, teniendo en cuenta, que ese día le tocaba el turno de noche a Declan. ¡Lástima! Tendría que esperar para poder disfrutar de nuevo de las habilidades espectaculares del abogado.

Capítulo 14

—De verdad, Declan, podemos cambiar los turnos. Necesitas descansar después del día que has pasado.

—No, para nada. En realidad, salvo por el peso de la responsabilidad, he disfrutado muchísimo poniendo a prueba mi creatividad y como mañana ya viene Mitchell no tengo que preparar los desayunos.

—Bien, como quieras. Yo me voy a casa a ver cómo están Isis y Kiara. ¿Quieres que te traiga algo para cenar?

—No hace falta. Hay sobras de hoy, así que las aprovecharé.

—De acuerdo, pero ya sabes, si tienes alguna duda o algún apuro, no dejes de llamarme. Estoy a pocos metros —concluyó con una sonrisa.

Comenzaba el mes de octubre, ya llevaba ayudando en el hotel casi tres meses y el día anterior le había comunicado a Declan que consideraba que ya estaba en condiciones para quedarse por la noche en el hotel por lo que le había propuesto hacer su primer turno nocturno a lo que él aceptó, así que la joven se marchó y lo dejó allí solo.

Según se alejaba de él sintió que comenzaba a faltarle algo. Era extraño, pero en tan poco tiempo se había acostumbrado a tenerlo cerca, a apoyarse en él. Lo iba a echar de menos cuando se fuera.

Kiara e Isis la recibieron con algarabía. Después de ronronear y restregarse por sus piernas, la gatita le llevó enseguida su pelotita preferida de papel y la perrita, tras brincar a dos patas alrededor de ella, se tumbó en el suelo, panza arriba, a la espera de sus caricias. ¡Cómo las quería!

Después de jugar un rato con ellas, subió a su habitación para ducharse y ponerse cómoda. Mientras el agua cálida caía especuló con la posibilidad de compartir la ducha con Declan. Sería una gran experiencia. Eso seguro. Recorrió con sus manos su cuerpo imaginándose que eran las de él, excitada. Su sangre corría alterada por sus venas recordando cómo él se había acoplado a su espalda en la cocina y le daba un beso caliente en la nuca. Sí, habría sido genial que él estuviese allí en ese momento.

Después de la ducha se sentó en el sofá para ver un poco la televisión, pero no se le iba de la cabeza que Declan estaba solo ante el peligro en el hotel. Así que al final decidió vestirse de

nuevo y acercarse a ver cómo lo estaba llevando. Una buena excusa, ¿no?

Al mismo tiempo que Tara entraba al hotel, él bajaba las últimas escaleras que conducían al piso superior.

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! —exclamó Declan.

—¿Algún problema? —preguntó la bióloga al verlo bajar del piso donde estaban las habitaciones

—No, nada. Una clienta que necesitaba algo que le calmase un dolor de cabeza. ¿Vienes a supervisarme? ¿No te fías de mí?

—Bueno... no... Más bien, me sabía mal que estuvieses solo, así que he venido a cenar contigo esas sobras tan ricas que quedan.

—Pues te lo agradezco. Precisamente iba a prepararme una bandeja. Estoy desfallecido.

Tara ya estaba acostumbrada a cenar tarde, después del servicio de cenas en el restaurante del hotel. Cuando vivía su tío y lo ayudaba, era lo que tocaba, y ahora así ocurría a diario. En cambio, para Declan era algo duro, pero lo que la tenía sorprendida era que jamás se había quejado por ello. Así que, después de elegir lo que querían cenar de entre las viandas que habían quedado de las cenas servidas en el restaurante, se acomodaron en una de las mesas del comedor, como la vez anterior.

—Desde luego, los clientes no han notado el cambio de cocinero. Todo lo que has hecho estaba espectacular.

—Sí, lo que tú digas, pero yo prefiero cocinar en casa, con tranquilidad. La profesión de cocinero no es para mí, así que me alegro muchísimo de que mañana vuelva Mitchell.

—Eso mismo me decía mi exmarido.

—¿Le gustaba cocinar?

—Sí. Bueno, le gustaba cocinar solo lo que a él le gustaba. Trabajar de cocinero no.

—Eso suele pasar y tiene su lógica. Lo normal es que nos apetezca hacer algo que nos agrade, ¿no?

—Pues no es lo que tú estás haciendo por mí.

—Porque no es mi caso. Mi fin es complacer al amigo para quien cocino.

—¿Ves?

—Es mi motivación, pero no tiene por qué ser la de tu marido. Y... permíteme que te lo diga, pero escucho algo de rencor de tu parte hacia él.

—Puede ser. Mi matrimonio, ante todo, fue decepcionante. Me casé con un hombre que fingió ser mi ideal para caer como un castillo de naipes en cuanto nos casamos.

—¿Cómo es eso?

—Muy fácil. Como es lógico, cuando conocí a mi ex yo ya era como soy ahora, es decir, una persona concienciada con el medio ambiente, vegana, animalista y trabajadora, entre muchas otras cosas, por supuesto, pero te nombro las que provocaron mi divorcio. A él lo conocí en una fiesta que hubo en el oceanográfico para promocionar a nuestro querido delfín Fungie. Como sabes, los

barcos que llevan a los turistas a verle hacer sus cabriolas en el mar son una de las mayores fuentes de ingreso en Dingle.

—Lo sé, sí.

—Bueno, pues allí lo conocí. Él vive en Tralee, o vivía, ya no sé. El caso es que, visto ahora con perspectiva, me pilló en un momento en el que todas mis metas las había conseguido y deseaba tener una familia. Por eso, creo yo, estuve más predispuesta a creer que era mi alma gemela. Él me hizo pensar que tenía las mismas ideologías que yo, que le gustaba lo mismo que a mí, en definitiva, que nuestras vidas se complementaban en todo. Craso error.

—¿Pero no te diste cuenta antes de casarte?

—No. Nos veíamos cuando yo libraba, que era poco porque acababa de comenzar en el oceanográfico por lo que me comía todas las guardias y luego ayudaba a nuestro tío aquí. Por eso caí en la trampa. Pero es lo que pasa cuando te casas por un impulso. Un día, pocos meses después de conocerlo, me convenció para casarnos sin más. Así, de un día para otro, y yo, boba, me dejé arrastrar. De la noche a la mañana me vi casada, pero eso no fue lo peor. Ese mismo día me confesó que lo habían echado del trabajo, así que, se vino a vivir con mi madre y conmigo. Y ya no salió del sofá de mi casa. En muy pocos días me di cuenta del error que había cometido: le molestaban los animales que tenía en acogida, comía de todo y con abundancia de cerveza, no ayudaba en casa y, lo peor, no se le veía ni pizca de ganas de buscar un trabajo. Bueno, he de ser sincera, cocinar, como te he dicho antes, sí que lo hacía, pero para él. Mientras mi madre y yo trabajábamos, él se hacía sus buenos filetes y sus grasientas hamburguesas.

—Un caradura, vamos.

—A los dos meses ya no pude aguantar más, lo eché de mi casa y solicité el divorcio. Solo lo he vuelto a ver en el momento en el que firmamos los papeles. Pero no quiero que pienses que el motivo fue el hecho de que en realidad no tuviese la misma filosofía de vida que yo. No fue ese el motivo. Mientras se me respete a mí, yo respeto otras opciones, siempre y cuando no se haga daño con eso, claro está. Lo que me dolió fue la mentira. Yo creo que él me consideró una ingenua de la que se iba a aprovechar para darse la gran vida y por eso me engañó. Y ahí cometió su fallo. Por la mentira y el engaño no paso. Lo malo es que la broma me salió cara económicamente, pero bueno, ya es el único recuerdo que guardo de él, la factura del abogado. Lo demás lo tiré todo, hasta mi anillo de boda.

—Hiciste bien; borrón y cuenta nueva. Gracias a quien sea, las mujeres hoy en día sois por fin independientes y no tenéis por qué cargar con alguien así para el resto de vuestras vidas.

—Eso es cierto. Generaciones atrás lo tenían mucho más difícil.

—De todas formas, tú eres una mujer cañera y jamás te habrías dejado manejar así. De otra forma me habrías decepcionado —concluyó Declan con un guiño de uno de sus ojos.

Tara no pudo evitar soltar unas carcajadas pese a los momentos desagradables que acababa de recordar.

—Claro, en eso pensé cuando decidí darle la patada y quitármelo de en medio. ¿Defraudar a

Declan? —ironizó Tara—. ¡Eso jamás!

—Tú ríete, pero habría sido un buen motivo. Bueno, para ser sinceros, ¡el mejor!

—Y eso sin exagerar, ¿verdad?

—¿Cuándo he exagerado yo? Soy todo comedimiento.

Otra vez la risa de Tara resonó en el comedor.

—No me hagas hablar... no me hagas hablar...

—¡¿Qué?! ¿Algo que objetar?

—Ten presente que tengo cinco años más que tú y mis recuerdos de tu niñez y adolescencia los tengo muy, pero que muy claros en mi memoria. ¿De verdad quieres que vayamos por ahí?

—Me estás asustando... —Fingió un estremecimiento—. ¿Qué visión tienes de mí que te hace amenazarme así?

—Tú lo has querido —le advirtió Tara—. ¿Acaso no recuerdas el día que te hiciste un pequeño corte en el pie y lloraste amargamente porque te ibas a desangrar? ¡Hasta hiciste venir a tus padres desde Tralee!

—¡Tenía diez años!

—Oh, bueno, un detalle sin importancia. Tengo más ejemplos: ¿qué tal el día que te quedaste encerrado en la despensa y aseguraste que una rata gigante te quería devorar?

—¡Estaba oscuro y no se veía nada!

—Por eso confundiste una preciosa calabaza con una rata. Pero tengo más: recuerdo un día que oí cómo te chuleabas con tus amigos de que te lo habías montado con tres clientas la noche anterior. Les contaste que les subiste las maletas y se te insinuaron. Por la noche, pasabas por ese pasillo, y una de ellas salió de su habitación, te agarró por el brazo y te metió dentro. Allí estaban las otras dos y...

—¿Quién te ha dicho que fuese una exageración? —inquirió con una mirada llena de lujuria.

Buff. Vale. Las piernas se le derritieron como mantequilla al fuego al ver su mirada. Desde luego este hombre destilaba pura sexualidad.

Capítulo 15

Había sido una noche agotadora añadida a un día extenuante. Declan no tuvo más remedio que agradecer que Tara se fuera antes de abalanzarse hacia ella porque habrían tenido que interrumpir su desfogue sexual. Nada más irse la bióloga, llegaron unos clientes de última hora y tuvo que acomodarlos. Después un cliente no se aclaraba con el termostato de la calefacción y tuvo que ayudarlo. Luego tuvo un problema con una obstrucción en las tuberías de un aseo.

El caso era que no había parado en toda la noche de solucionar problemas por lo que se encontraba verdaderamente destrozado cuando abrió la puerta de la vivienda. Tuvo la bienvenida de Isis y Kiara, a las que les prodigó las caricias necesarias para que se tranquilizasen y volviesen a sus camas respectivas. El cambio de turno se producía cuando rayaba el alba, por lo que Tara todavía estaría durmiendo.

Subió las escaleras con gran esfuerzo. Con cada elevación de su pierna parecía que movía el peso de una pata de elefante. No quería molestar a Tara a esas horas, así que abrió la puerta de su cuarto, encendió la luz y se quedó plantado en el umbral, observando con detenimiento lo que le rodeaba, a consecuencia de lo cual tuvo grandes recuerdos de su juventud. Desde que Tara y él compartían la cama, usaban la de ella, así que hacía mucho que no pasaba por ahí. De repente se dio cuenta de que hasta ese momento no había asimilado lo que había ocurrido en su vida.

Su tío se había ido para siempre. Era algo irremediable e irreparable.

Si bien era cierto que desde hacía años solo lo veía en las festividades familiares, él sabía que estaba allí. Pero ya no. Ya no volvería a escuchar sus sabios consejos, ni le explicaría la importancia de tratar bien a los visitantes, de mantener siempre una sonrisa en los labios, ni le llevaría el desayuno a la cama, como solía hacer cuando pasaba los veranos allí.

Notó que los ojos comenzaban a picarle a punto de llenarse de lágrimas. Le agradeció a su madre que insistiera para que se quedara a cumplir la última voluntad de su tío, porque gracias a ello estaba empapándose de nuevo de su esencia.

Después de apagar la luz, cerró la puerta de nuevo sin entrar en su cuarto y se dirigió hasta la habitación de Tara. Vislumbró su bulto bajo la colcha con las primeras luces del día. Estaba profundamente dormida de lado, en posición fetal, así que, en el más absoluto de los silencios, se desnudó y se metió en la cama y se pegó a la espalda de la joven rodeándola con un brazo mientras una lágrima solitaria le recorría la mejilla.

¡Qué a gusto estaba así! El calor del cuerpo de Tara lo estaba reconfortando. Además, sabía que compartía la tristeza con ella. Tara también adoraba al tío Keiran, de eso no tenía ninguna duda.

Pese a lo cansado que estaba, el sueño no venía y su mente, iniciada ya en las cavilaciones, continuó con otro pensamiento que lo mantenía en vilo y el cual se iba acrecentando cada vez más. Se hacía más potente y más verídico a pesar de que al principio pensó que era una reminiscencia de su pasado. Pero no, los sentimientos que estaba experimentando hacia Tara eran cada vez más claros para él: se estaba enamorando. No.

Seguía enamorado de ella.

Pero ya no era un amor de juventud, algo hormonal y físico. Recientemente se había dado cuenta de que lo que sintió en el pasado no tenía nada que ver con lo que experimentaba en esos momentos. Aquello fueron los inicios, la semilla que germinó, pero que, con el conocimiento real de Tara, de su forma de ser, estaba creciendo como si el tiempo se hubiese acelerado y se hubiese convertido, en pocos días, en un árbol centenario.

Olerla, mirarla, tocarla, escucharla, reír con ella, incluso percibirla a su alrededor, se estaba convirtiendo en una obsesión para él. Su cuerpo reaccionaba de inmediato ante su cercanía: su corazón se aceleraba, bombeando con fuerza y el vello se le electrizaba.

No sabía lo que el futuro les depararía, si habría un futuro para ellos o no, pero había decidido vivir el día a día y ya se vería en qué acababa todo aquello. Se estaba desplazando por arenas movedizas y no sabía si encontraría un punto de apoyo de donde podría afianzarse para salir o se hundiría irremisiblemente.

Pero por ahora se conformaba con aprovechar cada segundo con ella. Tenía tres meses para formar algo entre los dos. Tiempo al tiempo.

Tara se despertó con una sensación cálida en su espalda y una leve opresión en el pecho. Se sentía cómoda y bien. A gusto. Si por ella fuese no se movería, ni tan siquiera abriría un ojo, pero no tenía más remedio, debía acudir al hotel.

De repente, su mano tropezó con algo caliente con un vello suave... Lo tanteó con su mano y descubrió que lo que tenía agarrando su pecho era un brazo. Giró la cabeza con brusquedad, firmemente convencida de con quién se iba a encontrar. Lo miró con detenimiento. Se le notaba cansado, profundas ojeras rodeaban sus ojos y su ceño permanecía fruncido. Debía de haber sido una noche agotadora para él.

Era una pena que tuviera que levantarse y tener que prescindir del calor humano que estaba compartiendo con Declan. Nada de sexo, nada de pasión. Solo la calidez de tener un cuerpo pegado al suyo.

Muy a pesar suyo, con suma delicadeza apartó el brazo del abogado y se deslizó de la cama para levantarse.

En cuanto llegó al hotel, su madre la acorraló en la oficina.

—¿Qué pasa con Declan?

La miró con gesto extrañado.

—¿Qué pasa con él?

—No te hagas la tonta conmigo, Tara. Sabes perfectamente de lo que te hablo.

—Pues la verdad es que no.

—Nena, no hay más que veros juntos para notar que hay química entre vosotros.

—No digas tonterías. Somos amigos de toda la vida, nada más.

—Milongas a mí no, Tara.

—Pero ¿qué dices? Tú lo sabes, lo has visto aquí de niño.

—La edad no me pone una venda en los ojos y entre vosotros saltan chispas cuando estáis en la misma habitación.

—Creo que ves demasiadas películas románticas.

—En realidad no estoy hablando de romanticismo... —aseveró con una mirada pícar—.
Todavía no.

—¡Oh, mamá! Déjame ya, tenemos mucho trabajo que hacer. Recuerda que estarán al caer ese grupo de turistas españoles —exclamó al tiempo que salía del despacho.

Moira sonrió.

—Esa actitud me lo ratifica —murmuró feliz.

En ese momento, se oyó un griterío en el vestíbulo del hotel.

—Los españoles. Seguro. Hay que ver lo escandalosos que son —renegó la mujer mientras se dirigía hacia allí.

—¿Qué hotel más bonito! —exclamaba una morenaza de grandes ojos pardos.

En el vestíbulo se encontraban tres mujeres y cuatro hombres.

—Sí que es precioso, Fanny —reconoció una rubia y sensual joven. Se giró hacia la tercera turista—. Raquel, has elegido muy bien. A lo mejor, con este viaje, me terminas de convencer de que ya no me necesitas para hacer tu trabajo.

—¿Acaso dudas de la profesionalidad de mi mujer, Carlota? —inquirió con una sonrisa jovial el joven que estaba junto a Raquel mientras le pasaba un brazo por los hombros.

—¿En qué lo has notado, Dante? —ironizó Carlota.

—Solo le gusta picarme, cariño —opinó Raquel—. Si no la conociera...

—Si no la conocieras, todos seríamos más felices —se burló uno de los jóvenes que llevaba una larga y abundante barba.

—¡Felipe! —exclamó el tercer hombre—. Eso solo lo puedo decir yo, que para eso soy su esposo.

—Lo siento, pero yo la conozco de más tiempo, Carlos. Por antigüedad tengo más derecho.

—¿Por qué no dejáis esta amena conversación para luego? Nos están esperando en recepción —intervino el cuarto joven.

—Tienes razón, Vicente. Menos mal que aportas tu sensatez, aunque a mí me gustas más cuando cuentas chistes —admitió Raquel al tiempo que daba los pasos necesarios para quedar frente al mostrador de recepción.

Los cinco españoles formalizaron su registro y Moira los acompañó hasta sus respectivas habitaciones. Les pareció un grupo de amigos bien avenido y cargado de humor que disfrutaban de unos días de vacaciones. No había entendido nada de la conversación que habían mantenido entre ellos, pero las sonrisas que permanecían de continuo en sus rostros lo decían todo. Pero también pudo comprobar que todos hablaban un perfectísimo inglés, aunque el que se llamaba Dante Martín, tenía un marcado acento americano.

Declan se había despertado con una sensación de vacío. Y vacío le pareció también la casa pese a las demostraciones de cariño de Isis y Kiara, por eso decidió dirigirse hacia el hotel antes de la hora en la que debía acudir. Todavía tenía esa sensación de desamparo que le produjo la ausencia de su tío cuando iba a entrar en su cuarto.

Nada más entrar vio bajar las escaleras a una joven rubia despampanante. Se acercó hasta el mostrador en el que en esos momentos Mona se encontraba ausente, así que se introdujo en él para atender a la joven.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó con una amable sonrisa.

—Hola. Quería saber si se puede hacer una reserva en el restaurante para comer.

—Sí, por supuesto —Declan miró su reloj—. En pocos minutos quedará abierto el comedor. Además, le puedo asegurar que no saldrá descontenta. Nuestro cocinero es excepcional.

—Gracias por su información. La verdad es que estamos hambrientos.

—¿Es usted española?

—Efectivamente. ¿Conoce mi idioma?

—No, pero la pareja de uno de mis mejores amigos es medio irlandesa, medio española y, pese a que el irlandés es su lengua materna, tiene un acento muy característico que me ha recordado al suyo. Según ella, es debido a que su ciudad de origen es donde mejor se habla el castellano.

—¡Ah! ¿Sí? ¿De dónde es?

—De Burgos.

—Pues tiene toda la razón. Esa zona de España es donde sus habitantes tienen una mejor dicción. Yo soy de otra ciudad donde nuestra forma de hablar tiene influencias de nuestro idioma regional.

—¿Puedo saber qué ciudad es?

—Quizá la conozca, porque es una de las localidades más turísticas de mi país: Benidorm.

—¡Claro que la conozco! Incluso la he visitado. El sol de esa ciudad debería poder importarse. Yo lo compraría para tener en mi casa unos rayitos, aunque fuese durante unos minutos cada día.

La joven se rio con unas alegres carcajadas.

Desde la puerta del despacho, Tara observó cómo Declan acompañó en las risas a esa joven española verdaderamente bella y sexi. El ceño se le frunció sin darse cuenta.

Capítulo 16

Una vez terminado el servicio de comida y los turistas fuera del hotel, la tarde estaba tranquila. La madre de Tara había vuelto a su casa y Mitchell también, hasta la hora de la cena, como hacía siempre. Nessa ya había cumplido su horario laboral, lo mismo que Nolan, que acudía todos los días al instituto. Mona y Regan se encontraban charlando en la recepción.

—Tara, ¿puedes acompañarme un momento? —le preguntó Declan cuando se cruzaron en la escalera— Tengo una duda.

—Claro. Dime.

—Ven conmigo.

—¿A dónde?

—Arriba, al cuarto de la ropa blanca.

—¿Y eso? ¿Ocurre algo allí?

—No te intranquilies, solo quiero que me expliques el lugar en el que va cada cosa —respondió Declan mientras metía la llave en la cerradura, abría la puerta y la dejaba pasar. Ella se adentró hacia el fondo para dejar espacio para él. Luego entró él, cerró la puerta y señaló unos estantes de la derecha. Se trataba de un cuarto con poca anchura, en la que solo cabía una persona, pero con bastante profundidad, repleto de estanterías con la ropa que se necesitaba para acondicionar las habitaciones y sus cuartos de baño—. ¿Ahí qué se supone que hay que poner?

La joven se acercó hasta allí y puso una mano sobre unas toallas.

—Pues como puedes ver, las toallas —se burló.

—¿Y... aquí? —inquirió señalando otras baldas.

—Sábanas —respondió. Luego apuntó al fondo—. En esas otras las mantas y edredones, a su izquierda están todos los productos de limpieza y el papel higiénico. ¿Algo más?

—No... creo que ya está todo...

—Bien, pues sal, por favor.

Declan se volteó sobre sí mismo para posicionarse frente a la puerta, accionó la manilla...

—Pues... no se abre.

—¿Cómo que no se abre?

Volvió a mover el pomo de la puerta con fuerza.

—Nada. Imposible.

—No, imposible no hay nada. Vuelve a probar.

—Debe de haberse movido la llave e impide que se abra.

—¡Mierda! ¿Y ahora qué hacemos?

—Tranquilízate, Tara.

—No me gusta estar encerrada, Declan. ¡Lo odio!

—Vale, voy a hacer una cosa. Vete al fondo y colócate de espaldas. Voy a darle una patada a la puerta y prefiero que te cubras por si saltan las astillas.

—Pero... ¿tú estás loco? Eso es una salvajada.

—¿Podrías hacerme caso sin poner tantas pegas una sola vez en tu vida? —inquirió a la vez que la giraba él mismo y la llevaba hasta el fondo.

—Pero... —balbuceó al tiempo que sentía un estremecimiento al notar cómo el cuerpo del abogado se acoplaba a su espalda y uno de sus brazos le rodeaba la cintura—. ¿Qué haces?

—Solo abrazarte, no te pongas nerviosa. ¿Por qué no te dejas llevar?

—Pero...

Calló al sentir cómo su mano le apartaba la melena y su húmeda y cálida lengua recorría su cuello hasta llegar a las fuertes pulsaciones de su arteria donde posó sus labios para dejarle un tierno beso. Un escalofrío recorrió su espalda y se internó hasta lo más profundo de su cuerpo.

La mano de Declan introdujo sus manos por debajo del jersey para tocar su delicada piel, acarició su estómago y luego se deslizó hasta sus pechos, abarcó su seno derecho con la palma de la mano y lo friccionó con ella hasta que su pezón no podía estar más duro, mientras que sus labios le recorrían la suave clavícula.

El pecho de ella subía y bajaba ansioso por averiguar cuál sería su siguiente paso, ante un nuevo roce de sus elegantes dedos, un nuevo cosquilleo con la caricia de su barba que le mandaba ráfagas de placer.

Él le quitó el jersey a Tara y ella apoyó las manos en la balda al sentir que sus piernas se aflojaban como si fueran gelatina. Las yemas de los dedos de Declan recorrieron sus brazos, acariciándolos con suavidad desde las muñecas hasta los hombros, volvió a bajar por su pecho, lentamente, con mucha tranquilidad... Pasó de largo hasta llegar de nuevo a su estómago.

Ella estaba ansiosa por recibir la caricia, por tocar piel con piel. Su tacto le quemó la epidermis, pero aún se incrementó más cuando una de sus manos llegó hasta el pantalón y la introdujo en su interior, mientras que la otra buscaba uno de sus senos.

En el momento en el que él rozó su pubis y pellizcó su pezón al mismo tiempo, una descarga eléctrica le atravesó todo su cuerpo y un jadeo salió expulsado de su boca. Todavía estaba estremecida cuando un dedo se deslizó por su húmeda hendidura y tocó su centro del placer, lo estimuló antes de adentrarse en su interior, extraerlo, introducirlo de nuevo...

Tara contuvo el aliento al sentir que sus piernas casi no la sostenían. Declan tomó entre sus dedos el pezón y comenzó a jugar con él, lo pellizcó con suavidad, tironeó de él, excitándolo, mientras no dejaba de bombear en su interior. Ella gimió con fuerza al notar cómo una gran

excitación se condensaba en su bajo vientre a punto de estallar.

—Por favor... para... para... —musitó con voz entrecortada cuando creyó que se desintegraría en pedazos.

La mano de Declan se desplazó de un pecho al otro para dedicarse también a él. Tara sintió que todo a su alrededor desaparecía, que sus pies flotaban sobre una nube y el aire no le llegaba a los pulmones al notar cómo él se pegaba más a sus glúteos y frotaba su evidente excitación en ellos, mientras sus manos no dejaban de tocarla.

La piel le ardía, sus venas parecía que se coagulaban de lo espesas que las sentía, jadeaba buscando aire desesperadamente. Declan acrecentó el ritmo de sus caricias transportándola a una galaxia de placer donde nunca había estado. Se tapó la boca con la intención de que el grito que pugnaba por salir no se oyese fuera de esas cuatro paredes.

Su cuerpo entero se convulsionó cuando traspasó la frontera y explotó en una llamarada de lava incandescente. Y entonces cayó, y cayó, y cayó en un abismo de sensaciones que casi la hacen desvanecer.

Lo que sí que consiguió fue que su cuerpo se desmoronase entre los brazos de Declan que la sujetó pegada a él.

—Tranquila, yo te sostengo —le susurró en el oído.

A Tara le costó largos minutos volver a la normalidad. Las palpitaciones de su corazón parecía que no querían volver a bajar su ritmo.

—¿A qué ha venido esto? —murmuró al tiempo que se giraba entre los brazos de Declan para mirarlo a la cara.

—¿No te ha gustado? —le preguntó con la sonrisa más burlona que le había visto nunca.

—¡Oh! Tú sabes que sí.

—Pues entonces límitate a darme las gracias y a compadecerte de mí.

—¿Compadecerme de ti? ¿Y eso por qué?

—Bueno... durante un tiempo los pantalones me van a estar pequeños —le respondió a la vez que le guiñaba un ojo.

—¡Qué bruto eres!

—¡Ah! ¿Te parece bruto que sea sincero?

—Bueno, pues no haberme traído aquí.

—Ha sido un arrebato que he sido incapaz de controlar. Llevo pensando en ti y en proporcionarte placer desde que me he despertado.

—Pues ya lo has logrado, ahora a ver cómo abrimos esa puerta y ¡a trabajar! —admitió Tara al tiempo que lo azuzaba para que se despegara de ella.

—¡Vaya! Ya está satisfecha la señorita y ya molesto —protestó Declan con una sonrisa mientras se acercaba a la puerta y la abría con total tranquilidad.

—¡Pero...! ¡Eres un tramposo!

—¡Cuidado! ¡Hay una rata gigante! —exclamó Declan entre risas señalando al fondo.

El abogado fue dejando una estela de carcajadas según recorría el pasillo. Tara lo miró marcharse estupefacta. Todavía sentía flojas las rodillas, así que no se atrevió a seguirlo para cantarle las cuarenta. Aunque, si era totalmente sincera con ella misma, debería disculparlo sin más. Se lo debía después de las sensaciones tan bestiales que le había hecho disfrutar. Había sido una experiencia brutal.

Cada contacto sexual con Declan era una vivencia nueva para ella, un descubrimiento dentro de su propia sexualidad, pero también conocía comportamientos de él que le hacían subir puntos en su escala de hombres interesantes.

Sí, tenía una lista de hombres interesantes, una lista mental, pero no con fines amorosos sino porque era una de las características que más le gustaba en las personas y de la que más buscaba en ellas. También tenía la de mujeres, ¿eh?

De pronto, un cuerpo larguirucho y alto se interpuso en su visión. Llevaba un hermoso tupé castaño oscuro algo despeinado, bigote y una larga y abundante barba bien recortada. Unas enormes gafas de pasta ultramodernas aumentaban unos ojos angulosos de color chocolate. Iba vestido con mucha clase con una mezcla entre *hipster* y *folk* muy personal.

—¿Te ha dado un pasmo? —le oyó hablar con un acento extranjero. Sería uno de los españoles que habían llegado ese día.

—¿Cómo?

—Llevo varios minutos preguntándote algo transcendental para mi vida y ni me has mirado —se burló Felipe—. Realmente me he sentido invisible y no sé si enfadarme o agradecértelo por hacerme sentir como un superhéroe con poderes especiales.

—¡Oh, vaya! ¡Lo siento! —se disculpó Tara de inmediato, pero cuando vio su cara de pitorreo se relajó, soltó una carcajada y le siguió con la guasa—. Seguro que eres un superhéroe, pero el de la invisibilidad no es tu poder; con lo alto que eres necesitarías mucho esfuerzo para desaparecer. Pero dime, ¿qué me preguntabas? Me hace feliz poder solventarte algo tan importante en tu vida.

—Pues... es que tengo un problema con mi cama...

—¿En serio? ¿Qué le ocurre? Tenemos mucho cuidado para que estén perfectas al recibir a los clientes.

—Sí, está perfecta, pero... Ven, acompáñame. Mejor será que lo veas —le pidió mientras alargaba su brazo para señalar la dirección—. ¿No dicen que más vale una imagen que mil palabras?

Lo siguió hasta el cuarto, entraron los dos dentro y, para sorpresa de Tara, él se lanzó sobre la cama. Se colocó boca arriba con las manos bajo la cabeza y la miró risueño.

—¿Qué opinas? —le preguntó.

—Esto... pues... no sé... Te veo cómodo.

—¿Y mis pies? ¿Los ves confortables?

Tara recorrió su largo cuerpo hasta los pies.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó a la vez que se tapaba el rostro con las manos—. ¡Te ha tocada la única cama que hay en el hotel que mide un metro ochenta de largo! ¡Cuánto lo siento! Enseguida te cambio de cuarto. ¿Cuánto mides?

—Un metro noventa y un centímetros —respondió mientras se levantaba.

—Dame cinco minutos y tendrás una habitación vip estupenda. Corre por cuenta del hotel.

—¡Vaya! Debo de haber dado con un pez gordo del hotel.

—¿Te sirve su propietaria?

—¡Fiuuu! —silbó Felipe—. Lástima que las mujeres solo me gusten como amigas, si no te pediría matrimonio de rodillas ahora mismo. Nada me gustaría más que vivir en un hotel. Reconozco que me gusta que me sirvan.

—Jamás me habían hecho una proposición más corta, ni más interesada.

Las carcajadas de ambos reverberaron en la habitación.

—¿Habéis montado una fiesta aquí? —se burló Raquel desde la puerta.

—Jefa, entra. Te presento a... —Felipe miró a Tara—. Perdona, ¿quién eres?

—Soy Tara Murphy. Directora y propietaria del hotel.

—Encantada. Yo soy Raquel Durán. La verdad es que me vienes de fábula. ¿Has visto las noticias? —le exhortó con rostro preocupado.

—¿A qué te refieres? —preguntó Tara.

—Acabo de ver que el gobierno ha dado aviso de que se aproxima a Irlanda el huracán Lorenzo. En un par de día estará aquí. Dicen que a lo mejor se convierte en tormenta tropical, pero que aun así llegará con fuertes vientos e intensas lluvias.

—Ya, sí. No te preocupes, hoy comenzaremos a tomar medidas.

Capítulo 17

—Bueno, ya hemos cubierto bien las ventanas —enumeró Tara sentada tras la mesa del despacho. Al otro lado Declan la miraba fascinado. Le encantaba observarla cuando se ponía en el rol de empresaria. Siempre actuaba con contundencia y con un objetivo claro—, reforzado las contraventanas y las puertas, retirado todo el mobiliario de la terraza, tenemos multitud de velas y cerillas por todas partes por si se va la luz. Las chimeneas bien provistas de leña por si se apaga la calefacción. Hemos abastecido la despensa de suficientes alimentos y agua para estar incomunicados durante quince días como mínimo.

—A Lorenzo se le espera mañana a mediodía por lo que —apuntó Declan—, ¿qué te parece que los trabajadores se queden en sus respectivas casas esta noche, que mañana no vengan a trabajar?

—Perfecto, sí. Solo están los clientes españoles. Son unos jóvenes muy agradables, seguro que no suponen ningún problema y entre tú y yo nos podemos apañar perfectamente. Por cierto, esta noche le toca guardia a mi madre. He pensado que me voy a acercar hasta su casa para ayudarla a cerrarla a cal y canto y ya no vuelva a ella hasta que pase el huracán.

—Te acompaño.

—No es necesario, de verdad.

—Sé que eres capaz de acondicionarla tú sola, pero así terminarás antes. Hoy el hotel está vacío. Los españoles se han marchado temprano y nos han comunicado que no volverán hasta la noche para aprovechar el día, y no creo que venga nadie hoy a hospedarse y hay poca gente en el restaurante.

—Tienes razón. Venga, pues aviso a Mona para que se quede a cargo del hotel y nos vamos.

Ya casi habían terminado de proteger la casa de Moira de los posibles avatares del próximo huracán. Declan estaba en el piso de arriba ultimando el refuerzo de las ventanas y Tara se encontraba con su madre en la cocina.

Moira acababa de preparar té para calentar sus cuerpos. Según había ido pasando el día, el tiempo había empeorado de tal manera que el aire se filtraba por todas partes y la lluvia fina con la que comenzó la mañana, en esos momentos ya se trataba de precipitaciones intensas. La mujer

le dio una taza con el ambarino líquido candente. La joven lo agarró con las dos manos para calentárselas.

Apoyada en el borde de la encimera de la cocina no le quitaba los ojos de encima a su madre. La conocía y sabía que estaba a punto de decir algo que le corroía por dentro. Esperaba que fuese algo ajeno a ella porque no tenía ánimo para discutir con su madre. Después de un día agotador y de la previsión de otro aún mucho más intenso, era lo que menos le apetecía.

—¿Cómo es que has venido con Declan? ¿Teníais una cita? —le preguntó Moira después de su primer sorbo de té.

—¿Una cita? ¡Mamá! Sabes que trabajamos juntos en el hotel. Solo ha venido para ayudarnos.

Moira la miró con una sonrisa juguetona que provocó una punzada de miedo en su hija. ¿Qué tenía en mente?

—Es un chico muy guapo y muy inteligente.

—Cierto.

No se atrevió a añadir nada más. Ya estaba dándose cuenta por dónde iban los derroteros. Disimuló removiendo la bolsita del té con la mirada fija en la taza.

—Declan te gusta de verdad, ¿a que sí? —le espetó en el preciso momento en el que Tara se llevaba la taza a la boca; después la dejó en suspenso a mitad de camino e hizo el típico gesto con los ojos en blanco para manifestar su frustración.

—No, no me hagas ojitos. Se ve a la larga que sois tal para cual. ¡No hay más que veros juntos!

Tara miró hacia la puerta de la cocina para cerciorarse de que no andaba por ahí Declan y la había escuchado. En su defecto no pudo evitar que le vinieran a la mente momentos de su convivencia durante el tiempo que llevaban compartiendo hogar y trabajo. Flashes de cenas compartidas, de risas y carcajadas, de besos ardientes, de conversaciones bajo una manta, de... ¡Oh, Dios! No eran imágenes para recordar delante de su madre.

En cuanto Declan terminó, se marcharon al hotel bajo un tremendo aguacero por lo que llegaron empapados pese a los chubasqueros que llevaban. Las inclemencias del tiempo, según se acercaba Lorenzo a la isla Esmeralda, aumentaban con mayor intensidad. Se avecinaban horas duras y complicadas si ese era el primer coletazo del huracán.

Tara y Declan decidieron que el personal del hotel se marchara ya o pronto les sería imposible salir de allí, así que se quedaron solos con Moira. La madre de Tara decidió tumbarse un rato en la sala de descanso del personal para reponer energía en previsión de la noche que les esperaba.

—¿Te apetece un trago de *whisky* de la destilería de Dingle? —sugirió Tara a Declan—. No creo que sea una buena idea, pero en estos momentos es lo que deseo. Seguro que así entramos en calor.

—¿Auténtico *aire de vida*[2]? Jamás rechazaría una proposición tan extraordinaria. Supongo que te imaginarás que en Dublín no tenemos esa suerte.

—Pues aprovechemos que no hay nadie y que la salita está libre para saborearlo como se merece.

Acababan de darle el primer sorbo al *whisky* cuando llegaron los huéspedes españoles que, al verlos allí, decidieron unirse a ellos tras cambiarse de ropa. En pocos minutos conversaban como si se conocieran desde hacía años y acabaran de reencontrarse. Las risas mitigaban el ruido del viento que soplaba con fuerza en el exterior.

—¿De dónde ha salido esta bebida? —preguntó Dante con tono admirativo.

—De una destilería familiar de Dingle cuyo proceso de fermentación procura que sea lo más tradicional posible alargándolo hasta tres años y un día —explicó Tara.

—Lo siento, amor, pero es un fallo muy grande que no hayas incluido una visita a ese lugar en la programación del viaje —dijo Dante a su esposa, cargado de ironía.

—Perdona, bonito —arremetió Felipe—, pero Raquel jamás comete un fallo.

—Bufff —bufó Carlota—. Tu papel de pelota de tu jefa ya huele mal, Felipe.

Declan notó el tono de broma con el que se hablaban y sus labios se dilataron en una sonrisa amplia. Se veía con claridad que los siete eran grandes amigos y les gustaba mandarse pullitas los unos a los otros. Era un grupo divertido con quien se sintió a gusto de inmediato.

—En cuanto pase el dichoso Lorenzo —dijo Tara—, os hago una visita guiada. Como es lógico, conozco a los dueños y estarán encantados.

—Eso sería fantástico —aceptó Carlos.

—Pues... ¿sabéis? —explicó Fanny dirigiéndose a Tara y Declan—. En España al sol también se le llama Lorenzo. Es una lástima que nuestro Lorenzo y el vuestro sea lo opuesto.

De ahí surgió una recurrente conversación sobre la diferencia en el clima meteorológico entre uno y otro país.

—Por cierto, según he entendido sois socios los dos de este hotel —intervino Dante. Esperó la confirmación de Tara y Declan, que llegó con un gesto con la cabeza de ambos—. Es que yo tengo una cadena de hoteles en España y estábamos pensando en expandirnos por Europa y, la verdad, es que este tiene un encanto especial y no me importaría invertir en un hotel con estas características. ¿Os interesa venderlo?

—¡Oh, cariño, qué buena idea! —exclamó Raquel.

—No puedes dejar de ser empresario —se burló Carlos.

Declan lanzó una mirada de soslayo a Tara y percibió cómo se había tensado. Tenía mucho que pensar, pero por el momento, sus planes todavía no habían cambiado. Le quedaban algo menos de tres meses para tomar una decisión, pero antes debía conquistarla a ella.

—Bueno —respondió él—, este hotel lo heredamos los dos hace poco de nuestro tío. Yo, en realidad, soy abogado y tengo una empresa en Dublín. Entonces, mi idea era venderlo dentro de un tiempo, cuando me lo permita una cláusula del testamento que no permite hacerlo hasta pasados seis meses.

—Yo no. Yo no quiero venderlo.

—Perfecto. No sería el primer hotel que comparto con un socio, no tendría ningún problema en que fuese así —le explicó a Tara. Luego se dirigió hacia Declan—. Si te parece bien, nos mantenemos en contacto y te hago una oferta sobre tu parte. La verdad es que estoy muy interesado.

—Estupendo. Estaré encantado de escuchar esa oferta. Pero ahora, lo lamento mucho, pero creo que he de ir a la cocina para preparar la cena ya —anunció Declan al cabo de un tiempo mientras se levantaba.

—Te acompaño. Necesitarás que te ayude —expuso Tara.

—No, tranquila. Yo me apaño.

—¿Hablas de nuestra cena? —preguntó Dante.

—Sí, claro.

—Pues si me lo permites, yo estaría encantado de hacerte de pinche. Me encanta cocinar.

—¿Y qué tal si nos vamos todos a la cocina? —opinó Carlos—. Yo me apunto si lo acompañamos con una copa de vino.

—¡Estupenda idea! —exclamó Vicente.

Pese a las reticencias de Tara, que no le parecía nada correcto que unos clientes que habían pagado su estancia allí se involucraran en tal faena, los jóvenes españoles consiguieron convencerla y todos se desplazaron hasta la cocina.

Declan y Dante determinaron un menú mezcla de platos irlandeses y españoles, teniendo en cuenta el veganismo de Tara, y distribuyeron los trabajos al resto de jóvenes mientras fuera arreciaba el huracán antes de lo previsto.

En esos momentos las carcajadas y las conversaciones ya no ocultaban los golpes que daban los ruidos que provocaban las contraventanas contra los marcos, ni la intensidad de la lluvia al caer sobre el tejado o el suelo del jardín. Si alguno se atrevía a abrir un poco la ventana, lo único que podía verse era una cortina de agua y un brumoso cielo, además de recibir en el rostro las pruebas del vendaval que hacía bailotear a los sufridos árboles. Pero la distracción de la compañía y de la elaboración de los alimentos los mantenían a todos en una urna de bienestar y acomodo.

Con tan solo una mirada oblicua, Declan detecta que algo le pasaba a Tara. Estaban a punto de terminar de preparar la cena, pero ella se veía cabizbaja y sin hablar. Parecía que algo le preocupaba. Disimulando se acercó hasta ella para averiguarlo. Verla así le había producido una gran desazón en el cuerpo.

—¿Qué te ocurre? —le susurró.

—Nada.

—Suéltalo, Tara. No me engañas.

—Está bien —confirmó enviándole una mirada angustiada—. No esperaba que el huracán llegase tan pronto. Pensaba que llegaría mañana, como habían anunciado, y había pensado en traerme a Iris y a Kiara aquí para que no estuvieran solas.

—¡Joder! ¡Tienes razón! Las pobres estarán muertas de miedo.

—Gracias por despejar mis miedos —gruñó.

—Perdona. Lo he dicho sin pensar.

—En cuanto termine de preparar esto voy a ir a recogerlas.

—¿Con esta lluvia vas a ir andando?

—Todavía no he aprendido a teletransportarme. ¡No te fastidia! ¿Cómo quieres que vaya?

—Iré yo —determinó Declan.

Haría eso y lo que fuese por ella con tal de borrar de su rostro ese gesto de preocupación. Tara se había metido en su piel hasta las profundidades de su ser y por verla feliz sería capaz de hacer cualquier cosa. Además, él sabía el cariño que tenía por sus dos animales, a lo que él se había unido incondicionalmente.

—No. Son más, son mi responsabilidad —replicó Tara.

—Pero tú no podrás con ellas dos a la vez.

Tara meditó unos segundos. No le gustaba nada admitir que ella no podría hacer algo que un hombre sí haría, pero esta vez Declan tenía razón, sobre todo porque Kiara era muy inquieta en brazos y con el agua aún se ponía más nerviosa. Ella no tendría la fuerza suficiente para contenerla con un solo brazo. No sería la primera vez que lo intentaba y siempre había fracasado. No podía arriesgarse a que saltase de su abrazo y se perdiese con la tormenta.

—Está bien —aceptó Tara—, ve tú.

Capítulo 18

Enfundado en una amplia capa impermeable, Declan salió del hotel después de recibir miles de recomendaciones de Tara y de su madre. Habían dejado a los españoles cenando en el comedor mientras él se preparaba para atravesar el jardín. Pese a ello, sabía que no se libraría de un buen remojón, pero no le importaba nada. Ya se secaría en cuanto volviese.

La puerta del hotel al cerrarse tras él le sonó extraña. Lúgubre. Las ráfagas del viento le manteaban la capa como si unos diablillos hubiesen cogido sus cuatro puntas y las alzasen y bajasen una y otra vez. Las persistentes gotas le golpeaban el rostro con fuerza. Se ancló bien al suelo antes de comenzar a andar porque notaba como si el vendaval lo quisiera arrancar del suelo y elevarlo en las alturas.

Se encorvó hacia delante y comenzó a andar en contra del viento. Era costoso, así que procuraba andar cerca de la pared para agarrarse a ella. Paso a paso recorrió la fachada del hotel. Cuando dejó atrás su protección, una corriente fuerte de aire casi lo desplaza hacia la derecha, alejándose del muro que separaba los dos edificios. Se encorvó más y presionó con los pies en la tierra para que no lo derribara. Con las manos sujetaba el impermeable para poder ver algo, aunque era verdaderamente complicado. La oscuridad era profunda, por la cara le chorreaba el agua y le dificultaba aún más la visibilidad. Menos mal que el camino se lo conocía bien.

Por fin logró llegar a la puerta que conectaba el hotel con la vivienda, la abrió de un empujón y continuó su calvario por el jardín de la vivienda. Su cuerpo, bajo la capa, sudaba del esfuerzo que le costaba ir en contra del ventarrón. En un revuelo repentino y fuerte, la capucha se deslizó hacia atrás y su cabeza quedó al descubierto; el pelo se empapó de inmediato, pegándose a su cráneo. Notó como si tuviese los pies descalzos y metidos en profundos charcos o en la orilla del mar.

Sacó las llaves del bolsillo del pantalón, penetró en la casa y cerró con fuerza la puerta con el pie. Al verse protegido, casi le entran tentaciones de arrodillarse y ponerse a rezar, pero no le dio tiempo ni a pensarlo porque un cuerpo cálido se abalanzó sobre sus piernas y otro rondó a su alrededor maullando con vehemencia.

—¡Ay! ¡Pobrecillas! Estabais asustadas, ¿verdad?

Se quitó la capa para mojarlas lo menos posible y se agachó en el suelo para prodigarles mimos y caricias.

—Isis, bonita, ya está, guapa —la intentó calmar—. Kiara, ¿cómo estás?

Los lametazos del bichón se confundían con el agua de la lluvia en su rostro. Su cuerpo pequeño le temblaba de forma descontrolada. Se subió a su regazo intentando acapararlo, pero Declan sabía que Kiara también estaba conmocionada. Era una gatita muy independiente, pero en esos momentos se restregaba todo el tiempo contra él.

Decidió calmarlas antes de llevárselas hacia el hotel. En esas condiciones, si salía fuera, seguro que se espantarían y no podría dominarlas. Las agarró a cada una con un brazo y las dejó sobre el sofá, luego se distanció de ellas un momento para coger una toalla del baño. Cuando volvió junto a ellas, las dos lo miraban ansiosas, como si temieran que las abandonase.

Intentó secarse lo que pudo antes de sentarse entre ellas, después colocó la toalla sobre su regazo y las dejó que se colocaran sobre él mientras las acariciaba y les decía palabras cariñosas para calmarlas. Estaban realmente muy alteradas.

Kiara no paraba de frotarse contra su torso, ronroneando con un tono mucho más alto de lo habitual y la pobre Isis era un amasijo de nervios. Tan pronto elevaba las patitas y por encima de Kiara le lamía el rostro a Declan, como restregaba su cuello sobre la toalla y se ponía panza arriba esperando más caricias.

«Pobrecillas», pensó, «lo que habrán tenido que sufrir.»

Un sentimiento de pesar le inundó todo el cuerpo. Las había fallado. Eran dependientes de los humanos y como tal, ellos debían haberles evitado esa angustia.

Intentó pensar en lo que haría Tara para apaciguarlas. Él había observado en muchas ocasiones cómo interactuaba con ellas e intentó imitar sus caricias y su forma de dirigirse a sus mascotas. En esos momentos lo que esos animalillos necesitaban era sentirse seguros.

Cuando detectó que se calmaban un poco, las llevó hasta sus bebederos para asegurarse de que tenían agua. Seguro que, con el nerviosismo que habían pasado, no se habían preocupado por hidratar sus cuerpos. Comprobó que, en efecto, tanto los bebederos como los comederos estaban prácticamente intactos, así que las instó para que comieran y bebieran.

Notó que ellas no le perdían el ojo de encima, aunque le hiciesen caso. En cuanto él se separaba un poco de su lado, las dos lo seguían. Necesitaban su protección. Así que se sentó en una de las sillas de la cocina a la espera de que ellas lo imitaran, se relajasen y se tumbasen a sus pies o en sus camitas. Al cabo de un rato, Isis estaba en la suya. A Kiara le costó algo más tranquilizarse lo suficiente para tumbarse, pero al final lo hizo bajo la mesa de la cocina.

Declan decidió que había llegado la hora de marcharse. Se puso en pie y se agachó para recoger a Kiara. Metió la cabeza debajo de la mesa para alcanzarla, pero el pie le falló o el calzado que llevaba resbaló. No se sabe bien. El caso era que, debido a esto, tuvo una reacción desafortunada, elevó con brusquedad su torso y se golpeó con fuerza con el borde de la mesa maciza en la cabeza.

La oscuridad ciñó su mente y cayó al suelo inconsciente.

Tara se paseaba inquieta de un lado a otro del pequeño despacho. Casi estaba a punto de salir, aunque fuese al pasillo, con tal de tener más espacio para desfogarse, cuando entró su madre.

—Los españoles están jugando a las cartas en la salita, ¿por qué no te unes a ellos?

—Mamá, no tengo los nervios para estar con nuestros huéspedes.

—¿No crees que estás exagerando?

—Pues no, ya hace una hora que se ha ido y no sabemos nada de él.

—Llámallo al móvil.

—Mira dónde está —replicó Tara señalando el cajón donde guardaban todos los móviles de los empleados cuando entraban al hotel—. No se nos ha ocurrido que se lo llevase.

—Pues llama al hijo.

—Se ha estropeado la línea. Ya lo he intentado.

La joven volvió a recorrer el pequeño espacio del que disponía sorteando la figura de su madre. Estaba sumamente inquieta, preocupada. Sabía que Declan no la dejaría con esta falta de información por iniciativa propia. Debía haber pasado algo. Y la ansiedad aumentaba. Ahora no estaba desasosegada solo por Kiara e Isis, sino que el agobio había aumentado de una forma descomunal ante la posibilidad de que le ocurriese algo a Declan. Su corazón no dejaba de palpar acelerado temiendo lo peor. De pronto se paró en seco.

—Voy a ir yo. Estoy segura de que le ha pasado algo. A lo mejor ni ha llegado a la casa. Será lo más probable. Tengo un horrible presentimiento.

—Pero criatura —protestó Moira—, tú saldrás volando en cuanto pongas un pie en la calle.

—No exageres —renegó mientras comenzaba a colocarse ropa de abrigo—. Peso más de lo que aparento. Solo mi culo ya es un gran contrapeso —concluyó con tono de humor para mitigar la angustia de su madre.

—¡Oh, por Dios! —exclamó la mujer llevándose las manos a la cabeza con un gesto evidente de frustración—. ¡Qué cabezota que eres, niña!

—Mamá, ya vale. Deja de tratarme como a una cría, he de irme. Estate atenta a tu teléfono, yo me llevo mi móvil, te llamaré cuando llegue para que te calmes.

Había conseguido ponerse varias capas de jerséis y pantalones. Todo lo que pilló en el armario donde guardaban las cosas que se dejaban los clientes y alguna suyas por si se manchaban u ocurría alguna circunstancia, como aquella, en la que necesitasen echar mano de ellas.

Encima se colocó la capa impermeable, se ató un cinturón alrededor de ella para pegarla al cuerpo y se encasquetó la capucha en su cabeza. Así se dirigió hacia la puerta de entrada y la abrió. El aire huracanado penetró con fuerza dentro del hotel arrastrando con él agua y hojas.

—¡¿Ves?! ¡No puedes irte con este viento! —renegó Moira.

—Te llamo en cuanto llegue —dijo Tara sin hacer caso de las palabras de su madre.

Se envolvió la cintura con sus propios brazos, se encorvó sobre sí misma y salió.

—¡Cierra ya, mamá! —gritó.

Moira no le hizo caso y observó cómo la engullía la oscuridad mientras la cortina de lluvia la

golpeaba sin piedad.

Tara sintió enseguida el suelo embarrado. Cada paso era más costoso porque se hundía en el agua y sus botas se empapaban de ella haciéndolas más pesadas. Todavía no había llegado al final de la fachada del hotel y ya se había arrepentido de no haber cogido una linterna para guiar mejor sus pasos, pero no estaba dispuesta a volver sobre sus pasos.

Avanzó con gran esfuerzo, equilibrando su cuerpo para no caer, pero en cuanto salió a campo abierto, sin el resguardo de la pared, una gran ráfaga de viento la lanzó al suelo sin compasión. Supo reaccionar y puso las manos a tiempo de evitar sumergir su rostro entre el fango, pero levantarse de ahí era otro cantar. Conforme se empapaba, más pesaba y eso la beneficiaba para evitar salir volando, pero también era un coste de dificultad añadida.

Apoyó un pie en el suelo y con la ayuda de sus manos, con un sobreesfuerzo con el que sintió un dolor intenso en la rodilla, consiguió elevarse. Mientras lo hacía vio cómo la oscuridad se acrecentaba al apagarse las farolas que había por los alrededores. Miró hacia la vivienda, luego hacia el hotel para comprobar que en ninguno de los dos lugares se veía luz a través de las ventanas.

Le costaba horrores avanzar, pero la persistencia era una de sus cualidades y no se dejó amilanar por las inclemencias del tiempo. Cuando el viento le daba un respiro intentaba andar lo más deprisa posible, hasta que otra ráfaga la empujaba en sentido contrario y, entonces, anclaba su cuerpo, aunque fuese acucillándose.

El corto recorrido se le estaba haciendo interminable.

Capítulo 19

Las manos las tenía ateridas por el frío y su cuerpo tiritaba casi como si sufriese fuertes convulsiones, así que le costó acertar con la ranura para introducir la llave y girarla. En cuanto entró cerró la puerta y se quedó estática esperando oír algo, pero lo único que escuchó, y que le llenó de ansiedad el corazón, fue el gimoteo lastimoso de Isis. Al oírlo el estómago se le encogió.

¡Algo ocurría! Le extrañó mucho que sus animalillos no hubiesen salido a recibirla. ¡Tenía que actuar! A tientas se acercó hasta el mueble recibidor y buscó con la mano la linterna que había en el cajón. Nerviosa, removi6 lo que había dentro una y otra vez, frustrada por no encontrarla.

—¡Joder! —gritó cabreada.

Una vuelta más por todo el compartimento y por fin la consiguió atrapar. De inmediato siguió los gemidos pasillo adentro. A mitad de camino se llevó un sobresalto al aparecer, de pronto, dos pequeños brillos delante de ella.

—¡Ay! ¡Qué susto!

Miauuu, sonó frente a Tara. Alumbró con la interna y ahí estaba. Eran los ojos de la gatita.

—¡Kiara! ¡Bonita, ven! ¿Qué ha pasado, cielo?

Estaba chorreando y casi no se atrevía a tocarla. Pensó que lo mejor sería quitarse la ropa mojada antes de acariciar a la gata y continuar adentrándose en la vivienda. Con presteza siguió sus propios pensamientos, se desprendió del impermeable, así como de uno de los jerséis, del pantalón y las botas. Prefería el leve frescor de la casa a la humedad de la vestimenta.

Con mucho cariño agarró en brazos a Kiara que ya la tenía restregándose en sus piernas desnudas y avanzó con la linterna iluminando el suelo. Llegó a la cocina y de inmediato vio a Declan tumbado. Junto a él Isis gimoteaba mientras empujaba con su hocico una de las manos del joven. Sintió un dolor punzante en el pecho, como si tuviera un chuchillo atravesado en él. El corazón le bombeó con fuerza y se le aceleró el pulso.

—¡Declan! ¡Joder! —gritó mientras corría hacia él.

Se arrodilló junto al joven y exhaló despacio con la intención de aplacar el nudo de emociones que se había afianzado en su estómago. Necesitaba tranquilizar sus nervios para actuar con eficiencia. Con temblor en sus manos, lo primero que hizo fue comprobar que tenía pulso. ¡Sí! Era fuerte, aunque algo errático. Con la única luz de la linterna era difícil averiguar el motivo por el cual Declan se encontraba en el suelo. Decidió darle unas leves palmaditas en el rostro para

intentar espabilarlo.

—Declan, Declan, ¿qué te ocurre? —le instó, ansiosa.

Vio que sus ojos comenzaron a moverse a través de sus párpados. Una sensación agradable le recorrió el cuerpo. Comenzaba a reaccionar.

—Declan, soy Tara, despierta, por favor.

El parpadeo anunció la inminente apertura de sus ojos, pero eso no la hizo estar prevenida de lo que iba a sentir al ver, por fin, el gris plumizo de sus iris.

—Hola... —balbuceó, nerviosa.

—Hola —le respondió Declan con voz ronca, pero casi en un susurro.

—No te muevas —le dijo al ver que intentaba levantarse—. ¿Recuerdas por qué estás aquí, en el suelo?

Declan, desconcertado, intentó mover la cabeza para ver su entorno, pese a que la oscuridad no se lo permitiese.

—¡Ouch! —exclamó a la vez que elevaba una mano y se tocaba la cabeza.

—¿Te duele la cabeza?

—Sí.

Se le notaba aturdido.

—¿Notas algún dolor más?

—No, solo frío.

—Bien, pues ahora vamos a intentar que te incorpores un poco a ver qué sucede, si te parece bien. ¿Sabes qué te ha pasado?

—Sí, ahora lo recuerdo, me golpeé la cabeza con la mesa cuando me agaché a recoger a Kiara.

—¡Oh! ¿Noqueado por una mesa? —se burló Tara, ya más relajada.

—¿Vas a aprovechar las circunstancias para cachondearte de mí? —protestó Declan conformando, por fin, una sonrisa con sus labios.

—Veo que ya empiezas a reaccionar —respondió la bióloga soltando el aire contenido por el miedo.

El joven abogado intentó incorporarse de nuevo pero un vahído se lo impidió. Cerró los ojos con la intención de dejar de sentir que el mundo, aunque fuese oscuro, le daba vueltas alrededor.

—Tranquilo, no hay prisa —lo intentó calmar la joven posando una mano sobre su pecho para que volviera a tumbarse—. Espera un momento, te traeré un almohadón.

Antes de que él pudiese decir nada, ella ya se había incorporado y alumbrándose con la linterna se dirigió hacia el salón para coger uno de los cojines y la manta del sofá. Regresó deprisa; le sabía mal dejar a Declan a oscuras.

En realidad, miles de dudas se agolpaban en su mente. ¿Debería avisar al doctor? En las circunstancias en las que estaban, era difícil que acudiese. ¿Podría moverse? ¿El golpe le habría provocado algún daño interior? ¿Lo dejaba en el suelo o lo intentaba llevar a su cama? Quizá tenía que observar, antes que nada, si tenía otro problema colateral. Pero para complicarlo todo,

el pobre Declan estaba congelado, tirado en el suelo como una colilla.

Le introdujo el cojín entre la cabeza y el suelo además de taparlo con la manta.

—Así estas mejor.

—Tara, sigo teniendo mucho frío, me gustaría que me tapases más.

Al escuchar la voz lastimera del joven, tomó una determinación. Que entrase en calor en esos momentos era lo más importante, a su entender.

—¡No! Vas a levantarte y te voy a ayudar a subir hasta tu habitación. ¡Necesitas entrar en calor de inmediato! Espera dos segundos que voy a prepararlo todo.

Lo primero que hizo fue coger el teléfono para llamar a su madre. Mientras lo hacía, buscó velas y otra linterna y se dirigió hacia el cuarto de Declan. Su madre respondió enseguida, le dijo lo que había pasado y que tenían que quedarse allí. Moira la tranquilizó y le aseguró que no los necesitaba. Los españoles estaban en sus cuartos, bien atendidos, con linternas y ella podía hacerse cargo de ellos sin problemas. En cuanto colgó, encendió varias velas y las puso de forma estratégica por toda la habitación y el aseo, luego cubrió la cama con un par de mantas más.

Una vez de vuelta junto a Declan, intentó calmar a Isis y Kiara que continuaban inquietas por lo que no paraban de pedir atención. En vista de esa situación agarró las dos camitas de los animales y, pidiéndole a Declan un segundo más, las llevó también a la habitación.

—¡Ya estoy aquí! Venga, Declan, vamos a ello. Seguro que ahora se te ha pasado el mareo y puedes subir. Yo te ayudo.

Fue difícil y costoso. Con verdaderos esfuerzos Declan se levantó del suelo ayudado por Tara y comenzaron el recorrido con el brazo de él apoyado sobre los hombros de ella. A veces debían parar para que el joven tomase un respiro y cerrase los ojos para mitigar el mareo. Verlo tan bajo físicamente la estaba destrozando por dentro. La vitalidad propia de Declan había desaparecido de un plumazo, como si una enorme goma de borrar se la hubiese eliminado con total tranquilidad.

—Kiara, Isis, venid, bonitas —les pidió Tara.

Los animalillos ya correteaban a su lado, pero la oscuridad que los envolvía le dificultaba para tener la seguridad de que los seguían. No había tenido tiempo de ocuparse de ellos y eso también la mantenía con el corazón encogido.

En cuanto llegaron al cuarto, Declan se dejó caer sentado en la cama, Tara se puso de rodillas frente a él y comenzó por quitarle los zapatos.

—¿Vas a aprovecharte de mí? —preguntó el joven con un evidente tono burlón acompañado de su típica sonrisa.

—¡Eso quisieras tú! Pero dudo mucho que tengas energía para complacerme —le siguió la broma Tara.

—¿Es un desafío?

—Es una realidad —afirmaba mientras le extraía el jersey.

—Pues estás muy sexi sin pantalones, ¿es para alegrarme la vista?

—Eso es. Mi vida no tendría sentido sin tu mirada puesta en mí.

—Mmmm... ¿Te puedes creer que me ha sonado a ironía?

—¡No! ¿En serio? —exclamó mirándolo con una sonrisa pícar—. Anda, levántate que te quite los pantalones.

—¡Bien! ¡Por fin tomas tú la iniciativa! ¡Ya era hora! —se mofó mientras la obedecía.

Él mismo se desabrochó el pantalón y luego se dejó ayudar por ella. En realidad, estaba agotado. Su cuerpo le pesaba como si tuviese sobre sus hombros una tonelada de hormigón. Le costaba mantener los ojos abiertos pese al dolor punzante que sentía en la cabeza.

—¿Te ayudo a ponerte el pijama?

—¿Pijama? Tú sabes que el único que utilizo es mi piel.

—Está bien, pues tumbate, quiero examinarte la cabeza a ver si tienes herida.

Declan se dejó hacer. Él no estaba en situación de razonar y, como se fiaba plenamente de ella, prefirió seguir sus designios. Tara lo arrojó como si fuese un niño en cuanto se acostó en la cama y dedicó unos minutos a examinar con cuidado su cabeza removiendo su largo cabello rubio.

—¡Ay! —exclamó el joven.

—Tienes un gran chichón, Declan, pero no parece que tenga hematoma, por lo que no parece que haya acumulación de sangre.

—Doler, duele —dijo con un gesto de su rostro que lo evidenciaba.

—¿Quieres beber algo? ¿Comer? Deberías dormir, pero antes estaría bien que ingirieses algún alimento y te hidrataras.

—Hambre no tengo, pero creo que tienes razón. Si me haces un sándwich y me traes un vaso de agua, quizá me lo pueda comer.

—Ahora mismo.

Antes de salir del cuarto, Tara buscó a sus animalitos. Se habían colocado en sus respectivas camas desde donde observaban, sin perder de vista lo que su ama hacía. Se acercó a ellos, los mimó y acarició durante un rato para infundirles tranquilidad y se marchó para atender las necesidades de Declan.

La adrenalina que la había mantenido activa y fuerte parecía que comenzaba a desaparecer de su torrente sanguíneo y empezaba a sentir el cansancio del sobreesfuerzo. El susto que se había llevado al ver en el suelo a Declan había sido monumental. Un sentimiento de desamparo ante la posibilidad de que él estuviese muerto le había roto el corazón en una centésima de segundo, por lo que al notar su pulso la euforia la había dominado hasta ese momento.

No quería ni pensar cómo le había afectado encontrarlo tirado en la cocina. Su mente había viajado por un montón de situaciones posibles y las sensaciones que experimentó en su cuerpo habían sido extremas, algo que debería llevarla a meditar sobre sus sentimientos hacia él, pero prefería no hacerlo. Lo borró de su mente.

Cuando volvió al cuarto, se encontró con que Declan estaba profundamente dormido, así que decidió comerse ella uno de los emparedados que había preparado sentada en el suelo para compartirlo con Kiara e Isis mientras las colmaba de caricias.

Después se dio una ducha caliente porque seguía tiritando de frío, se puso su pijama de franela y se acostó junto a Declan, pegadita a él para darle calor. En pocos segundos acompañó al joven en los brazos de Morfeo.

Capítulo 20

Le dolían hasta los párpados. De fondo se escuchaba el fuerte ulular del viento y a la lluvia golpear los cristales, lo que le indicó que todavía continuaba el dichoso huracán. Notó que estaba en la cama, calentito bajo el peso de las mantas. Se arrebujó aún más; no tenía ni pizca de ganas de abrir los ojos para espabilarse. En esos momentos la mente la tenía vacía.

No. No era cierto.

Una mata de fuego fulgurante sobre un rostro pálido donde destacaban unos enormes ojos verdes iba y venía de su mente. Tara.

Oyó su voz llamando a Isis y luego ruidos típicos de la cocina.

Y con esos rumores se volvió a dormir de nuevo hasta que sintió que alguien se sentaba junto a él.

—Declan, perdona que te moleste.

—Mmmm... ¿Necesitas algo de mí? —inquirió el joven sin abrir los ojos, pero con una voz ronca y muy sexi.

—Creo que en estos momentos eres tú quién me necesita —se burló Tara.

—Déjame dormir un rato más y ya lo veremos.

—Bueno, déjate de tonterías y escucha un segundo: mientras tú duermes, voy a acercarme al hotel.

Declan dio un brinco en la cama y se sentó de golpe. La ropa de la cama le resbaló por el tórax y se quedó desnudo de cintura para arriba, aunque no notó el frío, pero sí un intenso dolor en la cabeza.

—¡De eso nada! —exclamó al tiempo que se llevaba una mano a la cabeza.

—¿Cómo?

—¡No puedes ir con la que está cayendo!

—No te preocupes, solo me mojaré un poco. Como puedes apreciar ya es de día, la luz ha vuelto y Lorenzo ha bajado de intensidad.

Declan miró hacia la ventana. Pese a que las cortinas estaban echadas se distinguía que el día era gris y plomizo; casi no entraba luz a través de ellas.

—Está bien, iré contigo.

—Va a ser que no, machote. Soy perfectamente capaz de ir yo sola y volver, cosa que tú no

hiciste anoche, ¿lo recuerdas?

—Eso, eso, tú hurga en la herida.

—Pues no digas gilipolleces. Tú no estás en condiciones de moverte de esa cama. Por lo menos hoy no.

—Pues entonces, hazme el favor de no ir tú tampoco.

—No puedo. Tengo que ir sí o sí. Mi madre está sola allí y debo echarle una mano. Te traeré el desayuno antes de irme y vendré cuando hayamos dejado allí preparada la comida. Ni se te ocurra bajar a cocinar algo porque yo voy a traerla hecha.

—¿La vas a hacer tu? ¿Tanto has aprendido mirándome? —se mofó Declan.

—¿Tú estás tonto? ¿El golpe te ha sentado mal? Mi madre es una excelente cocinera. Vale que de comida menos *chic* que la tuya o la de Mitchell, pero sabrosa y muy aconsejable para días como los de hoy. Seguro que los españoles apreciarán algo calentito que llevarse a sus estómagos. Y, mientras tanto, tú vas a estarte aquí tranquilito. No tienes otra opción, que lo sepas.

Dicho lo cual, Tara se marchó y Declan optó por volverse a tumbar en la cama. En realidad, no se encontraba con fuerzas todavía. Cuando la joven volvió con una bandeja donde le había preparado un surtido amplio y abundante de viandas, él se había vuelto a dormir. Tara sonrió al verlo, una sonrisa tierna y un calor en el pecho fueron los dos efectos instantáneos y de forma inconsciente que sintió. El rostro relajado del joven, tremendamente atractivo, atrapó su mirada durante largos minutos.

Le costó dejarlo allí solo, pero tenía obligaciones y ella siempre cumplía.

—Todo está tranquilo y bien, Tara. No deberías haber venido —le reprendió Moira en cuanto la vio llegar empapada.

—Bueno, ya estoy aquí. ¿Cómo va todo? —le preguntó mientras se dirigía hasta la salita particular del personal para secarse y quitarse la ropa mojada.

—Te lo acabo de decir. Los huéspedes todavía no se han levantado y yo iba a empezar a preparar el desayuno para tenerlo listo cuando se levantasen.

—Bien, pues vamos las dos en cuanto me seque un poco. He pensado que podrías hacer de comer un *stobhach gaelach*. Creo que debemos tener de todos los ingredientes para ese estofado y a ti te sale riquísimo. Yo comeré una ensalada.

—Ah, pues me parece buena idea. Eso lo preparo yo en un periquete. Lo importante es que me confirmes que Declan está bien.

—Ya te lo he dicho por teléfono hace un rato, mamá; Declan está bien. Algo dolorido, pero bien. No le he dejado moverse de la cama para que termine de descansar.

—Me extrañaba a mí que no hubiese venido él. Seguro que has sacado tus garras para evitarlo.

Tara se rio con fuerza.

—Pues sí, algo de eso ha habido.

—Mira que me gusta ese chico para ti...

—Ya empiezas de nuevo, mamá.

—Hija, ¿qué quieres? Me preocupo por ti. Esa locura que te ha entrado de traer un hijo a este mundo sola me intranquiliza.

—Tú me has criado prácticamente sola, mamá. Primero porque papá estaba casi todo el tiempo pescando y después cuando él murió. —Hizo un gesto señalándose a sí misma—. Y aquí estoy. ¡Divina de la muerte!

—Precisamente por eso, Tara. Porque sé lo que es cuidar sola a un hijo por lo que no quiero que tú pases por lo mismo.

—Pues para mí no ha sido tan traumático, la verdad. Además, ¿no crees que, en todo caso, lo debo decidir yo? Porque me pongas ante mis ojos un hombre cada semana no voy a cambiar de idea.

—¿Seguro? Le tengo echado el ojo a un profesor del *Coláiste Íde Boarding School* que...

—¡¿Cómo?! —la interrumpió—. ¿De ese internado al que solo van chicas? Qué poco me conoces si crees que voy a querer algo de esa escuela elitista y clasista.

—Chica, parece que la selecta y elitista eres tú —protestó enfadada Moira—. Este profesor es un hombre muy majo. Yo lo conozco de coincidir en el minigolf. Hemos jugado varias veces juntos y te aseguro que es un joven encantador. Y sí, me había propuesto presentártelo o promover una cita a ciegas entre vosotros, pero ahora veo que no te mereces mis esfuerzos.

—Mamá...

—No, no, no digas nada. El problema no lo ves. Estás ciega. Me echas la culpa a mí, piensas que soy una pesada, pero en realidad, tú eres el problema. Estás cerrada al amor. Eso es lo que ocurre. No quieres admitirlo, ni tan siquiera pensarlo, pero así es. Pensé que tu fracaso matrimonial no te había afectado. Al fin y al cabo, fue el gilipollas de tu ex el causante de todos tus males, pero parece ser que te creó un escudo de indiferencia ante el amor, o más bien, ante los hombres, que no te permite interesarte por ninguno. Y eso no es bueno, Tara, nada bueno. No, no me interrumpas —continuó la mujer al ver el gesto de su hija—. No tengo la misma facilidad de palabra que tú, pero sí que tengo ojos y veo lo que te ocurre desde hace tres años. Y esto no tiene nada que ver con la convicción tuya de que una madre puede criar a sus hijos ella sola. ¡Me lo vas a decir a mí! ¡Por supuesto que somos capaces! Esa es la careta con la que pretendes camuflar tu miedo al amor. ¡Sí! ¡Miedo al amor! —enfaticó al ver el rostro asombrado de Tara—. Miedo al amor, cielo —bajó la voz con mucha ternura mientras le cogía de las manos—. Solo quiero darte un consejo: porque te hayas equivocado una vez no significa que vuelvas a hacerlo. Yo sé que, precisamente por tu experiencia, sabrás discernir un buen amor. Por favor, cariño mío, no tengas miedo a enamorarte, sino a vivir sin amor y acabar tus días pensando en lo que pudo haber sido y no fue. Si no quieres, no lo provoques, pero no lo evites cuando lo tengas delante, ¿me lo prometes?

Tara permaneció callada con los ojos como platos durante interminables segundos. No era habitual que su madre le hablase así. Solo se limitaba a intentar emparejarla, pero jamás le había expuesto sus temores.

—Pensaré en lo que me has dicho, mamá, eso es lo único que puedo prometerte por ahora —reconoció con pesar.

Las palabras de su madre, quisiera ella o no, le habían tocado el corazón. ¿Y si tenía razón? ¿Y si ella estaba rodeada de un muro para no volver a sufrir? ¿En realidad evitaba enamorarse? La cabeza le iba a explotar.

—Me doy por satisfecha... por ahora —replicó Moira.

—Vamos a la cocina o no estará todo dispuesto cuando se levanten los huéspedes —la apremió con la finalidad también de evitar alargar esa conversación y distraerse mientras cocinaban.

Cuando volvía a la vivienda, se dio cuenta de que la precipitación había disminuido hasta convertirse en la típica lluvia del lugar, a la que ella estaba más que acostumbrada. El viento todavía soplaba con fuerza, aunque con menos intensidad. Aprovechó el momento para fijarse en el entorno. O'Sullivan Lodge y su vivienda solo tenían la pradera verde a su alrededor. La casa más cercana estaba a una distancia considerable, por eso, desde donde se encontraba, solo veía algunas edificaciones en la lejanía y, por supuesto, su propio jardín, donde se habían acumulado hojas, ramas y desperdicios varios y los árboles se veían afectados por el fuerte viento. El mayor indicio del huracán lo notó en el mar picado que se distinguía desde allí.

Metió la llave en la puerta y abrió con sigilo. No quería que Isis ladrara para evitar despertar a Declan. Dejó la bolsa que llevaba con la comida sobre el mueble del recibidor y subió las escaleras con lentitud, en silencio y, para sorpresa de ella, con la sensación de anhelo por verlo al tiempo que a cada peldaño que dejaba atrás su corazón se aceleraba con mayor intensidad.

Antes de llegar a la habitación, salió de ella Isis corriendo seguida por los andares indolentes de Kiara. Ya le extrañaba que no la hubiesen oído antes. Tenían el oído muy fino. Les hizo unas cuantas carantoñas, las besó en sus morretes y se adentró en el cuarto, seguida por ellas.

Enseguida vio la cama vacía a la vez que escuchó el agua de la ducha. Las imágenes de su mayor fantasía aparecieron en su mente de inmediato.

Sin darse cuenta, sus pasos se dirigieron hacia allí. Fue un impulso de sus propios pies ya que su mente no razonaba en esos momentos. Abrió la puerta y la cerró de inmediato tras ella para que no la siguieran sus queridas mascotas.

Un calor sofocante y una neblina de vapor la envolvió al momento.

—Tara, ¿eres tú? —oyó su voz a la vez que la puerta de la ducha se abría.

Allí estaba Declan. Desnudo. Con su cuerpo brillante y esculpido. Tremendamente guapo.

Capítulo 21

—Hola... —balbuceó Tara—. ¿Estás bien?

—Perfectamente. Ya estoy repuesto del todo, pero... no te oigo bien, ¿por qué no entras aquí? —inquirió con una sonrisa pícar—. Creo que voy a necesitar ayuda para limpiarme las orejas.

—Ah, quieres que te haga de doncella —se burló Tara, reponiéndose del momentáneo colapso.

—Bueno, estoy dispuesto a pagarte muy bien. No tendrás ninguna queja. A cambio de que tú me asees los oídos yo le doy un buen repaso a tu cuerpo entero, ¿qué te parece? ¿Hay trato?

—No sé... quizás esa transacción no sea tan beneficiosa como tú te crees —opinó Tara mientras comenzaba a quitarse la ropa que llevaba.

—¿No te parece justa?

—No mucho, la verdad. —Ya solo le faltaban los pantalones—. Tú tienes libertad para tocar todo lo que quieras mientras que yo me tengo que conformar con tu parte más fea.

Declan tragó saliva. Qué par de senos más golosos que tenía. Llevaba demasiado tiempo añorándolos y verlos ahí, delante de él... Su cuerpo reaccionó de inmediato.

—¿Feas mis orejas? —preguntó con falsa indignación—. Que sepas que podría haber ganado el concurso de Mister Oreja Bonita... si se hubiese producido, claro.

—¿Entonces me vas a hacer otra proposición? —indagó Tara con una sonrisa picante mientras se abría de brazos desnuda y frente a él.

¡Dios, cómo la amaba! No sabía lo que ella sentía por él, tampoco era algo que por ahora le quitase el sueño. Se conformaba con demostrarle día a día que ella era importante para él. Hasta esos momentos no había tenido una relación en la que tuviese la necesidad de expresarle un sentimiento más allá de un querer, no estaba acostumbrado a los grandes amores, por ello prefería ir poco a poco. Primero debía conocerse él en esa situación y luego... ya se vería. La palabra amor era algo que implicaba compromiso y él jamás había barajado ese término.

—¡Todo! ¡Todo lo que quieras! ¡Pide por esa boca y se te concederá!

Se quedaron mirándose el uno al otro y a los dos a la vez les dio la risa tonta. Rompieron a reír a carcajadas y Tara se sujetó la barriga, desternillándose.

—¿Seguro que es el momento adecuado? —preguntó Tara aún preocupada por su salud.

—¿Estás de coña?

—No, no lo estoy. Si te caes redondo en la ducha no podría levantarte —se cachondeó.

—Ah, por eso no te preocupes, si me desmayo será producto del éxtasis.

Más carcajadas reverberaron en el cuarto de baño mientras Tara entraba en la ducha. Las manos de Declan se posaron enseguida en su cuerpo que se estremeció a su contacto. La atrajo hacia sí para pegarla a él. Era tan manejable entre sus manos... Con toda la fuerza y energía que tenía para vivir la vida, a la hora del sexo era como plastilina blanda, moldeable, pero a la vez participativa. Era fuego y pasión ofrecidos con generosidad y con confianza plena. Sintió la necesidad de llevarla a la efervescencia más absoluta.

El agua caliente que había cerrado cuando Tara entró en el cuarto de baño volvió a caer, esta vez sobre los dos cuerpos incandescentes. Las manos de Declan siguieron el flujo del agua que se escurría por la espalda de la joven hasta llegar a sus nalgas. Sintió las manos de ella posarse en su pecho y apartarlo para mirarlo a los ojos mientras volvía a cerrar el grifo, agarraba el gel de ducha y llenaba la palma de su mano con una generosa cantidad. La distribuyó entre las dos manos y las pasó sobre el pecho de él como una caricia, dejando una estela de jabón a su paso.

Declan sonrió e hizo lo mismo. Pronto, caminos serpenteantes de burbujas colmaron los dos cuerpos acercando sus trazos, cada vez más, a las zonas más sensibles. Siguió acariciándola por sus senos a la vez que daba ligeros toques con las uñas en sus pequeños montículos sonrosados, estremeciéndola. Recorrió con parsimonia su estómago hasta llegar a donde sus piernas se juntaban. Ella, de forma inconsciente, las separó dándole acceso a su zona más íntima.

Oyó que Tara emitía un sonido gutural y eso lo excitó aún más. Ansioso por provocarle mayor placer, abrió el grifo de nuevo para eliminar el jabón. De inmediato la agarró por los hombros y la empujó levemente para pegarla a las baldosas de la ducha. Sus miradas se engancharon. Había deseo en ambas, pasión.

—Eres tan bonita, te deseo tanto... —susurró Declan.

Tara abrió su boca, la cerró, volvió a abrirla.

—Bésame —dijo tan solo, pero con tal ardor que Declan casi se corre en ese momento.

Declan deslizó las manos por las clavículas de Tara hasta posarlas a ambos lados de su rostro. Sus labios rozaron los de ella con suavidad. Sabía que no era el beso pasional que ella esperaba, pero él tenía la necesidad de saborearla poco a poco. Presionó más su boca contra los sugerentes labios de Tara para besarla cálida y profundamente, deleitándose en su sabor. Notó cómo ella se entregaba y lo acompañaba con ese beso lento y largo.

Un fuego abrasador se extendía lentamente por sus venas mientras ella se contorsionaba con suavidad contra su cuerpo, elevaba los brazos y rodeaba con ellos su cuello, introduciendo las manos en su cabello mojado.

Sus manos se deslizaron por el torso de la joven hasta encontrar sus caderas. Acarició sus suaves curvas con la misma cadencia dulce y caliente de sus besos. Unos toques de la lengua de Tara en sus labios lo incitaron a que los abriera para que se deslizara dentro de su boca. Él la recibió con la suya con calidez.

Declan internó sus manos en busca del centro del deseo de Tara. Ansiaba hacerla sentir que

rozaba el cielo a través del orgasmo más sublime.

Durante esa larga mañana, tumbado en la cama, ocioso y sin ganas de hacer nada, su mente había viajado por el pasado más inmediato en su vida. Para ser concretos, desde que llegó a Dingle para el entierro de su tío. Desde entonces, su vida había estado llena de Tara.

Tara conversando con él.

Tara riendo con él.

Tara trabajando con él.

Tara gozando con él...

Cada segundo tenía su nombre.

Profundizó el beso a la vez que introdujo los dedos entre sus piernas. Sus caricias provocaron en la joven un jadeo que le estimuló una fuerte urgencia por sentirse en su interior. Agarró sus nalgas con las dos manos y la elevó a la vez que separaba sus piernas para que ella le rodease la cintura.

—Engánchate bien, cariño —jadeó Declan.

De inmediato sintió cómo lo obedecía y colocaba sus piernas alrededor de sus caderas. La calidez de su piel aceleró los latidos de su corazón hasta creer que se rompería en pedazos. Instintivamente, sus dos cuerpos se unieron y Declan entró dentro de ella con fuerza para penetrarla hasta el fondo. El aire dejó de acudir a sus pulmones, la sangre le ardía por las venas. Jadeó en busca de oxígeno soltando por breves segundos los labios de la joven. Sus ojos se encontraron. Ella tenía una mirada salvaje que avivó su intenso deseo.

Las manos de Tara se deslizaron por sus hombros y su espalda como alas de mariposa enviando ramalazos de placer a través de su sensitiva piel, llevándolo por un abismo de placer donde nunca había estado. Con tan solo tocarlo...

Sus caderas comenzaron a moverse, a sacar y empujar su miembro con lentitud, sintiendo en cada embiste su paso por las paredes sensitivas de Tara. Los gemidos de la joven se acrecentaron y su respiración se hizo errática.

Con el corazón latiéndole a través de cada poro de su piel, sintió cómo ella estaba alcanzando su clímax. Arreció con sus movimientos hasta que oyó a Tara exhalar un enorme gemido acompañado por las contracciones de su centro del placer. En el preciso momento en el que él iba a culminar salió de dentro de ella para vaciarse fuera.

Se apoyó sobre la joven, que seguía con la espalda en la pared, las piernas rodeando su cintura y sustentada por sus manos en sus glúteos mientras resoplaba con fuerza intentando calmarse. Le dio un beso muy tierno a Tara en la cabeza y la ayudó para que bajara sus piernas y apoyase los pies en el suelo de la ducha. Una vez que la vio estable, apoyó su espalda en los azulejos de la ducha y se derrumbó sin fuerzas en el suelo. Al verlo, Tara hizo lo mismo.

—Lo siento, las piernas no me responden —balbuceó Declan.

—A mí tampoco.

—Creo que ahora necesito una ducha de agua fría para bajar el ardor que me recorre por las

venas.

—Pues yo paso —se rio Tara—, prefiero agua caliente.

—¿Eso quiere decir que ya no vamos a compartir la ducha? —preguntó Declan con regocijo.

El eco de las risas rebotó en la cabina.

Capítulo 22

Desde hacía unos días, algo le rondaba en la cabeza a Tara. Era una posibilidad. Una entre otras a elegir, pero esta iba afianzándose cada vez más en su mente. Solo tenía que proponérselo. ¿Y si aceptaba?

Al fin y al cabo, él tenía la convicción de vender su parte del hotel y largarse de nuevo a Dublín. Además, ya había recibido una oferta de Dante, el español que tenía una cadena de hoteles, por lo que en pocos meses abandonaría Dingle.

Sería difícil de sacar la conversación, era algo muy íntimo y suponía exponer su punto flojo ante él. Darle armas para que sacase su faceta burlona. Pero aun así valdría la pena intentarlo.

Después de la ducha/sexo, habían bajado a la cocina para calentar la comida que había llevado para él. Ella había pensado hacerse una ensalada, pero Declan se empeñó en prepararle una de sus «especialidades» veganas que, por cierto, estaba riquísima. En realidad, era un excelente cocinero y le agradecía enormemente que se hubiese tomado la molestia de aprender recetas veganas por ella. Era toda una gozada verlo ir de un lado al otro de la cocina para elaborar los alimentos. Lo hacía siempre con una sonrisa en los labios lo que evidenciaba que disfrutaba plenamente. Eso era un punto a su favor.

Era un tío con una planta estupenda. Su cuerpo estaba esculpido por los músculos que él mismo le había confesado que trabajaba en el gimnasio. Y era guapo a rabiar. Su pelo rubio era brillante y tenía una ondulación natural. Sus ojos, pese a que eran de color gris plomo, tenían vida propia. Hipnotizaban. Se había fijado que se oscurecían o se aclaraban según sus sentimientos. Su boca sensual y su nariz recta completaban un rostro de infarto. Otro punto a su favor.

Pero todo eso no era nada en comparación con su personalidad. Tenía un carácter ingenioso y guasón, pero también tenía una gran nobleza, era generoso y educado. Era optimista, alegre, jovial y sociable cuando era el momento de serlo, pero cuando era el momento de trabajar, se convertía en un trabajador incansable, decidido y buen compañero.

Tenía muchos puntos que le hacían el hombre ideal.

En esos momentos ya habían recogido la cocina y se habían acomodado los dos en el sofá cubriéndose con una manta. Kiara se había tumbado sobre el respaldo e Isis estaba entre ellos, con

la cabeza apoyada en el regazo de Tara.

Declan le estaba contando algo sobre Connor y Séan, sus socios y amigos, pero la verdad era que no le estaba prestando mucha atención. El corazón le palpitaba a mil por mil. ¿Se atrevería a pedírselo?

—Por eso me arranqué uno a uno con las pinzas todos los pelos de mi cuerpo.

Él era un hombre de mente abierta.

—Luego, decidí cortarme el cuello con el quitacutículas.

Respiró con fuerza y decidió que en cuanto terminase de contar lo que fuese que estuviese contando, se lanzaría a hablar con él.

—¿Cómo?! ¿De qué hablas? —exclamó en cuanto razonó lo que había dicho Declan.

—Comprobaba que había perdido todo mi carisma —contestó el joven entre carcajadas—. Hacía tiempo que no me sentía tan ignorado.

—Oh, perdona. Es que tenía la mente en otra cosa.

—No, ya. De eso me he dado cuenta.

—En realidad estaba esperando el momento para hablar contigo.

—Pues lo disimulas muy bien —se burló él—. Daba la sensación de que era todo lo contrario.

—Declan —dijo cambiando de tono—, en serio. Necesito hablar contigo sobre algo muy importante para mí.

El joven detectó enseguida que ella no estaba para más bromas y que lo que tenía que exponerle era relevante, así que adoptó su rostro de abogado y la miró fijamente.

—Te escucho.

—Bien. A ver cómo empiezo —reflexionó Tara mientras su mirada se alejaba de Declan y se golpeaba con el dedo índice en el mentón—. ¿Recuerdas que te hablé de las ganas que tenía de tener un hijo?

—Claro.

—Te comenté mi determinación de tenerlo por inseminación artificial.

—Sí.

—Y tú me comentaste que todavía podría encontrar a alguien con quién tenerlo, ¿cierto?

—Sí, claro.

—Verás, he estado dándole vueltas en la cabeza. Para serte sincera, desde que me divorcié había tenido pocas ocasiones en las que un hombre me gustase lo suficiente como para tener más de un encuentro sexual con él, por tanto, lo que está ocurriendo contigo es una excepción.

—Me halagas.

Declan no entendía nada, pero la escuchaba atentamente.

—No era mi intención, solo constato un hecho.

—Bien, pues prosigue, porque no sé a dónde quieres llegar.

Tara tragó con fuerza y volvió a respirar con profundidad expulsando una bocanada de aire. Lo miró con un gesto un tanto desvalido.

—Pues, es que he pensado que tú podrías ser el donante del semen para mi hijo. —Al ver cómo abría los ojos, patidifuso, Tara alargó sus manos y las plantó frente a él en un claro gesto de detención—. ¡Espera! Espera que termine. Esto que te estoy diciendo no te compromete a nada. Ya que estamos compartiendo unas relaciones sexuales muy satisfactorias para los dos, he pensado que podríamos dejar de usar métodos anticonceptivos y, si de paso, me quedase embarazada yo no tendría que pasar por la inseminación artificial. Con esto no te estoy pidiendo que seas el padre de mi hijo, no te obligaría a nada. El hijo sería mío y de nadie más. ¿Me entiendes?

Declan se revolvió el pelo con las manos y luego se restregó con ellas el rostro. Las palabras de Tara le habían conmocionado. Jamás habría pensado que Tara fuese capaz de pedirle algo así. Ni a él, ni a nadie. Era... Mejor no ponerle nombre. Sintió la tentación de salir huyendo.

—¿Te estoy entendiendo bien?

—Pues... supongo.

—¿Quieres quedarte embarazada de mí y que yo renuncie a mi hijo?

—Eso es. Tú mismo me dijiste que todavía no estabas en el momento de este tipo de responsabilidades y, por otro lado, pronto te irás de nuevo a Dublín, por lo que ni tan siquiera, si llegara el caso, lo verías crecer dentro de mí.

—O sea, que me quieres de semental —exhortó Declan con el ceño fruncido.

—¡No uses esa palabra, Declan! No se trata de eso. Creo que tus genes son apropiados para engendrar un hijo sano.

—Ya... he sido seleccionado de entre todos los candidatos posibles, que por cierto se limitaban a... ¡solo yo! Ya veo. ¿Se supone que debo alegrarme por ello? ¿Soy un buen espécimen?

—Creo que lo estás llevando a un terreno que no es.

Declan se levantó del sofá con brusquedad y se puso a dar zancadas de un lado al otro del salón.

—Es lo más denigrante que me han dicho en mi vida, eso es lo que es. No me esperaba esto de ti, la verdad.

—Pero ¿por qué te lo tomas así?

—Yo... —Se quedó frente a ella con las piernas abiertas y los brazos en jarras—, pensaba que sentías algo por mí, que había algún sentimiento hacia mí, como yo lo he tenido siempre hacia ti.

—¡Pues claro que lo tengo!

—Pero no el suficiente como para pensar que podría ser una buena pareja para ti o un buen padre para tu hijo.

—¡Declan! Tú y yo hablamos sobre esto. Acordamos que acostarnos no significaba que habría un futuro para nosotros dos juntos.

—¡Lo sé! Pero de ahí a que lo único que quieras de mí sea mi genética y que creas que soy capaz de dar un hijo mío como si fuese un clínex... duele, Tara. O, por lo menos, a mí me ha dolido mucho.

—¡Oh, vaya! Pues lo siento. Retiro lo dicho. Olvídalo.

—Como si eso fuese tan fácil. Ahora mismo prefiero no tenerte delante, Tara. Me marcho a dar una vuelta. Necesito pensar.

—¡Declan!

Sin mirarla siquiera, el joven agarró su ropa de abrigo y el impermeable y salió de la casa dando un portazo.

Tara se quedó allí, mirando fijamente la puerta por donde había salido mientras una lágrima se deslizaba por su mejilla. ¿Qué había hecho? ¿Lo había fastidiado todo! No era la reacción que ella había esperado de Declan y le dolía haberle hecho daño. No era su intención.

Capítulo 23

Había dejado una nota encima de la mesa de la cocina para Tara avisándole de su viaje a Dublín y se había marchado antes del amanecer. Las cuatro horas de trayecto que lo separaban de la capital de Irlanda se le estaban pasando en un suspiro porque su mente viajaba más rápido y casi había recorrido todos los instantes pasados junto a Tara desde que llegó a Dingle.

Desde que estaba allí había sacado algo en claro. Él jamás había dejado de quererla. Quizás sus sentimientos habían invernado durante quince años. Era posible. Pero ahí seguían y a raíz de volverla a ver se habían acrecentado. Eso también lo sabía.

Si en un pasado le había gustado la joven que se marchó a estudiar, llena de ínfulas, más le gustaba la mujer en la que se había convertido.

Por eso había sido tan duro reconocer un defecto tan feo y grave en ella.

Cuando había salido de la vivienda de su tío la tarde anterior iba hecho una furia, cabreado, mosqueado, y todos los «ados» que se le pudiesen pasar por la mente. Había preferido marcharse porque él se conocía y si se le calentaba lo suficiente, podía echar espuma por la boca. Y eso no. A Tara no. Aunque fuese la culpable de su estado.

Había cogido el coche sin rumbo fijo y, sin darse cuenta, había atravesado toda la agreste y salvaje península de Dingle para detenerse frente a la vivienda de sus padres en Tralee. Seguía lloviendo con una intensidad moderada, típica de la zona y el cielo permanecía encapotado, con un gris plomizo tan parecido a sus propios pensamientos que parecía que el cielo había tomado la opción de empatizarse con él.

Había tenido la suerte de que su madre se encontrase en ella y pudo desahogarse. Se lo contó todo. Absolutamente todo. Sus sentimientos por Tara desde la niñez que se mantuvieron en la adolescencia y la revitalización de ellos cuando volvió a verla.

Ella fue la que le aconsejó que se fuera a pasar unos días a Dublín. Que hablara con sus amigos, que volviera durante un tiempo a su vida normal para comprobar si todo lo que había sentido junto a ella era un espejismo del pasado. Y, como siempre, ella tenía razón.

Era el único lugar en el que podría despejar su mente de Tara pero, sobre todo, de sus palabras, además, así evitaría verla, cosa que en esos momentos no le apetecía nada. Pero de lo que estaba más seguro era de que sus amigos le pondrían los pies en el suelo.

Por eso hizo tiempo en uno de los *pubs* de Dingle acompañado por unas cuantas cervezas para

volver lo más tarde posible, cuando ella ya estuviese acostada. Lo malo era que se había levantado con un tremendo dolor de cabeza producido por la resaca que todavía persistía en él.

Estaba llegando a Dublín cuando un simple cartel indicativo le llamó la atención: «castillo de Malahide». En realidad, lo veía muy a menudo porque esa misma dirección era la que tenía que tomar todos los días para ir a su casa ya que él vivía en sus alrededores, pero hacía un tiempo que no iba a pasear por él. Desde hacía años era uno de sus lugares preferidos de la periferia de Dublín porque le aportaba paz y tranquilidad. En infinidad de ocasiones se había sentado en sus jardines para estudiar con relativa tranquilidad por lo que al constituir la empresa en el barrio cercano de Santry, no dudó en buscarse una casa próxima al castillo para poder disfrutar de él siempre que lo quisiera o lo necesitase.

Y ahora lo necesitaba.

Su idea primigenia había sido dirigirse hacia Dagda para ver a sus amigos, pero el instinto lo guiaba hacia el lugar apropiado.

Aparcó frente a su casa y se dirigió andando por una vegetación densa y bellas plantas. Los enormes árboles ensombrecían el camino principal que destacaba en otoño por la presencia en el suelo de cientos de hojas cobrizas. Llegó a su banco favorito, que estaba junto a uno de los caminos que franqueaban uno de los lados del castillo, desde donde se veían unas vistas fabulosas de sus torreones principales. Allí se respiraba paz e historia. Era un viaje en el tiempo, una experiencia arrebatadora y perfecta para meditar con tranquilidad.

El castillo de Malahide se trataba de una joya medieval que había pertenecido a la familia Talbot desde 1174 hasta 1976, cuando se vendió al condado de Dublín como pago de los impuestos de sucesión. Se levantaba en medio de un gran parque, rodeado de un bosque impresionante que estaba lleno de rincones encantadores, ideales para pasear y disfrutar de un ambiente de lo más irlandés, donde el color verde inundaba el ambiente.

El castillo de Malahide también era conocido por sus numerosos fantasmas. Así, en plural. Después de ochocientos siglos de historia y ostentar el privilegio de ser el castillo más antiguo de Irlanda, no era de extrañar que las leyendas que lo rodeasen fuesen varias y algunas muy intrigantes.

Pero las que le vinieron de inmediato a la mente a Declan fueron dos historias: una sobre un bufón que se había enamorado de una dama del rey y al que encontraron apuñalado entre la nieve a las afueras del castillo después de jurar que su espíritu permanecería entre esos muros hasta que el rey se casara con una plebeya. El otro fantasma se trataba de una dama de blanco que nadie sabía quién era, pero su retrato estaba en un cuadro del gran salón. Hay quien aseguraba haberla visto salir del cuadro y vagar por los pasillos en plena noche.

Esos dos fantasmas, el bufón y la dama de blanco le recordaron a la leyenda que le había contado Tara cuando le habló sobre la serie de Minstrel Valley. ¡Vaya casualidad! ¿Ahora todo le iba a recordar a ella?

No. No le hacía falta tener una excusa. Para nada.

Su cuerpo clamaba por ella sin necesidad de recordarla, pero es que lo hacía. Recordaba la suavidad de su piel, su agreste cabello rojo, sus ojos de gata, su curiosidad innata, el cariño hacia sus animales, su filosofía de vida, el sexo con ella...

Iba a ser muy duro volver a olvidarla.

Pese a lo dolido que se sentía al averiguar la opinión que Tara se había formado de él, su corazón todavía no estaba preparado para borrarla. Pero lo haría. Si pudo en su época de adolescente, también podría de adulto.

¿Cómo ella había llegado a la conclusión de que él podría dejar a un hijo suyo en manos de otra persona y desaparecer? ¡Aunque fuese Tara! ¡¿Tan poco lo conocía?! Jamás había pensado que él diese una imagen tan frívola y falta de corazón. El que le dijese que no era el momento para formar una familia no significaba que fuese insensible a un posible hijo y asumiese su responsabilidad, y además, con total entrega y amor paternal.

Declan apoyó los brazos en sus muslos y se tapó el rostro con las manos. La postura de su cuerpo clamaba a voz en grito que se sentía derrotado, hundido. La congoja se había afianzado en su garganta.

No sabía si volvería a O'Sullivan Lodge. Si perdía la propiedad le importaba cien mil pepinos. Pero no. Sabía que no le haría eso a ella. Volvería, pero se hospedaría en casa de sus padres. No. Eso tampoco podía hacerlo. El testamento era claro: debían vivir en la casa de su tío. Casi maldijo a su querido tío. ¿Por qué lo había complicado todo tanto? ¿De dónde le habría salido esa idea tan peregrina?

Su cabeza era un caos en esos momentos.

Un intenso deseo de gritar se afianzó en su garganta. ¡Se iba a volver loco!

En el peor momento en el que se encontraba, cuando las lágrimas se congregaban detrás de sus ojos y estaba a punto de echarse a llorar, alguien se sentó a su lado.

Era un día entre semana después de un huracán que había azotado a media Irlanda, en la época menos visitada por los turistas, así que había coincidido con pocas personas por el parque mientras se dirigía a ese banco. Cuando se sentó no había nadie alrededor. Ya era mala suerte que alguien fuese a sentarse en él.

—No te dejes vencer —dijo una voz femenina.

Declan no se movió. Esperó a ver si, al ser ignorada, lo dejaba en paz.

—Piensa, medita todo lo que quieras ahora, pero cuando te levantes de aquí lucha por ese amor.

Se quedó estático. ¿La conocería? ¿Cómo sabía que se encontraba así por un amor? Giró la cabeza para mirarla a la vez que apartaba sus manos. Era una mujer algo entrada en carnes de unos cincuenta y tantos años refugiada en un curioso abrigo con enormes flores rojas sobre fondo azul. Tenía una mirada inteligente, una sonrisa serena y el cabello corto tintado de azul.

—¿Nos conocemos? —le preguntó Declan con educación, aunque su voz era ronca y su tono reflexivo.

—No, que yo sepa.

—Entonces, ¿cómo sabes que mi problema es amoroso?

—Te he observado desde que llegaste y todo en ti rezuma éxito. Un hombre como tú solo lloraría por amor, lo demás lo afrontaría de frente.

—Y, sin saber la historia, ¿me aconsejas que luche?

—Por supuesto. Si es amor de verdad, y a mí me lo ha parecido, siempre hay una solución.

—Puede que esa solución pase por el olvido.

—Pues sí, tienes razón, pero no sin luchar antes por otras opciones. Si todavía hay fuego en tu corazón, aún hay posibilidad de vivir tu sueño. No te rindas, porque todo en la vida se consigue persiguiendo las metas, luchando por ellas, trabajando nuestro propio futuro. Y el amor no deja de ser otro sueño más. Es más, te aconsejo que no te demores demasiado porque el tiempo es especialista en poner barreras. Si te lo piensas mucho, un día te despertarás y descubrirás que se te acabó el tiempo de hacer realidad lo que soñabas porque el muro ya será infranqueable. ¡Ah! Y un último consejo: la mayoría de las veces, hablar desata los nudos y destruye las incipientes barreras. Todo es proponérselo.

La mujer le retiró una lágrima que rodaba por su mejilla con uno de sus dedos índices enfundados en unos guantes de lana azul eléctrica, le dio un delicado beso en la mejilla y se fue como había llegado. Silenciosa.

Declan se dejó caer en el respaldo del asiento, exhaló despacio para calmar el nudo de emoción que tenía en el estómago y la miró alejarse, pensativo.

Capítulo 24

Tara casi no había dormido en toda la noche. Por lo menos, hasta que oyó llegar a Declan ni se lo planteó. Después fue aún peor porque le afectó el estado en que lo oyó llegar. Desde su habitación había escuchado sus pasos vacilantes y torpes, sus múltiples tropiezos, sobre todo en las escaleras. Parecía que no iba a llegar nunca a su cuarto por culpa de su torpeza al caminar. No le hizo falta pensar mucho para suponer que iba borracho.

El corazón se le oprimió al saber que era culpa suya. Ella había provocado que Declan se fuese de su lado y volviese en ese estado. Pero ni siquiera el saberlo ya a resguardo le permitió coger el sueño de forma inmediata. A su mente volvían una y otra vez las imágenes del abogado con el rostro descompuesto cuando la había escuchado y había asimilado sus explicaciones.

Al final, el agotamiento había conseguido que cayera en los brazos de Morfeo a altas horas de la madrugada con el último pensamiento afianzado en su mente: tenía que hablar con él con urgencia; por eso, cuando se levantó y vio la nota que le había dejado Declan en la cocina le pilló por sorpresa y un revoltijo de sensaciones se condensaron en su estómago. No lo había escuchado marcharse por lo que pensaba que todavía dormía.

Con el cuerpo laxo y ninguna gana de acudir al trabajo, se dirigió hacia el hotel donde ya se había restablecido la normalidad y todo el personal estaba en su puesto. Su madre la recibió con una sonrisa en los labios que se congeló en cuanto la vio, pero no dijo nada puesto que entendió, con tan solo una mirada de ella, que no era el momento de hablar. Todos le preguntaron por Declan y ella notó cómo respondía de forma esquiva.

La observó desempeñar su trabajo y, aunque Moira podría haberse ido ya a su casa, permaneció a su lado por el temor a que en cualquier momento desfalleciera. En cuanto la joven terminó de dar las órdenes pertinentes y todo fluía como siempre, la agarró de una mano y la llevó hasta la salita del personal donde la instó para que se sentara a su lado.

—Ahora dime qué te ocurre.

—Mamá, preferiría no tener que hacerlo.

—Y eso, ¿por qué? ¿No confías en mí?

—¡No es eso! En realidad es porque me avergüenzo de mí misma —reconoció la joven con tono apesadumbrado.

—¿Cómo dices? ¿Qué has hecho? ¿Tiene algo que ver con que no haya venido hoy Declan?

La miró con ojos afligidos, suspiró ampliamente y afirmó con la cabeza.

—He metido la pata hasta el corvejón, mamá.

—Cuéntame lo que ha pasado, cielo.

Tara se acurrucó en el sofá con las piernas dobladas sobre sí mismas y los brazos rodeándolas en búsqueda de su propio refugio. Sentía un tremendo vacío en el pecho, una enorme sensación de soledad.

Comenzó dubitativa mientras sorbía por la nariz, pero al final terminó explayándose y le contó con todo lujo de detalles lo que había ocurrido mientras sus lágrimas corrían por sus mejillas e hipaba descontrolada. Lógicamente, tuvo que poner en su conocimiento que habían mantenido relaciones íntimas, cosa que la abochornó. ¡Era su madre! Lo peor fue cuando le contó el trato que le había propuesto a Declan y su madre la miró horrorizada.

—¡Ay, Tara! ¿Cómo es posible que le hayas ofrecido algo así?

—No sé, mamá, creo que solo pensé en mí. Él me había comentado que no era su momento todavía de tener una familia y yo...

—Vale, vale, lo hecho, hecho está. Ahora tienes que solucionarlo. Tienes que hablar con él, rectificar y pedirle disculpas. Estoy segura de que él te perdonará.

—Se ha ido a Dublín.

—¡Vaya! ¿Y no piensa volver?

—No tengo ni idea. En la nota solo ponía que se iba.

—Regresará, estoy segura. Él sabe lo que significa el hotel para ti y no lo veo capaz de permitir que se pierda. Es más, también creo que es importante para él, aunque debido a su vida actual había olvidado su pasado, pero me da que el tiempo que lleva aquí le ha removido sus recuerdos. Estoy convencida de que le vendrá bien meditar durante unos días, tranquilizarse. Después volverá.

—Eso espero.

—Tú deberías hacer lo mismo. Lárgate de Dingle una temporada, unos días.

—Mamá, sabes que no puedo.

—Te equivocas, sé que puedes. El hotel está ahora bastante tranquilo y todos los trabajadores están en sus puestos. Yo puedo dirigirlo el tiempo que necesites.

—Pero es que no lo necesito, yo sé en qué me he equivocado, no necesito pensar. Más bien todo lo contrario, preciso distraerme.

—Tara, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Pero debes prometerme que no te vas a cabrear y que vas a ser sincera en tu respuesta.

—No estoy con ánimo para ponerme furiosa con alguien que no sea yo.

—Bien, me arriesgaré... ¿Estás enamorada de Declan?

Tara abrió los ojos como platos. No era esa la pregunta que esperaba, aunque viniendo de su madre cualquier cosa era posible.

—¡No! ¡No lo estoy!

—Bien, mira, si no quieres irte de viaje, ve a nuestra casa unos días, trabaja en el oceanográfico, visita a tus amigas de la carrera... No sé, haz algo distinto, yo sí que creo que debes pensar en todo lo que hemos hablado y dudo que el hotel, con todos los recuerdos tan cercanos, sea el lugar apropiado. Deslígate de esto y medita, como te he dicho, sobre todo lo hablado, cariño. En primer lugar, no deberías permitir que el desánimo haga mella en ti. En esta vida, si se quiere, todo tiene solución, solo hay que proponérselo, así que quiero que esto te sirva para coger fuerzas. Y, en segundo lugar, tienes que analizar tus sentimientos, tus sueños. Quizá te sorprendas a ti misma y descubras que han cambiado.

Tara había mantenido la mirada perdida mientras Moira le daba sus consejos.

—Está bien. Te haré caso porque tienes razón en una cosa: la cabeza la tengo a punto de estallar recordando una y otra vez la conversación con Declan. Pasaré unos días en el Parque Nacional Killarney. Siempre ha sido mi lugar preferido para reponer energía y hace tiempo que no voy. ¿Te puedes ocupar tú de Kiara? Me voy a llevar a Isis.

—Me parece una idea genial, cielo. Es un sitio maravilloso para encontrarte a ti misma — corroboró Moira al tiempo que le daba un beso—. No te preocupes por Kiara, yo me encargo de ella.

Después de las pasadas lluvias, la cascada atronadora de Torc Waterfall se había colmado de agua que saltaba plétorica por las rocas revestidas de verde musgo. La caminata suave hasta su desembocadura en el lago Muckross había sido realmente relajante para Tara mientras escuchaba la banda sonora del agua. Se sentó en su orilla dando la espalda al denso bosque de robles antiguos para observar el paisaje bucólico que se contemplaba desde allí.

Su mirada vagaba perdida contemplando la extensión de agua que formaba parte del parque nacional cuando divisó unos venados nadando que parecían dirigirse hacia una de las islas para pastar.

—¿Sabes, Isis? A veces me gustaría ser uno de esos ciervos rojizos que viven tranquilos y cuidados, sin nada en qué pensar y sin más que hacer que procurarse la comida, abundante aquí, por otra parte.

Tara estaba sentada sobre una manta que había colocado sobre la vegetación con las piernas cruzadas y sobre ellas estaba enroscada la perrita.

—Pero no, tesoro —habló con ella, acariciándole el lomo que llevaba enfundado en un gracioso jersey para perros de lana roja—, como humano lo que yo debo rumiar es mi frustración.

Decidió coger el toro por los cuernos y analizarse a sí misma.

Se había obcecado persiguiendo su sueño de ser mamá y no había pensado en nada más. Ella procuraba actuar así, con persistencia ante sus objetivos, pero hasta ese momento no se había

tropezado con los sentimientos de otros. De Declan.

¿Cómo no había pensado en él?

Se sintió la más ruin de las egoístas.

Cuando él se marchó de la casa dando un portazo sus palabras calaron en ella. «Dar un hijo mío como si fuese un clínex», recordó. Unas palabras muy duras y fuertes, pero descriptivas. Si a ella le hubiesen planteado algo así habría puesto el grito en el cielo, por eso entendió lo que Declan había sentido cuando la escuchó.

Obsesionada por sus deseos de ser madre, en principio no había pensado para nada en sus sentimientos. En su mente la opción era comparable a la de la inseminación artificial, pero de forma natural. ¡Menuda desfachatez!

Se arrebujió en la parka, se colocó la bufanda de lana tapándose media cara y se encasquetó más su gorro. El frío le calaba en los huesos, pese a que en esos momentos el sol la intentaba caldear a través de las nubes. Pero lo que ella estaba sintiendo era un frío interno que se había colado dentro de su cuerpo desde que había leído la nota de Declan. Se sentía destrozada, sin vida, perdida...

Cerró los ojos y dejó que su mente volara recordando los días vividos junto a él. El placer le inundaba cuando rememoraba esos momentos y no dejaba entrar otros pensamientos. El pulso se le aceleró y sintió como si tuviese algo atrapado en el pecho pugnando por salir.

Su sonrisa burlona la cautivaba como el néctar atraía a las abejas. La delicadeza de sus manos sobre su piel era puro deleite. Los días se convertían en segundos junto a él y trabajar era como un día de picnic en ese mismo lugar en el que estaba. Y entonces, ¿por qué no se había dejado llevar? Había tomado la decisión, sin ella misma saberlo, de pasar de puntillas, sin ahondar en ella misma, en sus sentimientos.

Declan le provocaba un arrebató de euforia mezclada con temor. Ahora lo veía. Quizá tenía razón su madre y llevaba tres años coaccionándose a sí misma, atrapada en el pánico de que le pasase otra vez lo mismo. Tenía que procesarlo. Averiguar lo que realmente quería.

Las lágrimas se acumulan en sus ojos. Eso era lo del pecho: una enorme congoja. Volvió a abrir los ojos para contemplar el espejo de agua que tenía frente a ella.

—Isis, creo que me siento perdida sin él. Tengo la sensación de que ahora sería incapaz de hacer nada sin Declan. ¿Tú lo ves normal? —le preguntó a la bichón agarrando su hocico y mirándola a los ojos—. Quizás se deba a la conmoción de reconocerme a mí misma sentimientos que tenía ocultos.

El silencio del entorno lo sintió opresivo, angustioso, como el vacío que se produce en los oídos al subir una montaña.

Por alguna razón, esa fue la gota que colmó el vaso y se echó a llorar. Se tapó el rostro con las manos, agachó la cabeza hasta notar el calor del cuerpo de Isis y dejó que los sollozos sacudieran su cuerpo sin control.

Se moría de ganas de hablar con él.

Para más concreción, deseaba con fervor acurrucarse en sus brazos, sentir sus delicadas caricias, oler su piel, besar sus arrebatadores labios y... más tarde hablar con él.

En ese momento, un rayo luminoso del sol se dejó filtrar con más potencia entre las nubes y cayó sobre ella. Elevó la mirada para observar el cielo, pero su fuerza se lo impidió, aunque sí que notó sus efectos en su interior. Su corazón bombeó con brío y la sangre corrió ardiente por sus venas. Soltó un jadeo que provocó la incorporación de Isis para lamer el rostro de su amiga.

—Sí, querida Isis —le habló a la perrita agarrando su cabeza y mirándola a los ojos con el rostro transformado—, ya sé lo que quiero. Hasta yo misma estoy sorprendida por lo fácil que ha sido. Lo que deseo es estar con Declan. Necesito tenerlo a mi lado con sus burlas que me hacen reír, con su eterna sonrisa y sus ojos pícaros, con su calma y sosiego que me dan la seguridad suficiente para arremeter contra cualquier miedo.

Capítulo 25

Cuando Declan llegó a Dagda se dirigió con sigilo hasta su despacho para no encontrarse con el personal, salvo con Astrid, claro. Ella era su secretaria y ocupaba un despacho previo al suyo, pero la joven rubia, en su línea de prudencia y delicadeza, al observar el estado en el que llegaba su jefe, le evitó las molestias de tener que mandarla a freír espárragos. No le apetecía dar explicaciones de nada. Ni de por qué no había estado allí, ni por qué ahora sí, ni si iba a volver a irse o no. Solo necesitaba hablar con sus dos amigos. Así que los llamó por teléfono para que acudieran a su despacho.

En esos momentos se encontraban Séan Gallagher y él esperando a Connor Murray, la tercera pata de Dagda y economista de la empresa. Como siempre, era el último en llegar, aunque ambos sabían que el motivo había cambiado. Antes la acumulación de trabajo hacía que le costase levantarse de la silla de su oficina, en cambio, ahora era su novia, Marta Romero, a la sazón su ayudante, con una tendencia casi obsesiva por pasar los descansos sobre el regazo de él. Más de una vez, acostumbrado a no llamar a su puerta, había presenciado la escena.

Ahora bien, Séan también tenía de lo que callar. Desde la Navidad anterior su vida solitaria la había llenado ni más ni menos que Astrid Caroline Inmaculata Wchinitz, princesa de Lochlann, a la sazón, la dulce secretaria de Declan. Y también procuraban tener sus aquí y allá. Sin que afectase a la empresa de videojuegos, por supuesto.

—Ya he hablado con Astrid y me ha puesto al día, por lo que ya sé que todo va con total normalidad por aquí.

—Sí, no ha habido ningún problema extraordinario; lo normal. Pero veo que no ha pasado lo mismo contigo, Declan. Tu habitual sonrisa ha desaparecido. ¿Qué te ocurre?

—En cuanto llegue Connor os lo cuento a los dos. Séan.

Su amigo afirmó con la cabeza.

Connor siempre había sido el sensato de los tres, lo que no quería decir que Séan y él fuesen insensatos. Lo que ocurría era que el economista era menos visceral, descarnado a la hora de hablar si era necesario, más frío y ecuánime... hasta que llegó Marta. En cambio, Séan era la bondad personificada por lo que era una persona incapaz de hacer daño con la palabra. Y él, en realidad, necesitaba que le hablasen con crudeza.

La puerta se abrió y entró su amigo con paso firme.

—Siento la tardanza; estaba hablando con nuestros clientes de España. Me alegro mucho de verte, Declan.

El abogado se levantó de su silla y acudió a su encuentro para darle un abrazo con las típicas palmadas en la espalda para saludarlo.

—Sin problemas, no era urgente. Solo quería hablar con vosotros de algo personal.

—Un tema personal, ¿eh?... —repitió Connor mientras ambos se sentaban en sus habituales sitios cuando se encontraban los tres juntos en ese despacho. Una mesa redonda con tres sillas alrededor era el lugar en el que los tres amigos solían tener sus reuniones. Apoyó sus brazos sobre la mesa y miró con atención a su amigo—. Te veo muy cansado, Declan. ¿Qué han hecho contigo en la península de Dingle? —concluyó con un toque irónico.

—Complicarme la vida.

Y sin más comenzó a contarles todo lo que había sucedido desde que se marchó al entierro de su tío. Les confesó su amor juvenil por Tara, el reencuentro con los sentimientos que creía cicatrizados y curados, pero que sus rescoldos revivieron con mayor fuerza y de forma madura. Algo que había descubierto, para sorpresa suya, con el placer de revelarse a sí mismo que era lo que necesitaba en su vida.

Les relató su día a día en Dingle, la complicidad entre Tara y él en el trabajo conjunto, durante los momentos hogareños, mientras el éxtasis los unía físicamente...

Cuando llegó al conflicto que tuvo con Tara a causa de su proposición, sus hombros se hundieron apesadumbrados. ¡Cómo dolía cada vez que pensaba en ello! Su mente seguía sin comprender cómo Tara había pensado que él podía ser tan insensible como para, sabiendo que un hijo suyo vivía en Dingle, olvidarse de su existencia y no asumir su responsabilidad como padre.

No lo entendía.

Connor y Séan se miraron. Ver a su amigo así no estaba siendo fácil para ninguno de los dos. Ni en los peores momentos que habían compartido los tres juntos Declan había dejado de ostentar su positividad y optimismo. Era algo innato en él.

—¿La quieres, Declan? ¿Estás enamorado de ella? —indagó Séan.

Declan lo miró. Sus ojos estaban brillantes, pero a la vez sin vida.

—¿Tú que crees? ¿Estaría como estoy si no fuese así? Te diré que cierro los ojos y solo veo a Tara.

—Y entonces, ¿a qué esperas para hablar con ella?

—El dolor y la certeza evidente de que ella no siente lo mismo por mí.

—¿Nos quieres decir que tus máximas filosóficas solo sirven para adornar tu despacho? —inquirió Connor al tiempo que señalaba un cuadro que colgaba sobre una de las paredes de la estancia.

—«No permitas que el sentimiento de desánimo se apodere de ti y lograrás el éxito» —releyó lo escrito allí—. ¿El éxito? ¡Ella solo quiere tener un hijo mío!

—¿Le propusiste otra opción? —preguntó el racional de Connor.

—De manera implícita.

—O sea, que no de forma directa.

—No.

Connor abrió sus brazos con un gesto que evidenciaba lo que quería decir: entonces, ¿cómo sabes lo que ella puede opinar?

—De todas formas, ahora mismo prefiero no hablar con ella, ni verla. Estoy muy dolido y no creo que fuese una conversación en la que pudiese mantenerme sereno.

—Es comprensible, Declan —opinó Séan—, es muy reciente, pero por propia experiencia te recomiendo no dejarlo para mucho tiempo. No le des demasiadas vueltas porque la mente es muy traicionera y tiene la mala costumbre de ofrecernos excusas de forma gratuita. Excusas que nos hacen dudar hasta de nuestra propia sombra.

—En eso tiene razón Séan. Razonar todo y diseccionarlo como si fuese una profunda autopsia está sobrevalorado.

—Me sorprende viniendo de ti, Connor.

—Influencias de Marta, no lo puedo negar. He dejado lo racional para los números. Te aseguro que soy mucho más feliz desde que me muevo por el corazón. Te aconsejo que lo pruebes.

—Habla claro.

—Pues que si luchas por tu amor nunca te arrepentirás. En cambio, si no lo haces te aseguro que vendrá el día en el que te preguntarás qué habría sido si... Ya me entiendes.

—Ese consejo hace aguas, Connor. Yo sé que ella no siente lo mismo por mí.

—¡Otra vez con lo mismo! Tantos años conociéndonos, y no me había dado cuenta de lo cabezota que eres. ¿No habíamos quedado en que tenías que hablar con ella?

—Sí, he de tener una conversación con Tara, pero para dejar clara mi opinión sobre su abominable propuesta. No dije nada del amor.

En ese momento sonó el móvil de Declan, cuando lo sacó del bolsillo del pantalón y miró la pantalla, su rostro se contrajo. Un sudor frío le recorrió la espalda y el corazón se le aceleró desbocado.

—¡Es ella!

Y colgó.

—¡Declan! —exclamó Séan.

—¿Por qué no lo has cogido? —inquirió Connor frunciendo el ceño.

—Ya os lo he dicho antes. No es el momento. ¡Necesito pensar! —exclamó mientras se restregaba el rostro con las manos.

Connor y Séan volvieron a compartir una mirada apreciativa.

A su vez Declan los miró a ambos y se sintió incomprendido. Era la primera vez que no escuchaba de sus amigos lo que esperaba oír. Por tanto, se levantó con brusquedad de la silla y de la misma forma se marchó del despacho dando un portazo.

Sus socios lo siguieron con la mirada, asombrados.

—No es él —murmuró Séan.

—No —respondió Connor, conciso.

Cuando se quiso dar cuenta, se encontraba en las inmediaciones del pueblo pesquero de Greystones. Decidió aparcar allí y pasear por su puerto. Había amanecido un día luminoso y soleado, por tanto, apetecía aprovecharlo. Además, sabía que era el lugar ideal para recolocar su mente. Necesitaba la soledad de los acantilados y el aroma del mar de Irlanda. Sumarse al aire de libertad.

En el momento que cruzó las vías del tren Declan recordó que desde allí arrancaba un camino hasta la localidad de Bray que seguía la línea de la costa serpenteando sobre sus acantilados, por lo que decidió pasear por ese maravilloso paraje.

Al cabo de unos cientos de metros observó a unos delfines nadando y saltando a poca distancia de la costa. Decidió sentarse en la ladera de la colina y observarlos para intentar despejar su mente del caos que sentía.

El paisaje era realmente hermoso. Jugaba con los contrastes del verde intenso de las lomas con los marrones rojizos de los profundos cortes verticales y el azul turquesa del mar.

El móvil volvió a sonar, pero esta vez tuvo miedo de ver quién era. Dudó durante unos instantes, pero al final la curiosidad pudo más. Y sacó el móvil.

¡Era ella!

Y colgó.

Se quedó un rato mirando la pantalla del teléfono, absorto. Después lo guardó, apoyó los codos en sus muslos y acomodó la barbilla sobre sus manos. La mirada se fue al horizonte mientras su corazón no dejaba de enviarle señales a través de su palpitar.

«Piensa, medita todo lo que quieras ahora, pero cuando te levantes de aquí lucha por ese amor.»

Las palabras de la mujer que se sentó junto a él en el banco del parque del castillo de Malahide las vio reflejadas en el mar en color rojo brillante y parpadeante.

Ese amor llevaba tanto tiempo implantado en su corazón, estaba tan arraigado en él que las palabras de Tara las había sentido como una puñalada directa a su corazón. Ahora debía recomponerse para poder hablar con ella. ¿Le declararía su amor como le habían aconsejado? No lo sabía, todo dependería de cómo la viese a ella, si estaba receptiva o no. Quizás la señora del parque y sus amigos tenían razón y debía dar un paso hacia delante. O dos.

En ese preciso momento, el tiempo quiso unirse a su sentimiento interior. Se levantó un fuerte viento que arrastró unas nubes plomizas y en pocos minutos la lluvia comenzó a caer. Era una de las idiosincrasias de Irlanda: el tiempo era imprevisible. Como afirmaban los irlandeses, en un solo día se podrían recorrer las cuatro estaciones. Declan se quedó ahí, ensimismado en sus propios pensamientos, mientras las gotas caían sobre él como si fuesen caricias.

Capítulo 26

Tres veces le había colgado el teléfono. No había forma de hablar con él para darle sus explicaciones y pedirle perdón.

Desde el parque nacional de Killarney decidió recorrer el circuito del Anillo de Kerry como cualquier otro de los numerosos turistas que visitaban Irlanda. Era una pintoresca ruta, perfecta para la evasión, que siempre la embrujaba con su magia mientras viajaba desde la escarpada costa hacia pueblos encantadores y vibrantes ciudades pasando por islas salvajes, playas de arena blanca, fortalezas, espectaculares puertos de montaña y una cabra de la realeza.

En esos momentos caminaba sin rumbo por la pequeña población de Kenmare sin tener interés por donde pasaba, concentrada en sus propios pensamientos. Ni prestaba atención a la paleta multicolor de azules, amarillos, rosas, violetas de sus casas de dos o tres plantas con pequeñas tiendas en sus bajos con llamativos carteles y una animada vida callejera. Solo se ocupaba de avanzar un pie detrás de otro y de acariciar de vez en cuando a Isis que la llevaba al hombro dentro de su transportín. El día era ventoso y frío y había preferido que la perrita estuviese resguardada dentro de él.

En un momento dado desvió su mirada hacia uno de los escaparates donde había un espejo de cuerpo entero y vio la imagen de un rostro derrotado reflejado en él. Su aspecto era lamentable, hasta su color de cabello estaba macilento. No se parecía en nada a sí misma. En sus hombros hundidos, sus brazos encogidos, el color lívido de su rostro se adivinaba su estado, pero lo peor eran sus ojos. Una inmensa tristeza había ocultado la habitual brillantez de sus iris verdes.

Se sintió tremendamente cansada, pero pese a ello, retomó su caminar. Su cuerpo estaba agotado, pero lo peor seguía siendo su mente que no dejaba de reprocharle a sí misma lo cruel que había sido con Declan.

Barajó la posibilidad de volver a la casa y encerrarse en su cuarto hasta que todo eso pasase, pero sabía que eso era una bobada. Las cosas no se arreglaban solas, tarde o temprano tendría que afrontar lo que había hecho. Pero sabía que la vivienda estaría llena de recuerdos. Ya no podría pisar la cocina sin imaginar a Declan cocinando en ella mientras bromeaba o bailaba. Cada rincón le recordaría sus apasionados encuentros. Hasta su cama olería a él. El vacío sería incommensurable.

Por otra parte, había intentado que fuese pronto, pero sus intentos de comunicación con Declan

no habían funcionado. Miró su teléfono por centésima vez por si le había dejado un mensaje, pero ni lo había, ni había ninguna llamada de él.

Poco a poco había tenido que reconocer que la finalidad de su vida había variado. Al principio le había dado miedo admitir que había abierto las puertas de sus sentimientos y había permitido que alguien entrara en ella y la llenara. Siempre había pensado que su decisión de seguir su vida sin pareja había sido la acertada, la más segura para no tener decepciones. Cuando se encontró con la obligación de tener que compartir la casa con Declan, lo *suyo* pasó a ser *nuestro* y la perspectiva de su visión varió, aunque ella no se había dado cuenta hasta entonces.

Lo malo era que la decepción había venido de su parte. Ella sola se había decepcionado a sí misma. Y cuando él se marchase definitivamente lo único que le quedaría de él serían los recuerdos.

Unos ruidos en el estómago le indicaron que debía comer algo. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había alimentado y sus tripas clamaban por algún sustento con el que abastecerse de energía. Se metió en el primer establecimiento que encontró; se trataba de una chocolatería.

Se pidió un chocolate bien caliente, además de unos dulces, pero cuando observó que el camarero la miraba con evidente lástima y curiosidad, cayó en la cuenta de que su rostro estaba húmedo. Se tocó las mejillas con las manos y notó las lágrimas en la yema de sus dedos. Vio cómo la gente de alrededor la miraba con pena a través del espejo que había en la pared frente a la barra, así que salió de allí como si el mismísimo demonio persiguiese su alma.

O se espabilaba y hacía algo para obtener su perdón o su vida sería un infierno.

Volvió a caminar por las calles coloristas de Kenmare, pero esta vez se dio cuenta de que ya no lo hacía sin rumbo, sino que se dirigía a un lugar en concreto. Mientras tanto, cogió el móvil y mandó un mensaje.

Eran casi las ocho de la mañana cuando abrió la puerta con la llave y entró, la recibió una bocanada del olor de Declan que le penetró por sus fosas nasales. El estómago se le encogió al pensar en el vacío que le esperaba en la casa sin él. Confiaba que atendiese su mensaje y volviese antes de que toda su fuerza desapareciera ante la duda.

Ella no era mujer que se regodease en sus males. Había necesitado un periodo para asimilarlo todo, pero ya estaba bien. Ya había llegado el momento de plantarle cara al asunto y saber el final de la historia.

Esperaba que Declan la perdonase y que juntos pudiesen analizarse y comprender que no era solo un calentón, que había algo más fuerte que compartían. Había que afrontarlo con positividad.

Le habían venido muy bien esos días de viaje, su mente se había despejado y había conseguido averiguar cuáles eran sus prioridades.

El ronroneo de Kiara mientras se restregaba en sus piernas la hizo volver de sus pensamientos. ¡Pobrecilla! Le reclamaba su atención, así que primero dejó salir a Isis del transportín y luego se sentó en el suelo para darle sus mimos y caricias a la gatita. Había dejado su mochila junto a la puerta y ahí la dejó olvidada. Cuando Kiara consideró que ya tenía suficiente, se marchó con su rabo dando coletazos y sus andares de reina.

Ella se levantó y se dirigió a la cocina. No sabía si serviría para algo lo que tenía pensado hacer, pero pensaba ponérselo muy difícil a Declan. Estaba nerviosa como si fuese una debutante en su primer baile, pero eso le daba más fuerzas.

Había pedido ayuda a su madre y a los antiguos trabajadores del hotel, aquellos que conocieron a Declan cuando iba allí a pasar sus vacaciones. Esperaba que le gustase la sorpresa. Miró en la nevera y la despensa para comprobar que su madre le había llevado todo el día anterior, sacó las recetas de su bolsillo trasero del pantalón, se colocó el delantal que él había utilizado todas las veces que le había cocinado y comenzó a sacar ingredientes.

De pronto Isis comenzó a ladrar y a mover la cola.

Unos pasos resonaron en la escalera.

Tara se quedó con el cuchillo en suspenso. No quería hacerse ilusiones, pero creyó reconocer esos pasos. Eran firmes, confiados y rotundos. Volteó la cabeza hacia la puerta de la cocina. Desde donde estaba podía ver el largo pasillo que desembocaba en ella. Las sombras le dejaron ver una figura que reconoció enseguida. Miles de mariposillas le revolotearon en el estómago ante la expectativa.

Capítulo 27

—**H**ola —susurró Tara en cuanto vislumbró el demacrado rostro de Declan en el umbral de la puerta.

—Hola —respondió Declan de la misma forma.

Las manos le temblaban a la joven, así que dejó el cuchillo sobre la encimera de la cocina y se giró hacia él.

—No sabía que estabas en la casa.

—He llegado esta madrugada.

—¿No pasas?

El abogado observó con detenimiento toda la cocina, aunque concentró un rato más su mirada sobre la mesa. Toda la vivienda le traía recuerdos a su mente, pero esa estancia en concreto estaba repleta de risas, conversaciones, caricias, horas compartidas.

—Preferiría que nos sentáramos en cualquier otro sitio.

La electricidad entre los dos, pese a ser patente y entendible por alguien que lo viese desde fuera, a ellos los tenía desconcertados porque ambos disimulaban y ninguno sabía lo que estaba sintiendo el otro.

En cambio, las evidencias físicas eran notorias para ambos. Las ojeras eran profundas, de un color oliváceo en Declan y su cuidada barba de tres días había crecido descontrolada, mientras que en la piel casi translúcida de Tara el violeta era el color predominante del cerco bajo sus ojos. Los gestos pausados y comedidos lo decían todo. La euforia, la alegría y la camaradería habían desaparecido entre ellos.

—¿Quieres que vayamos al despacho del tío? —propuso Tara.

Era un buen lugar para hablar; allí no habían compartido ni un solo segundo.

Declan afirmó con la cabeza y se dirigió hacia esa estancia seguido por ella. Abrió la puerta y la dejó pasar... Por un breve segundo sus manos se rozaron y sus pieles recibieron una descarga como si un rayo los hubiese unido por ambos extremos. Las miradas se engancharon a pesar de que se habían estado esquivando desde que se encontraron.

Tara agitó su cabeza en un empeño por despejarla y continuó hacia el interior. En el despacho había una vetusta mesa de escritorio que ellos sabían que había pertenecido al padre de Moira y Keiran, o sea, al abuelo de Declan. A cada lado de ella había una silla que ocuparon ellos.

El abogado apoyó los brazos en la mesa, con el cuerpo hacia delante, con un gesto de evidente expectación y miró a Tara, que había cruzado las piernas y se acariciaba el muslo inconscientemente. Ella sabía que debía ser la primera en hablar, pero se sentía tan avergonzada que un nudo en la garganta se lo impedía. Cogió una gran bocanada de aire y lo expulsó con fuerza.

—Perdóname, por favor —comenzó con tono de arrepentimiento—. Sé que me comporté de una forma abominable, pensando solo en mí. Me di cuenta en cuanto me lo dijiste. Me sentí como la más ruin de las egoístas. Ahora no entiendo cómo se me ocurrió pedirte algo así. De verdad, no sabes lo arrepentida que estoy.

—Me hiciste mucho daño y vi una parte de ti que no me gustó nada, pero la verdad es que a estas alturas ya no estoy seguro de con quién estoy enfadado. Parece que llevo tal infinidad de tiempo analizando lo que pasó y todo lo que ronda en mi cabeza, que esto se ha convertido en una maraña de pensamientos que culminan con tus palabras. Y vuelve a doler otra vez, cada vez con mayor intensidad.

—Tienes toda la razón, a mí tampoco me ha gustado descubrir esa faceta mía y me imagino lo dolido que estarás. —La ternura de su tono hizo que Declan comenzara a derretirse—. Era desconocida para mí también, en serio. Llevaba años pensando de mí misma que era una buena persona porque me preocupaba por la ecología y los animales... Y le fallo al humano. ¿Se puede ser más incongruente?

—Tú no puedes ni suponer lo que significaron tus palabras para mí, con ellas comprendí lo poco que significaba para ti y lo que me creías capaz de hacer.

—¡Eso no es cierto, Declan! —protestó Tara con un gesto suplicante en su rostro—. Mi pensamiento se me obturó, me obsesioné con la idea sin pensar en sus consecuencias, pero en realidad, no tuvo nada que ver contigo, y menos sacando esas conclusiones precipitadas.

—Tú sabías mis sentimientos hacia ti y no tuviste piedad.

Tara lo miró con un gesto interrogativo en sus ojos.

—¿Cómo que yo sabía tus sentimientos hacia mí? Me dijiste que para ti fui un amor de adolescente y durante este reencuentro yo solo he visto amistad en ti.

—No. Te dije que solo te había amado a ti, que no había encontrado a nadie que te superara.

El corazón le palpó con fuerza a Tara. ¿Qué significaban sus palabras? ¿Había estado tan ciega?

—Pero... yo pensé que lo decías de broma.

—Ya... bueno... quizá lo disimulé con algo de burla porque ni yo mismo me había dado cuenta de que así había sido hasta que te volví a ver.

—A ver, Declan, que me aclare. ¿Qué me estás queriendo decir? ¡Sé claro, por favor!

—¿No he sido lo suficientemente nítido para ti? —preguntó retóricamente, desconcertado.

Declan meditó unos instantes retorciendo sus manos sobre la superficie de la mesa. El cuerpo le temblaba por dentro y estaba a punto de que saliese a la superficie. Era el momento de ser franco,

como le estaba pidiendo ella. Estaba moviéndose entre dos aguas, ambiguo.

Recordó de nuevo las palabras de la señora del parque y de sus socios. Se levantó nervioso, agarró la silla y la pasó al otro lado de la mesa, junto a ella.

—Durante estos días el único consejo que he obtenido de la gente importante para mí —pensó durante un segundo, con la imagen de la señora de rostro afable de nuevo en su mente—, y de la que no, ha sido que luchase por mi amor. Así que, pese a todo, he decidido darme una oportunidad. De este momento, de este lugar y tus palabras, dependerá mi futuro. —Se revolvió el cabello con las manos—. Tara, yo nunca he dejado de amarte.

Y calló. Pensó que no había nada más que añadir. Con esas palabras estaba todo dicho. Podría haberlas adornado, rodearlas de palabras floridas y rimbombantes, pero las que había pronunciado eran la pura realidad. Ni más, ni menos.

Tara desorbitó sus ojos, asombrada.

—¿No piensas decir nada? —le instó Declan después de unos segundos de espera. No sabía qué pensar.

—¡Sí, sí, claro! Creía que no habías terminado y esperaba a que continuases.

—Pues no, creo he hablado con la franqueza y transparencia suficiente, como me acabas de pedir. ¿De verdad no entiendes lo que digo o no quieres entenderlo para no querer darme una negativa contundente que me duela?

Los labios de Tara comenzaron a extenderse por las comisuras y apareció en su rostro una bellísima sonrisa que hablaba de felicidad. Sus ojos cogieron brillantez e iluminaron el resto de su faz. Tomó impulso y comenzó a hablar atropelladamente:

—Tienes razón, has sido claro, pero también conciso, así que, como siguiente intento de desagravio, seré yo la que me extienda con mi declaración amorosa. —Y para asombro de Declan, que se había quedado paralizado al oír las dos últimas palabras de Tara, descruzó sus piernas y se dejó escurrir por la silla para arrodillarse en el suelo mientras cubría con sus manos las de él, llenándolas de calidez. Alzó su rostro para mirarlo fijamente a los ojos—. Declan —comenzó con voz contenida y emocionada—, yo no puedo decir que llevo toda la vida enamorada de ti, pero sí que puedo asegurarte que has sabido conquistarme día a día, conociéndote. —Sus labios se estiraron en una sonrisa tímida y agregó—: Si quieres que lo diga más claro: Yo te amo. No lo he entendido hasta que te perdí. Estos días han sido horriblos para mí, porque he tenido que asumir que he sido egoísta, pero también he tenido que reconocer que había perdido la cabeza por ti.

El corazón de Declan palpitó desaforado como si pretendiese salir de su pecho henchido.

—Ah, muy bonito, o sea que han sido horriblos porque has descubierto que me quieres —se burló Declan, una vez que su nerviosismo se había convertido en euforia por las palabras que acababa de decirle Tara reconociendo que le correspondía. No podía remediarlo; disfrutaba usando la broma cuando estaba feliz.

—¡Joder, Declan! —exclamó Tara entre risas. Al escuchar la mofa en las palabras de él, sus

miedos y su congoja desaparecieron de inmediato para ser sustituidos por la esperanza y un calorillo interior recorriendo todo su cuerpo. Estaba reviviendo—. ¿Tú sabes lo que me ha costado explorar dentro de mí misma para saber lo que realmente quería? Mi madre me soltó un sermón en el que me dijo que tenía una coraza desde que me divorcié para no enamorarme de nuevo. Fue la llave que me abrió un pequeño hueco por el que meter primero un dedo para ir hurgando hasta conseguir resquebrajarlo por completo. Y cuando cayó, ahí estabas tú, ocupando un buen trozo de mi corazón.

Era una situación extraña. No. Extraña era poco. Hablaban de sentimientos casi como si no fuese la cosa entre ellos, como si no hubiesen tenido contacto entre ellos, si jamás se hubiesen tocado y el tono de la conversación se había ido relajando hasta rozar el humor. ¿Qué les estaba pasando? Daba la impresión de que se acababan de conocer, que era una primera cita, de esas que organizaba Moira, y que no habían compartido montones de caricias íntimas y algún que otro orgasmo. Posiblemente ninguno de los dos estaba acostumbrado a expresar los sentimientos y debían aprender a gestionarlo.

—Bien, entonces, ¿qué se supone que debemos hacer ahora? —indagó Declan, con un tono de turbación.

—¡Y yo qué sé!

Declan aproximó su rostro al de ella que seguía arrodillada en el suelo.

—¿Nos besamos? —preguntó en un susurro con su sonrisa más burlona.

Las risas de Tara contagiaron a Declan que la acompañó casi de inmediato.

—¿Qué te parece si no forzamos nada? Antes me gustaría seguir disculpándome contigo de forma más tangible. ¿Me acompañas? —preguntó Tara con una tímida sonrisa a la vez que se ponía de pie y alargaba la mano para que se la tomase él, cosa que hizo—. Pensé en comprarte un reloj, pero lo vi muy impersonal. Luego en un ramo de flores, pero no me pareció buena idea. Pero después ideé prepararte algo que te gustara, lo malo es que no me ha dado tiempo a cocinarlo —concluyó mientras lo guiaba hasta la cocina.

—¿Cocinarlo? ¿Tú? —inquirió sorprendido Declan.

—Pues sí, he indagado cuáles eran tus comidas preferidas cuando pasabas las vacaciones aquí e iba a preparártelas —le dijo mientras sacaba las hojas donde había escrito las recetas.

—¡Ostras! ¿En serio? ¡Qué lástima haber llegado antes!

—No te creas, me he llevado una decepción al saber cuál era tu comida preferida.

¡¿El desayuno?!

Declan soltó una alegre carcajada.

—Soy un animal de costumbres porque sigue siendo el mismo, pero sí, es el desayuno y voy a gozarla viéndote preparar todo ese montón de carne.

—Lo vas a ver, sí. Y como postre, los famosos bollitos dulces de mi madre —reconocía Tara mientras seguía con lo que estaba haciendo antes de que llegase él—, pero ahora viene cuando me perdonas.

—¿Sin sexo en el guardarropa?

—Hoy no quiero saber nada del hotel.

Declan se acercó por detrás a Tara y rodeó con sus brazos la cintura de la joven.

—Creo que ni tú ni yo estamos familiarizados con los sentimientos dentro de una relación, iremos paso a paso, si te parece bien. Lo descubriremos juntos —murmuró en su oído, luego le dio la vuelta—. Tara, si no te importa... tengo hambre, pero no de cerdo...

—¿Acelgas, quizá? —se burló la joven con una sonrisa pícaro a la vez que enrollaba los brazos en el cuello de Declan.

Epílogo 1

*P*incipios de enero 2020

—¿Para qué creéis que quiere Declan que vayamos a Dingle? —preguntó Marta.

Las dos parejas se encontraban sentadas en la salita de descanso de Dagda tomándose un café. Acababan de recibir la llamada de Declan invitándolos a pasar un fin de semana en O’Sullivan Lodge y les faltó tiempo para reunirse a comentarlo.

—Yo creo que va a anunciar su boda —respondió la romántica de Astrid.

—¿Os podéis creer que sea Declan el primero que se case? —protestó Connor—. Yo llevo una eternidad esperando que Marta se decida por fin a poner una fecha y nada.

—No te quejes, Connor —le advirtió Marta—. El día que me decida te martirizaré de tal manera para que sea una boda única y a mi manera que te arrepentirás de haber sido tan persistente.

—Seguro que a ostentación os ganaremos nosotros —opinó Astrid entre risas—. Prefiero ahorrarme el tiempo inútil que emplearía en intentar convencer a mi familia de hacer una boda algo más sencilla de lo que se merece una princesa europea.

—Con respecto a nuestra boda, yo pienso delegar mi voz y voto a Astrid —reconoció Seán—, prefiero darme ya por vencido. Ya conoceréis a la familia soberana, sobre todo a Amelie Tatjana Sophie, princesa viuda de Lochlann y condesa von Amsber. La abuela de mi querida prometida es todo un personaje.

—¿Os habéis fijado que el día que nos ha invitado a su hotel es el día que se cumplen los seis meses que fijaba el testamento como obligatorios para que se llevara a efecto la herencia? —les preguntó Marta de forma general.

—¡Madre mía! ¡Pues no me había dado cuenta! —exclamó Seán—. Eso significa que nos va a comunicar su decisión. ¿Qué creéis que harán? ¿Declan se mudará definitivamente a Dingle o Tara se trasladará aquí?

—Sinceramente, Seán —opinó Astrid—, yo veo muy feliz a Declan allí, no creo que regrese. Las veces que han venido los dos a Dublín se les veía muy enamorados.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos —dijo Connor, reacio a perder a su socio y amigo—. Sabéis que Declan es imprevisible.

—Lo siento, cariño —se lamentó Marta con ternura hacia su novio. Ella lo conocía y sabía que

era muy protector con sus seres queridos—, pero estoy con Astrid. Creo que vas a tener que dejar volar a tu polluelo.

—Pero para darnos esa noticia no es necesario que cierre el hotel, ¿no os parece? —opinó Seán—. Yo estoy con Astrid, debe ser que nos van a anunciar su boda. Pero vamos, que sea lo que sea, seguro que es algo bueno para él.

En el hotel la algarabía se difundía por todas partes. Aparte de los amigos y socios de Declan con sus respectivas prometidas, también estaban sus padres, la madre de Tara, los amigos más íntimos y compañeros de trabajo de esta y todos los empleados del O'Sullivan Lodge. A lo largo del sábado habían ido acudiendo todos para asistir al momento clave, la cena de ese día.

A la vez que se saludaban, intrigados por saber si alguno conocía el motivo de esa reunión, se preguntaban los unos a los otros, pero el secreto era absoluto. Todos se fueron acomodando en las distintas habitaciones del hotel advertidos por Tara y Declan que ese fin de semana no había trabajadores en él. Todos eran de total confianza y tenían libre acceso a cualquier estancia. En la cocina había provisión de alimentos preparados en las cámaras frigoríficas que podían calentarse si tenían apetito y, además, la despensa tenía suministro suficiente para que pudiesen cocinarse lo que quisieran.

Lo que sí pudieron comprobar todos era que los dos anfitriones estaban radiantes. Un brillo de euforia destacaba como focos en sus ojos y sus sonrisas revelaban una gran felicidad que los contagiaba.

Declan y Tara habían decidido, junto a Mitchell, un menú que les permitiese prepararlo todo con antelación para que todos pudiesen estar en la mesa juntos. Habían colocado varias mesas juntas en el comedor y en cuanto consiguieron que todos estuviesen sentados, él se levantó, cogió de la mano a Tara para que hiciera lo mismo y dirigió la mirada a sus invitados mientras pasaba su brazo por los hombros de la joven con infinito amor.

—Queridos familiares y amigos, os hemos reunido hoy aquí porque queremos haceros partícipes de nuestros planes para el futuro. Como muchos de vosotros sabéis, a partir de mañana tanto el hotel como la vivienda de nuestro tío ya nos pertenecen de pleno derecho y podemos hacer con ambos lo que nos plazca.

Declan miró a Tara con una tierna sonrisa en sus labios a la cual le correspondió ella con otra con la que parecía que intentaba rivalizar en ternura.

—Tara y yo hemos decidido —continuó el abogado— que la vivienda la vamos a convertir en nuestro hogar. Ella seguirá trabajando en el oceanográfico y yo en Dagda. Durante estos meses he podido comprobar que puedo encargarme de mi trabajo desde aquí con las visitas eventuales que sean necesarias a Dublín.

La mayoría de los presentes eran conocedores de la relación que había entre ellos dos y que ya

no ocultaban, por lo que la noticia tampoco les causó mucha sorpresa. Connor y Marta miraron a Astrid y Seán con un gesto que evidenciaba que ellos habían ganado. La noticia era que se quedaba en Dingle.

—Por supuesto, ayudaremos en el hotel todo lo que podamos —intervino Tara—, pero mi madre se hará cargo de la dirección.

Un murmullo de asombro se propagó entre los familiares y amigos que se extendió en felicitaciones a Moira.

—También queríamos aprovechar la ocasión —continuó Tara en cuanto se acallaron las voces — para invitaros a nuestra boda que será durante el próximo mes de marzo.

El cuchicheo esta vez se materializó en un alboroto regocijado y unas miradas de Astrid y Seán devolviendo el gesto a Connor y Marta. ¡Se casaban!

—Antes de que se le note demasiado el embarazo a Tara —concluyó Declan alzando la voz para hacerse oír a la vez que acariciaba con ternura el estómago de la joven.

Durante unos segundos se hizo el silencio en el comedor mientras los presentes asimilaban la última noticia, pero un grito de Moira dio paso a exclamaciones de alegría y todo el mundo se levantó de sus asientos para felicitar a la pareja.

—¡Joder, Declan! ¡Tú sí que eres rápido en tomar decisiones! —exclamó Connor mientras abrazaba a su amigo.

—Cuando las cosas se tienen claras, ¿para qué demorarlas? —le respondió el abogado.

—Ya. Pues, por favor, házselo comprender a Marta.

Declan se rio. Sabía que su amigo llevaba más de un año pidiéndole a su prometida que pusiera fecha para el enlace sin ningún resultado.

—Deja algo para mí, acaparador —protestó Seán con su característica sonrisa tierna.

—¡Todo tuyo! —exclamó Connor mientras se desprendía del abrazo de su amigo acompañado por una mueca burlona.

Seán sustituyó a su amigo y rodeó a Declan con sus brazos.

—Me alegro mucho de que seas tan feliz. Tara es una mujer maravillosa y estoy convencido de que seréis unos padres estupendos. Me alegrará tener un nuevo sobrino o sobrina.

—A ver cuándo os animáis vosotros. Yo también quiero sobrinos y solo los puedo tener por vuestra parte y de Connor y Marta, así que poneos a ello ¡ya!

—¡Uy! Qué más quisiera yo, pero en el mundo de Astrid sería impensable tener un hijo sin habernos casado primero.

—¡Ay, amigo! En qué embolado te has metido con esa familia tan especial —se burló Declan.

—La suerte es que la tengo a miles de kilómetros, pero no te creas, ¿eh? Son gente estupenda pese a sus costumbres arraigadas en el pasado.

Las felicitaciones se alargaron durante muchos minutos hasta que poco a poco se fueron sentando y comenzaron una cena cargada de risas y conversaciones eufóricas. El sol ya anunciaba un nuevo día cuando se retiraron los últimos.

Epílogo 2

—Connor —dijo Marta con voz zalamera y cariñosa mientras se pegaba a su pecho y le rodeaba el cuello con sus brazos en cuanto cerraron la puerta de su dormitorio—, quiero tener un hijo. Me han dado mucha envidia Declan y Tara. Podemos empezar esta noche a buscar uno, ¿verdad?

El abogado abrió los ojos como platos, sorprendido, y su boca se dilató en una sonrisa luminosa, pero casi de inmediato se convirtió en pícara.

—Te va a costar algo, que lo sepas.

—¿Costarme? ¿Vas a cobrarme por acostarme contigo? ¿Te has convertido en un *gigolo*? —le preguntó Marta con voz melosa.

—No, solo vas a tener que poner fecha a nuestra boda.

—¡Eso es chantaje!

—Va ser que sí, no te lo voy a ocultar. O nos casamos, o no habrá niño.

—¡Oh! ¡Está bien! —protestó Marta mientras desligaba sus manos del cuello de Connor, cogía su móvil y buscaba algo en él ante la estupefacta mirada de su prometido—. ¡Lee esto! —le instó señalando la pantalla.

El economista agarró el teléfono y lo que vio fue la agenda de Marta en el mes de julio. Solo había una anotación el día doce: ¡¡¡Nuestra boda!!! Y un montón de corazones rojos.

—Pe-pero... —la miró incrédulo— ¿Se trata de nuestra boda? ¿La nuestra?

—¡¿Tú qué crees?! —exclamó Marta entre risas.

—Pe-pero... ¿cuándo pensabas decírmelo?

—Bueno... pensaba darte una sorpresa organizando algo especial.

Connor dejó el móvil de su prometida encima de la cómoda y colocó sus manos en la cintura de Marta para atraerla hacia él.

—La sorpresa me la has dado —le susurró sobre sus labios—, así que yo debo cumplir con nuestro acuerdo.

—Es cierto, ahora te toca a ti. Tendrás que dedicarte en cuerpo y alma a complacerme.

—¿Acaso no lo hago todos los días, cariño?

—Me refiero a mi petición de tener un hijo —le respondió con recochineo—, querido. Tendrás que redoblar tus esfuerzos para satisfacerla.

—Esa parte es la que más me gusta. Redoblar esfuerzos, ¿eh? Me rogarás para que me detenga.
Connor terminó de acercar sus labios a los de ella para darle un apasionado beso, preludio de una noche repleta de amor.

Epílogo 3

—**Q**ué cara de felicidad tiene Declan —reconoció Seán en cuanto cerró la puerta de su cuarto—. Me ha sorprendido que en tan pocos meses se haya comprometido tanto con Tara, pero me alegro mucho.

—Sí, los rostros de los dos expresaban todo lo que sienten por su futuro en común.

—Y... ¿no te da envidia? —dijo Seán mientras acariciaba la mejilla de Astrid con ternura.

—Supongo que te refieres a la boda y al embarazo —respondió a la vez que le rodeaba la cintura y se pegaba a él.

—Por supuesto. ¿No te gustaría estar en la misma situación? Hace más de un año que me puse de rodillas ante ti, delante de toda tu familia, y te pedí que te casaras conmigo. —Posó las manos sobre ambos lados de su cara—. Astrid, yo te amo y —sus labios se estiraron en una sonrisa sesgada—, que yo sepa, tú a mí también. Y... bueno, a mí me gustaría formar una familia contigo.

—Yo también lo quiero, cariño. No hay nada que desee más. Y sí, tienes razón; Declan y Tara me han dado mucha envidia. Te prometo que, en cuanto volvamos a Dublín, hablaré con mi madre para comenzar a organizar nuestra boda.

El beso en el que se fundieron resumaba amor.

Epílogo final

Tara y Declan caminaban cogidos de la mano. Acababan de salir del hotel para dirigirse a su hogar.

—Oye, llevo toda la noche pensando en algo —susurró ella con coquetería.

—¿En el guardarropa? —se burló Declan.

—¡No! —exclamó Tara entre risas.

Él chasqueó la lengua expresando pesar.

—¡Lástima!

—Pero no vas desencaminado, aunque yo prefiero la ducha.

—Dalo por hecho. Tus deseos son órdenes para mí.

De repente Declan se paró y se giró hacia donde estaba situada la playa. En esos momentos el sol despuntaba en el horizonte del mar con sus colores amarillos, anaranjados y rojos. Las nubes parecían un reflejo del mismísimo infierno.

—Es una pena que no nos detengamos todos los días a ver amanecer —dijo Declan mientras rodeaba con los brazos a Tara y la pegaba a él. Ella hizo lo mismo con su cintura—. Solo tú le ganas en belleza.

Tara no pudo resistirse a que una enorme sonrisa complacida ocupase un lugar prominente en su rostro. Depositó un beso en el pecho de Declan y elevó la mirada hacia él.

—¿Sabes? A veces creo que durante todo el tiempo pasado antes de nuestro reencuentro no hemos hecho otra cosa que buscarnos a ciegas, que estábamos predestinados.

—En este caso, la predestinación tenía un nombre: tío Keiran, aunque eso no explica por qué el corazón me va a mil cuando toco tu mano, o por qué me da vueltas la cabeza cuando me miras.

El cuerpo de Tara se estremeció ante las palabras de su prometido.

—Eso mismo me pregunto yo, cariño.

—Yo no me lo pregunto, cielo. Lo sé.

La mirada de Tara se entrecerró, como si buscase la respuesta.

—Porque te amo, mi amor. Simple y llanamente, por eso. —Acercó sus labios a los de ella y continuó en un susurro—: Porque me vas a dar el regalo máspreciado para un hombre: un hijo. Porque eres guapa, inteligente y divertida, pero además porque tu alma está llena de tu esencia, de todas esas pequeñas cosas que no se ven, pero que vas esparciendo por donde pasas. Y quien las

percibe, como es mi caso, necesita de ellas para vivir. Te amo porque cada vez que te miro a los ojos puedo ver lo bonita que es la vida.

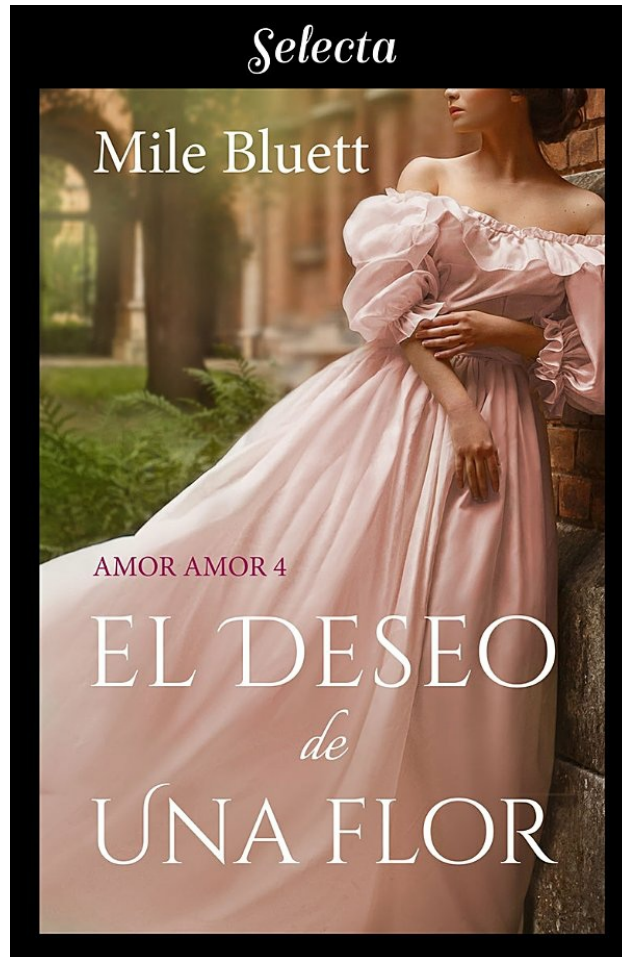
Los vivos colores del amanecer fueron los únicos testigos de cómo Declan salvaba los últimos milímetros que le quedaban para encontrarse con los labios de Tara y sellaban su amor con un beso apasionado.

FIN

Nota de autora

La serie de Minstrel Valley de Netflix a la que se hace referencia en la novela no existe en realidad. Es una licencia que me he permitido hacer sobre esta serie de novelas románticas históricas en la que colaboro junto con otras compañeras de Selecta porque estoy muy orgullosa del trabajo realizado por todos y... bueno, soñar es gratis.

Si te ha gustado
Algo más que una burlona sonrisa irlandesa
te recomendamos comenzar a leer
El deseo de una flor
de *Mile Bluett*



Prefacio

Amor:

Tal vez no nos conocimos como lo hacen los enamorados, no compartimos sonrisas ni discretas miradas para luego sumergirnos en un abismo de miel producto de la alegría de nuestros corazones. No. Nuestro comienzo no fue paulatino ni tranquilo; ni siquiera hubo cortejo. No sé de qué forma, pero encontramos el camino de encadenarnos para siempre. Fuiste la ola y yo, la roca. Tú, llena de ímpetu y yo, irrompible; pero te estrellaste tantas veces contra mi coraza que lograste resquebrajarla. No concibo mi vida lejos de ti. Toma mi alma; yo velaré por la tuya mientras me quede aliento.

Amor

Capítulo 1

Londres, Inglaterra

Julio de 1863

¿Existe un camino para llegar al corazón? El verdadero amor nunca deja de ser. No pasa, se transforma, pero no se extingue; solo crece y se magnifica hasta desbordarse del pecho y deslumbrarnos con su inmensidad.

Jørgen Johansen se reflejó con una expresión impertérrita en los ojos negros de su gran amigo, el duque de San Sebastián, e intercambiaron un gesto cómplice. De no haberlo atosigado con la cantaleta y de no haber tenido negocios con el duque de Whitestone, quien se casaba en ese momento, no habría estado allí, en Primrose Hall, de invitado en su boda.

La boca del nórdico estaba apretada en una mueca torcida; tenía una ceja ligeramente levantada, y su mirada sonreía con ironía y orgullo. No se inquietaba por estar entre tanto aristócrata, por sus negocios solía codearse con ellos. Fue así como llegó al duque de San Sebastián. Tomó un sorbo de licor y pasó la vista por los invitados. Era uno de los pocos que no estaban emparentados con la nobleza, pero la falta de linaje no le hacía trastabillar la seguridad. Era lo suficientemente alto y ancho de hombros como para lucir regio y causar la admiración de hombres y mujeres por igual. Vestía impecable, había contratado al más estirado de los ayudas de cámara que habían optado por el puesto.

Estaba acostumbrado a no ser invisible, pero no pasar desapercibido tenía sus consecuencias. Las damas caían derretidas ante su presencia y se imaginaban que era un conde al que no habían tenido la oportunidad de conocer. Cuando averiguaban que no había título de por medio, ya no querían retractarse y, de todos modos, intentaban lograr un acercamiento, lo que terminaba por convertirse en una aventura que los dejaba satisfechos a ambos con la más absoluta discreción.

Era serio, hermético y frío, pero eso jamás había dejado descontenta a una dama. Los

caballeros le tenían cierto recelo. Había un halo de misterio sobre qué devastaba a una mujer cuando él se cansaba de disfrutar de sus favores. Él era indolente con el tema y trataba de ignorar la curiosidad que despertaba.

Era la primera vez que pisaba la propiedad, aunque llevaba tiempo conociendo al dueño. Se dedicó a admirar el buen gusto del espacio; los mármoles blancos brillaban de tan lustrosos y combinaban con la alfombra azul con hilos dorados. Todo el mobiliario era exquisito, a pesar de que se rumoraba que su propietario había redecorado el interior dotándolo de más sobriedad que de antaño. Para él, ese sitio era en extremo lujoso y no imaginaba cómo pudo haberlo sido todavía más en el pasado. Tan solo la escalinata que conducía a los pisos nobles se le antojaba como una obra de arte por los finos detalles en oro que la adornaban. Era una de las edificaciones que no pertenecían a la familia real y se reconocía como un palacio. Estaba situada en pleno corazón de Mayfair y su exterior era uno de los más admirables que había contemplado, con la piedra color mármol blanco de la fachada y con la vista de las abundantes primulas amarillas y de otras tantas flores que lo embellecían.

El duque de San Sebastián, elegantemente vestido de negro, a juego con sus ojos oscuros, tenía un aire enigmático, mientras bebía una copa de *brandy* y no dejaba de conspirar cerca de su oreja. Su amigo español no era nada sutil en su intención de querer emparentar con él. El vínculo que los uniría sería su hermana. Lo atendió, para no perder un detalle de su apasionado discurso, alabando las virtudes de la señorita Morell y, aunque Jørgen no tenía intenciones de amarrarse mediante el matrimonio, por respeto trató de mostrarse interesado.

—Es ella, tal y como te lo advertí. Su belleza es incalculable y su alma está repleta de bondades que no pueden más que hacerte feliz —expresó su excelencia Hugo Buenaventura, duque de San Sebastián y marqués de Morell de Santa Ana, con una amplia sonrisa en el rostro para referirse a su hermana. Margarita Morell y Sequeira conversaba animadamente con la recién casada y sus demás primas, todas preciosas gemas de la estirpe Morell.

—Parece una señorita dulce —dijo para complacerlo, sin siquiera reparar en la alegría del rostro femenino, su acento y los rasgos que la distinguían.

—¡Qué poco efusivo! ¿No te satisfacen su hermosura, su gracia? ¿Exiges más? —Hugo sí que era efusivo en todo lo que hacía, hasta en buscarle un pretendiente a su hermana.

—Es preciosa —dijo poniéndole más atención—, es solo que no sé hasta qué punto yo sea conveniente para una dama que tiene expectativas diferentes a la vida que yo puedo ofrecerle. ¿Has indagado si, en su lista de condiciones para un futuro esposo, ha considerado a un hombre siquiera parecido a mí? De tierras lejanas, solitario y que la apartará de su familia por el tipo de vida que lleva.

—No creo que lo digas por falta de confianza en tus propios atributos. ¡Suelta de una vez las piedritas que traes atoradas en tu garganta!

—Te lo diré sin más rodeos: es preciosa y sí complace mis ojos, pero no creo que seamos compatibles.

—Y yo, que la conozco, afirmo que podrían ser el uno para el otro. ¿No has oído que las diferencias le dan sabor a una relación?

—Tampoco quiero que mi vida se convierta en una mezcla imposible del agua y el aceite. Se ve alegre, soñadora, llena de ilusiones; no quiero amargarle la existencia o aburrirla. No tengo vocación ni paciencia para tratar a una chica como ella. Las mujeres con alma sensible que han pasado por mi lado me han culpado de arruinarles la vida. ¿Cómo se te ocurre la incomprensible idea de querer emparejarme con tu única hermana? ¿En verdad la aprecias?

—¡Hombre de poca fe! Sí lo veo a futuro, y son el uno para el otro. Es bonita; ¿qué varón no quiere una esposa a la que no se cansa de admirar? Es alegre, amorosa y fiel; todos necesitamos contar con una persona así, que nos levante el ánimo cuando las cosas no salen bien. Si buscas una compañera con tu misma amargura, terminarás por darte un tiro cuando comprendas que tu vida es un asco, Jørg. Margarita es tu porvenir y tu presente.

—Recuerda que no estamos haciendo negocios en este momento. Usemos la lógica y no me manipules para salirte con la tuya, valiente amigo.

—Solo me preocupo por ti; ya necesitas casarte. No sabes de lo que te estás perdiendo. Necesitas una esposa e hijos.

—¿Y para eso sacrificarás a tu candorosa hermana? —Rio por lo bajo.

—Pero si el trato es favorable para ella también. Nuestro padre murió hace muchos años; me siento en la responsabilidad de concertarle un buen compromiso. Ha llegado la hora y no lo puedo seguir dilatando. Solo hay dos hombres en cuyas manos podría dejar mi joya más valiosa: mi hermano del alma, don Carlos Enrique del Alba...

—Tu amigo de La Habana. —Hugo asintió ante la frase.

—Y el otro, por supuesto, eres tú. Carlos Enrique ya está casado.

—Eso me deja como el único prospecto. ¿Estás seguro de presentarnos?

—Tienes la última palabra. —Le lanzó el desafío.

—Adelante, no tardemos más. —El duque ya le había clavado la espinita hablándole maravillas de la muchacha. De pronto sintió deseos de conocerla, no perdía nada.

—Espera un poco. Debemos elegir el instante perfecto. —Rio al saberse vencedor, había logrado que el pez se interesara por la carnada.

—¿Estás convencido de que le agradecerá la idea?

—La conozco como a la palma de mi mano.

Jørgen Johansen era un hombre de altura considerable, con los rasgos propios de su ascendencia escandinava: una piel sedosa y blanquísima, labios sonrosados y jugosos como los pétalos de una rosa, cabellera dorada y rebelde que permanecía aplacada por olorosas pomadas. Sus ojos eran muy claros y francos, podrían develar los secretos más ocultos de su alma si se lo propusiera. En cambio, prefería entornarlos cuando amenazaban con dejar entrever lo más profundo de sus sentimientos y solía arrugar el entrecejo para dar una apariencia fría y hermética, más propia del importante hombre de negocios que era.

Hugo, el duque de San Sebastián, lo conocía bien. Mantenían relaciones comerciales desde hacía más de diez años; primero, en nombre de su tutor y, luego, en el propio cuando hubo heredado los títulos y las fortunas. Con el tiempo su excelencia le tomó gran aprecio a Jørgen y supo que, a pesar de su apariencia imponente y de su mordacidad para cerrar un trato, era un hombre de importantes valores en el que podía confiar. Por sus cualidades, se había atrevido a considerarlo como futuro cuñado y le había hecho la propuesta de presentarle a su hermana Margarita para que, si le resultaba apropiada, tuvieran un acercamiento con la intención de que iniciaran un cortejo que los condujera al matrimonio.

—¿Me repites su edad? —preguntó Jørgen más motivado, sin quitarle la vista de encima a la señorita de piel marfil y cabello oscuro, que no dejaba de reír con las jóvenes damas de su familia.

—Veinticinco años.

—¿Cómo es posible que con sus encantos continúe soltera? —desconfió.

—La única Morell que me falta por casar. No ha sido fácil tener bajo mi responsabilidad a cuatro mujeres con encanto, nombre y riqueza. Mi ardua tarea consistió en espantar como moscas a los libidinosos que venían tras su hermosura o a los tunantes que solo pretendían llenarse los bolsillos con tan jugosas dotes.

—En verdad son muy lindas, con el debido respeto. No envidio tu misión, pero ¿por qué has dejado para el final a tu propia hermana?

—No estaba listo para verla partir. Los pretendientes han sido muchos, pero no he permitido que se le acerquen. Margarita tampoco sintió especial inclinación por ninguno, y le prometí que le daría la oportunidad de elegir. Uno se casa una vez en la vida, y deseo que Margarita haga un buen matrimonio.

—¿Y ella?

—¿A qué te refieres?

—¿Qué desea tu dulce flor?

—Acabáramos —murmuró sonriendo—. Ya veo que no te es indiferente.

—Huyo de los matrimonios arreglados, se me hace algo obsoleto. Si cerramos el trato, quiero que me acepte por propia voluntad.

—En ese caso te pregunto: ¿por qué sigues soltero? Tienes todo para que una dama se interese en pescarte como futuro marido. Fortuna, edad y tampoco eres feo —murmuró abriendo los ojos y dejando escapar unas discretas carcajadas. Jørgen no solo no era feo, era un hombre muy atractivo que se acercaba a los treinta y siete años. Lucía una barba impecable y dorada que combinaba con sus ojos azules celestes. Hugo no entendía por qué las dulces mieles del matrimonio no lo habían atrapado.

—No todos somos como tú, que vemos el casarse como una meta en la vida. Considero, por el contrario, que te desposaste muy joven. —Lo estudió con frialdad.

—Estoy irremediabilmente enamorado y no me arrepiento de haberlo hecho.

—Tal vez por eso se te ha ocurrido la idea de emparejarme con tu hermana. Tienes una familia de tradición tanto en América como en España y ahora en Londres, con el enlace al que hemos sido invitados tu suegra, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana; tu esposa, la duquesa de San Sebastián; tus cuñados, los duques de Whitestone; tus parientes lejanos, los condes de Huntington.

—Sé que hay muchos títulos rimbombantes en la familia, pero estoy seguro de que no te amedrentan.

—Me sorprende que no quieras casarla con alguien de tu círculo —carraspeó. Jørgen se había ganado a pulso el respeto de los aristócratas con los que hacía negocios. Eso no solo le había abierto puertas de los salones más importantes en Londres, en Barcelona, en Estocolmo, en París, en Copenhague, en Roma; sino también lo había ayudado a que su empresa ganara prestigio. Y a pesar de tener tratos con ellos, nunca había ambicionado establecer lazos con la nobleza, ni de Inglaterra ni de España; tampoco lo predisponía.

—Dije que quería un buen matrimonio para Margarita. —Lo invitó a caminar—. Vamos, ha llegado el momento; la florecita se ha quedado, por fin, a solas. No querrás que los presente ante todo el jardín Morell, no te la acabarías; mis mujeres son veloces de mente y captan cualquier suspicacia en el aire.

—Estás empezando a predisponerme contra tu familia —bromeó.

A Jørgen le gustaban los retos y la proposición de Hugo Buenaventura; en eso se convirtió para él. Sonrió con los ojos, adoraba hacerlo. Por las ventanas de su alma, se escapaba la malicia con la que veía el mundo, y acercarse a aquella jovencita le causó una especial diversión. Era tierna, tanto que se le antojó pensar que era una delicada avechilla y que él era un gato que se relamía sus bigotes ante el festín. Caminó orondo, henchido de su propio ego, seguro de la reacción que causaría en la señorita Morell, la misma que solía causar en las demás féminas.

Hugo, con paso formal, se acercó a su hermana y esta lo recibió con cariño; se notaba que sus lazos eran muy estrechos y que Margarita lo admiraba más allá del amor fraterno. La joven pasó su mirada sobre el portentoso varón y la regresó al duque, expectante de sus palabras.

—Quiero presentarte a alguien —introdujo el duque mirándola con afecto—. ¿Recuerdas que te he hablado, en varias ocasiones, del señor Jørgen Johansen, quien tiene la constructora de barcos que nos dota de naves para la naviera que tengo con otros socios y para la más recientemente empresa que he iniciado con el duque de Whitestone?

—Sí, claro, ¿cómo no recordarlo? En estos días lo has mencionado con ahínco —dijo amena, pero era obvio que había notado sus intenciones cada vez que se lo había nombrado, aunque ella no se había visto particularmente interesada en sus planteamientos.

—Hoy tengo la dicha de presentártelo. Señor Johansen, la señorita Margarita Morell. Sobra decir que es mi orgullo y que es grato para mí que por fin se conozcan. Margarita, el señor Jørgen Johansen, quien no es solo mi socio, sino mi muy estimado amigo.

Los ojos de ambos se encontraron por unos segundos. Él se sobrecogió de inmediato ante la dulzura de su rostro; sus labios, curvados en una sonrisa, eran un tarro de miel del que se le antojaba beber. Aunque su cara no reflejaba cuán conmovido había quedado con la señorita, se sintió agradecido con su amigo porque tenía razón: tal vez sí existía la mujer capaz de conducirlo al matrimonio, una que «contrarrestara la amargura de su alma» —en palabras del duque—. No solía obsesionarse con ninguna dama, pero esta tierna criatura le había causado una muy buena impresión; no le molestaría que lo esperara cada atardecer, cuando volviera a su morada.

—Mucho gusto, señor. —El sonido melodioso de su voz clara terminó de flecharlo. No era tímida, aunque se mostraba educada. Digna hermana del duque.

—El placer es todo mío. —Él habló y ella notó su marcado acento nórdico.

—¿No es inglés? —preguntó al tiempo que entrecerraba los ojos y detallaba sus rasgos.

—No, aunque radico en Londres hace tanto tiempo que he olvidado mis raíces.

—¿Dónde nació?

—En un lugar de Escandinavia.

—Descendiente vikingo. Ahora entiendo su afición por los barcos. ¿En qué sitio específicamente? ¿Suecia, Dinamarca, Noruega?

—Hermanita, el señor Johansen pensará que lo estás sometiendo a un interrogatorio —intervino Hugo. Sabía que para Jørgen era tabú hablar de su pasado.

—Mi infancia muy temprana la pasé en las costas de Noruega; mi adolescencia, en Suecia, hasta que por mis estudios mi tutor consideró prudente que viniera a Inglaterra. Nunca más regresé —contestó con la voz firme.

—¿Y usted está a favor de la alianza de Noruega con Suecia, luego de independizarse de Dinamarca? —preguntó Margarita y los dos caballeros se quedaron sorprendidos del giro que había tomado la conversación.

—Margarita, por favor, no son temas para tratar en estos momentos —pidió Hugo.

—Llama mi atención; estoy muy al tanto de los movimientos de las monarquías —se justificó la joven.

—Mi amigo me advirtió que las Morell son de cuidado; no pensé que me interrogaran sobre política. Señorita Morell, verá, ahora radico en esta parte del mundo y mi interés está centrado en mis negocios. Los problemas de identidad y soberanía de los escandinavos son extensos y complicados: prefiero mantenerme al margen.

—Ya veo, un hombre sin patria. Imagino que se ha dedicado al negocio de la mar por eso: se evita conflicto de intereses.

—¡Margarita, por el amor de Dios! ¿Qué pensará mi amigo? Discúlpala, Jørgen. Mi prudente hermana no siempre dice lo que piensa sin antes meditar si vale la pena que salga de su boca —mencionó apretando los dientes.

—No te agites, estimado duque. Pensé que me aburriría la charla, pero veo que la señorita puede hacerla interesante. ¿Es usted una de esas polillas que se sumen en la lectura para estar al

corriente de todo? ¿Así aprendió sobre nuestras disyuntivas políticas? Veo que ni en una fiesta deja sus libros de lado —apuntó mientras señalaba el envoltorio de libros anudados con una cinta rosa que Margarita traía bajo el brazo.

—¿No te disgusta su comportamiento? —le preguntó Hugo sorprendido.

—¿Por qué habría de molestarme la curiosidad de una niña? —inquirió divertido, sin darle importancia, pero advirtió, con disimulo, los ojos de ella abrirse desmesuradamente ante su comentario. Y sin que Margarita se lo esperara, le dio un golpe bajo—. Me encantaría una recomendación de lectura basada en esos ejemplares que carga tan celosamente.

—¿Le gustan los libros? No tiene cara de lector —murmuró estupefacta y más al verlo estirar la mano para tomar las novelas románticas, algo picantes, que tenía. Maldijo a su prima, la duquesa de Whitestone, quien escribía bajo seudónimo y le había obsequiado esos libros precisamente minutos atrás.

—¿No sabía que podía leer los rostros? ¿Semblante de qué tengo? Si me puede iluminar con su talento, se lo agradeceré.

—¿Está seguro de que desea que le responda?

—Insisto.

—Creo que la presentación se ha extendido demasiado; hablemos de la lectura de rostros en otra ocasión. Vamos, Johansen, quiero presentarte a otros de mis familiares —insistió el duque, preocupado por que su hermana espantara al pretendiente después de tan arduo esfuerzo para convencerlo.

—Enseguida, pero dame unos minutos para que la señorita me enseñe los textos. No siempre se tiene la oportunidad de que una dama comparta su forma de adquirir cultura con un caballero. —Seguía con la mano extendida—. ¿Quién es el autor?

—W. Lovelace —dijo a punto de atragantarse y de despellejar vivos a Hugo y a Grace, la duquesa de Whitestone.

—En otro momento será —acotó Hugo, que conocía perfectamente el seudónimo de su cuñada y los temas de los que versaban sus escritos. Su esposa, ávida lectora de su hermana, lo había ilustrado de detalles—. Mi suegra, la marquesa viuda de Morell de Santa Ana, está mirando en nuestra dirección. No me perdonará si no hago los honores y los presento de una vez.

Jørgen se quedó mirando a la flor, que parecía una palomita temblorosa, cuando escapó del magnetismo de sus ojos de gato.

Dicen que el primer amor nunca muere; se puede apagar el fuego, pero no el rescaldo.



Declan, el abogado y socio de la empresa de videojuegos que creó junto con sus amigos Connor y Seán en Dublín, recibe una llamada que cambiará su vida. Su tío le ha dejado en herencia su hotel en la península de Dingle, Irlanda, a medias con Tara, su primer y único amor.

Tara es una mujer con las ideas muy claras: es independiente, ecologista, animalista y vegana, y su deseo más ferviente es tener un hijo por medio de la inseminación artificial. Trabaja en el oceanográfico de Dingle a la vez que

ayudaba al tío de Declan en el hotel.

Él piensa vender el hotel y volver a Dublín lo antes posible, pero en el testamento de su tío hay una cláusula que se lo va a impedir: lo obliga a dirigir el hotel, junto con Tara, durante seis meses. Reencontrarse con ella remueve el pasado de Declan en esas tierras agrestes de Irlanda donde nació, sobre todo su juventud, marcada por el amor que sentía por Tara, cinco años mayor que él.

¿La pasión de su adolescencia renacerá de nuevo?

¿Tara estará dispuesta a que un hombre cambie sus planes de futuro?

Begoña Gambín. Nací en Alicante en 1964. Casada y con dos hijos, soy una lectora voraz desde que mi abuela me inició en la lectura con las inmortales novelitas rosas de Corín Tellado y Carlos de Santander, aunque mi afición por la lectura me llevó a leer todo tipo de géneros. Hace bastantes años que me entró el gusanillo por escribir, sin embargo, mis trabajos (el de mi empresa y el de casa) no me dejaban tiempo para dedicárselo. Hace unos años (ahora tengo más tiempo libre) descubrí la nueva novela romántica y con ella, un nuevo género para escribir que me apasiona.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Begoña Gambín

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-38-0

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 3

[1] Trimmer: Estudiante de la *Trinity College of Dublin*.

Capítulo 17

[2] El término *whisky* o *whiskey* deriva del gaélico escocés *uisge beatha* y del gaélico irlandés *uisce beathadh*, que significa «agua de vida».

Índice

Algo más que una sonrisa burlona sonrisa irlandesa

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Epílogo 1

Epílogo 2

Epílogo 3

Epílogo final

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Begoña Gambín

Créditos

Notas